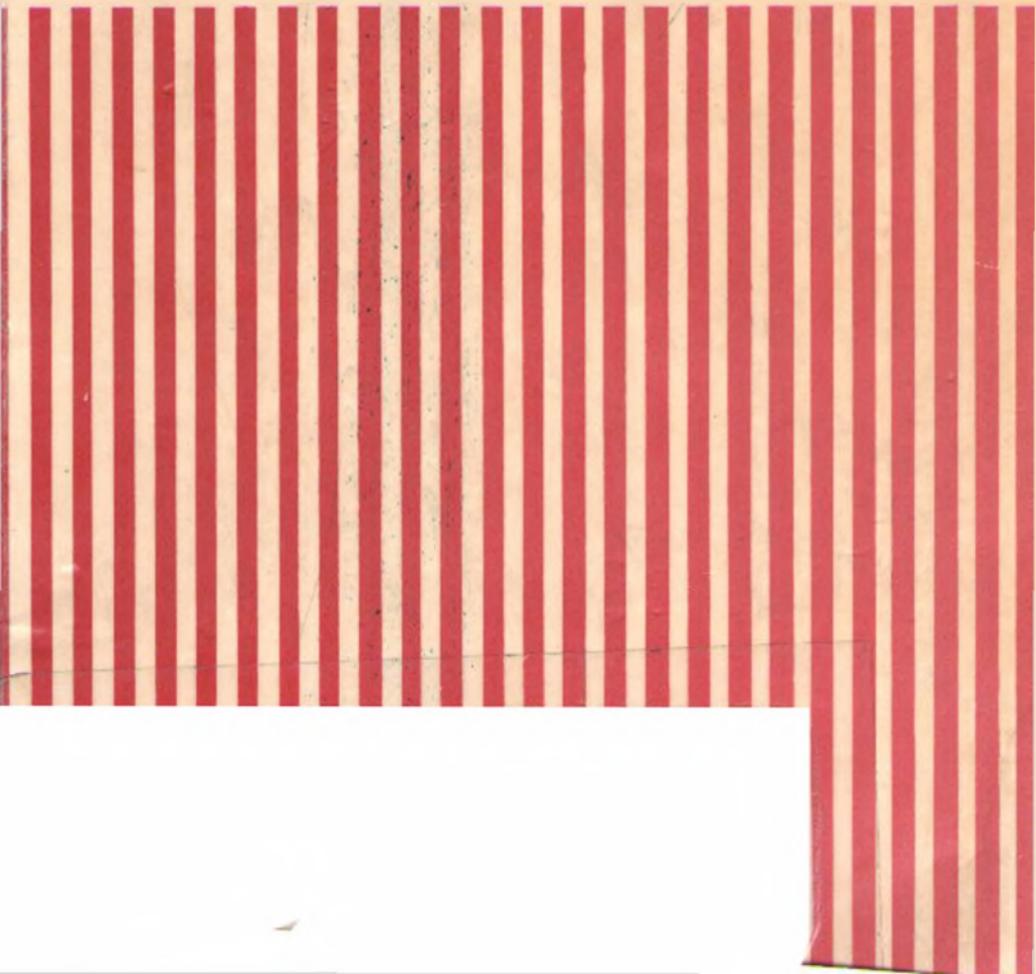


LILLIAN HELLMAN

TIEMPO DE
CANALLAS



COLECCIÓN POPULAR

191

TIEMPO DE CANALLAS

Traducción de
Rosario Ferré

LILLIAN HELLMAN

TIEMPO DE CANALLAS

Introducción de

GARRY WILLS

COLECCION



POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés,	1976
Primera edición en español,	1980
Primera reimpresión,	1981
Segunda reimpresión,	1986

Título original:

Scoundrel time

©1976, Lillian Hellman

Publicado por Little, Brown and Company, Boston

D.R. ©1980, FONDO DE CULTURA ECONOMICA

**D.R. ©1986, FONDO DE CULTURA ECONOMICA, S. A. DE
Av. de la Universidad 975; 03100 México, D. F.**

ISBN 968-16-0381-8

Impreso en México

A

BARBARA, JOHN
RUTH y MARSHALL

*con gratitud por entonces y por
ahora*

INTRODUCCIÓN

EN 1952 la escritora Lillian Hellman fue llamada a declarar sobre sus actividades supuestamente anti-norteamericanas ante el comité del Congreso encargado de defender el norteamericanismo. En ese mismo año, Joseph McCarthy, en la cima de su carrera, fue reelegido senador; pero ella no compareció ante su comité senatorial. Fue llamada a prestar testimonio ante un comité de la Cámara Baja: el mismo que, por su poder y por su larga vida, llegó a conocerse como el Comité de la época de la Guerra Fría: el Comité de Actividades Anti-Norteamericanas de la Cámara de Diputados (*House Committee on Un-American Activities* (HUAC)). Durante casi treinta años, el Comité concentró sus expedientes, cada vez más extensos, sus testimonios, sus informes. Su época de mayor poder comenzó en 1948, al darse a la publicidad el caso Hiss. Pero ya desde 1947 había dado a conocer sus amplios poderes exigiendo exámenes ideológicos para los productos norteamericanos, comenzando por el cine.

Una película de 1944 perturbó especialmente a los miembros del Comité. Pidieron el testimonio experto de la novelista Ayn Rand, y ella identificó al punto la falla principal del filme: los rusos aparecían sonriendo. "Es uno de los trucos más corrientes de la propaganda comunista, mostrar a los rusos sonriendo", dijo. Como la propaganda rusa mostraba a los rusos sonriendo, y esta película estadounidense también, por tanto esta película formaba parte de la propaganda rusa. Éste es el tipo de lógica que ha hecho famosa a Ayn Rand, y que

deslumbró a los pupilos congresistas que la habían citado en 1947 para que los instruyera. Richard Nixon fue uno de aquellos discípulos, y en esa ocasión no tuvo ninguna pregunta que hacer a Ayn Rand sobre su silogismo de las sonrisas. Únicamente el diputado John McDowell tuvo algunas reservas al respecto:

McDowell: ¿Ya nadie sonríe en Rusia?

Rand: Bueno, si usted habla en sentido literal, le diré que no mucho.

McDowell: ¿Ya no sonríen?

Rand: No de esa manera. Y si lo hacen, es en privado y casualmente.

Desde luego, no es un acto social. No sonríen para aprobar su sistema.

Ayn Rand, guionista de cine, seguramente añadía extrañas acotaciones a sus guiones, como por ejemplo: "Sonría en forma casual, no socialmente."

Robert Taylor fue el protagonista de la película *Song of Russia* [*Canción a Rusia*]. Ayn Rand nunca le perdonó que le dijera a un granjero ruso: "¡Qué cereal más espléndido!"

Quizá el señor Nixon estaba tomando notas durante la declaración de Ayn Rand: veinticinco años después, él les diría a los líderes chinos que la Gran Muralla era una muralla espléndida. (Para entonces, los rusos decían a los norteamericanos lo maravillosos que eran sus cereales.) Pero Robert Taylor no tuvo un cuarto de siglo para cambiar su parlamento sobre los rusos. Apenas tres años después de haber filmado la película, y sólo dos días después de que Ayn Rand la condenara, fue citado para responder a la acusación de comerciar con sonrisas rusas. Se mostró debidamente contrito:

[*Consejero del Comité*] *Robert Stripling*: Señor Taylor, ¿ha participado usted alguna vez como actor en alguna película que en su opinión contuviera propaganda comunista?

Taylor: Supongo que estamos hablando de *Canción a Rusia*. Debo confesar que yo me opuse empecinadamente a actuar en esa película. Sentía que, por lo menos desde mi punto de vista, en efecto contenía propaganda comunista. Creo que no debió filmarse. Creo que hoy no se atreverían a filmarla.

Pero ¿por qué actuó Taylor en la película, si había reconocido la propaganda comunista? Porque el jefe de propaganda fílmica de la Oficina de Información de Guerra del gobierno federal le había pedido que actuara. Lo que hacía la película era retratar a un aliado valiente que sonreía a nuestro lado en la guerra contra Hitler. Entonces, ¿por qué el arrepentimiento, si estaba respondiendo a una petición de su propio gobierno? Porque se supone que uno debe prever los cambios de política del gobierno; alinearse con lo nuevo, rechazar lo viejo y agradecer la oportunidad de arrepentirse:

Richard Nixon: En lo que a usted respecta, incluso en el caso de que se viera afectado en su popularidad, en su reputación, o en cualquier otra forma, por presentarse ante este Comité, ¿siente que está en lo justo al comparecer? ¿Volvería usted a hacerlo si se le pidiera?

Taylor: Por supuesto que sí, señor. Tengo una fe lo bastante grande en nuestro pueblo norteamericano y en nuestros principios norteamericanos para creer que pueden ir de la mano con quien prefiera nuestro sistema norteamericano así como nuestra patria norteamericana, antes que a cualesquiera

otras ideologías subversivas que pudieran seguir existiendo y por las que pudieran criticarme.

Esta respuesta obtuvo, y mereció, un aplauso estrepitoso; cualquiera que pueda incluir el término "norteamericano" cuatro veces en una sola frase merece nuestra admiración.

Los hombres de aquella época, recién terminada la segunda Guerra Mundial, tuvieron que aprender este humillante caminar con el rabo entre las piernas. Taylor incluso mencionó nombres: había oído decir que las siguientes personas acaso fueran comunistas. Howard Da Silva, Karen Morley, Lester Cole. Eso los colocaba al punto entre aquellas personas a quienes él hubiese catalogado personalmente en la Lista Negra:

Stripling: Se negaría usted a actuar en una película en cuyo elenco hubiese una persona que usted considerara comunista, ¿no es cierto?

Taylor: Desde luego, y ni siquiera tendría que estar convencido de que se trataba de un comunista. Es posible que esto suene a prejuicio. Sin embargo, si albergase alguna sospecha de que alguien con quien fuese a trabajar fuera comunista, creo que tendría que ser o él o yo, porque la vida es demasiado corta para que la malgaste rodeado de gentes que me molestan tanto como estos comunistas y sus simpatizantes.

Taylor había olfateado ya la dirección que el gobierno quería que tomase, y cambió súbitamente de "línea" en medio de su testimonio. Se arrepintió de su actuación en *Canción a Rusia*, y fue empujado a decir lo siguiente:

Stripling: Señor Taylor, ¿opina usted que la industria cinematográfica es principalmente un vehículo de entretenimiento y no de propaganda?

Taylor: Por supuesto que sí. Creo que el objetivo principal de la industria cinematográfica es entretener: ni más ni menos.

Stripling: ¿Cree usted que la industria se encontraría en una situación más ventajosa si se limitara al entretenimiento, sin permitir que se hicieran películas de tema político?

Taylor: Por supuesto que sí... De vez en cuando se cuelan algunas cosas que nadie percibe. Si los comunistas estuvieran desterrados de la industria cinematográfica, no existiría motivo para que se colaran esas cosas.

En aquel momento el presidente del Comité dejó caer nuevas insinuaciones, y Taylor dio una vuelta de 180 grados en sólo dos oraciones:

J. Parnell Thomas: Señor Taylor, ¿está usted en favor de que la industria cinematográfica haga películas anticomunistas, mostrando los hechos del comunismo?

Taylor: Señor congresista, cuando llegue el momento —y acaso no esté muy lejos— de que este tipo de películas sea necesario, creo que el deber de la industria cinematográfica será hacer películas anticomunistas, y que las hará sin vacilación. Desconozco cuándo llegará exactamente el momento, pero estoy seguro de que se harán, y de que deben hacerse.

Un verdadero miembro de partido se encuentra presto siempre a denunciar su propio pasado a la menor provocación; pero Taylor estableció un nuevo *record* en su breve comparecencia ante el Comité. Éste, por su parte,

logró reducir el país a un solo partido, y el norteamericanismo a su propia "línea" ideológica. El Comité había perfeccionado ya su técnica para apropiarse de posturas ideológicas: el arte de aniquilar al enemigo a base de imitarlo.

Por supuesto, el Comité aún criticaba a los comunistas cuando éstos exigían la conformidad ideológica y las conversiones súbitas. Oí decir varias veces cómo el guionista Albert Maltz había sido castigado por decir, en un artículo publicado en *New Masses*, en 1946, que "los escritores han de ser juzgados por su trabajo y no por los comités a los que pertenecen". Burlándose de las normas de la crítica política, Maltz recordó cómo *New Masses* había denunciado la obra teatral anti-nazi de Lillian Hellman, *Tormenta sobre el Rin*, durante la época del pacto entre Hitler y Stalin, para luego alabarla cuando Hitler invadió Rusia.

Maltz fue llamado a cuentas por sus pecados, típicamente, durante una reunión de célula en un cabaret de Hollywood. Publicó su acto de contricción, a la Robert Taylor, en el *Daily Worker*. John Howard Lawson, que convocaba las reuniones marxistas de Hollywood, era un guardián de fronteras del partido, tan devoto como J. B. Matthews, el celador de las fronteras del Comité (cuya fama se apoyaba en el gran número de frentes a que se había incorporado).

En 1947, el Comité de Actividades Anti-Norteamericanas llevaba casi una década de existencia. Pero había sido una operación desordenada y casi clandestina; se especializó en insinuaciones anti-semitas y raciales bajo la presidencia de dos demócratas sureños (Martin Dies y John S. Wood). Los congresistas respetables procuraban no tener nada que ver con él. Cuando el anti-semita

más conocido del país, Gerald L. K. Smith, fue llamado a declarar ante el Comité, en 1946, el diputado John Rankin quiso saber su opinión acerca de los malos efectos del *New Deal*, sin interrogarlo a propósito de sus actividades anti-semitas. Trataron a Smith como a un amable testigo experto.

Pero en 1947 las cosas comenzaron a cambiar. Las elecciones extraordinarias del año anterior habían dado paso al primer congreso republicano en dieciséis años, y presagiaban desde entonces la derrota de Harry Truman en 1948. Un presidente republicano (J. Parnell Thomas) y un asesor especial (Robert Stripling) llevaban la voz cantante en el Comité, y un congresista nuevo y brillante como Richard Nixon podía ya adivinar que la preocupación por el comunismo transformaría al Comité, de un lugar de ignominia, en un lugar de oportunidades. Un Truman agresivo había dado comienzo a la Guerra Fría en la primavera de 1947, con su plan de "rescatar" a Grecia y Turquía. Introdujo simultáneamente un nuevo programa de lealtades: amplió las investigaciones a todos los empleados federales (requisito que no había sido impuesto ni siquiera en tiempo de guerra). El Departamento de Justicia de Truman convocó al Gran Jurado de Nueva York, que habría de considerar que el mero hecho de pertenecer al Partido Comunista era causa de procesamiento según la Ley Smith. El Procurador General detuvo a Gerhart Eisler con el mismo tipo de mandato presidencial que se empleó en la guerra, y lo encarceló en Ellis Island. J. Edgar Hoover compareció personalmente dos veces ante el Comité de la Cámara, para tildar al Partido Comunista de "quinta columna", y justificar así el crecimiento de su red de espionaje durante la guerra. Otro comité de la Cámara (el de Apropiações) lanzó

un ataque contra diez empleados del Departamento de Estado por considerarlos de lealtad dudosa), y el secretario George Marshall los despidió a todos sin siquiera concederles una entrevista. El Senado demostró su poder logrando que John Carter Vincent fuese relevado de su puesto en la oficina encargada del Lejano Oriente en el Departamento de Estado.

Pero quizá el presagio más siniestro de aquella atareada primavera de 1947 fue la compilación de la lista del Procurador General. Originalmente se propuso como documento interno, para ayudar a aplicar las pruebas de lealtad de Truman. Un inventario de organizaciones con cuatro tipos de relaciones —con grupos comunistas, con grupos fascistas y con grupos de opinión totalitaria o subversiva— sería utilizado para “investigar” a los empleados federales. Ser miembro de una, o de varias de ellas, señalaría por adelantado un campo para la investigación antes de que el solicitante pudiese ser aceptado en el trabajo. Aquel mismo año, un poco más tarde, esta lista se publicó cuando Truman utilizó al procurador general Tom Clark, para promover el Plan Marshall como protección contra el comunismo.

Esto era, en sí mismo, una violación grave de los derechos civiles, y sentó las bases para toda clase de violaciones posteriores por parte del Congreso, por parte de patrones individuales, por parte de los que comerciaban con la Lista Negra. Sin necesidad de formular cargos por actos ilegales, sin presentar pruebas para su proscripción, sin ofrecer canales para la respuesta individual, el gobierno catalogaba como desleal por reputación a cualquier ciudadano que perteneciese a alguna de estas muchas organizaciones. En la mente del público, esto muy pronto quiso decir que  también quedaba proscrito todo

aquel que hubiese donado dinero a cualquiera de estas organizaciones, o que hubiese asistido a sus reuniones. La lista, que originalmente fue ideada para justificar, en apariencia, la investigación de los empleados federales, se utilizó para negarles a muchas personas cualquier empleo responsable, ya fuera público o privado. El gobierno la empleaba para formular cargos a la vez sobrecogedores e inciertos, que no le era necesario sostener ante un tribunal. En adelante, cualquier ciudadano privado, armado con la lista, podría impugnar la lealtad de cualquier otro ciudadano, aparentemente con la autorización del gobierno. De este solo acto surgió la campaña de la Lista Negra que duró una década: la doctrina de culpa por asociación, la búsqueda de viejas cartas, de donativos y listas de asistencia, esa tela de araña de "relaciones" que supuestamente vinculaban una sombra con otra.

Joseph McCarthy formuló sus primeros cargos en 1950, pero la era de McCarthy comenzó verdaderamente en 1947, gracias a los esfuerzos conjuntos de Truman, el procurador general Tom Clark y J. Edgar Hoover. Fueron ellos quienes dieron al Comité de Actividades Anti-Norteamericanas de la Cámara sus armas más eficaces: las listas que podrían utilizar contra los testigos, el programa de lealtad del que podrían exigir un cumplimiento cada vez más estricto, el derecho a suponer que un ciudadano es desleal hasta que demuestre lo contrario, el derecho a negarle un empleo a cualquiera que se negara a someterse a tal procedimiento de sondeo. La lista quería decir que, en adelante, todo el mundo debía tener mucho cuidado con sus relaciones, con los lugares que visitaba, con las personas que frecuentaba; un mero error social, como asistir a la reunión "mala", hacer un cheque en favor de alguna causa de caridad proscrita, alguna

relación más que casual con personas de simpatías radicales: cualquiera de estos errores podía ponerlo a uno en la Lista Negra y dejarlo sin trabajo. La lista del Procurador General fue el "pecado original" del macartismo. Truman mordió la manzana y luego, como Adán, comenzó a protestar indignado cuando vio venir a Caín, dispuesto a cometer su crimen. El senador Arthur Vandenberg le dijo a Truman que debería "darle un buen susto a la nación" si quería lograr que el Congreso aprobara su programa de ayuda masiva a los países extranjeros. Y eso fue precisamente lo que hizo Truman.

¿Por qué funcionó tan eficientemente toda esta maquinaria en 1947, poniendo en marcha un esfuerzo enorme hacia la institucionalización de la sospecha y de la autocensura? Podemos dejar de lado aquí a los meros xenófobos y semiparanoides, gentes que comprendemos y que, por tanto, no nos causan dificultades. Pero ¿qué hizo que tantos demócratas liberales dieran su apoyo a la posición del Presidente y del Procurador General e incluso, en un principio, del Comité mismo? Encontramos parte de la respuesta en ese diálogo entre Taylor y el presidente Thomas, en el cual se da por sentado que un Hollywood dispuesto a servir a Washington durante la guerra, haciendo películas antifascistas, debería estar no menos dispuesto a hacer películas anticomunistas (es decir, antirusas) en 1947. Había tres ecuaciones ocultas en esta sugerencia (a menudo repetida en las primeras audiencias de Hollywood, durante las cuales el congresista Nixon se interesó especialmente por las películas dirigidas a Rusia). En primer lugar, la ecuación entre una época de paz y una movilización bélica de toda la propaganda nacional. En segundo lugar, la ecuación entre Rusia,

como enemigo nacional, y los países del "Eje". Y finalmente, la ecuación entre comunismo y Rusia; como hubo una ecuación de Alemania, Italia, e incluso Japón con el fascismo, durante la segunda Guerra Mundial. Una nación en guerra con las ideas ha de utilizar las ideas como armas; y el gobierno federal tiene a su cargo el arsenal nacional. Era necesaria la censura política de Hollywood si se quería proteger ideológicamente al país.

Una nación desmovilizada sólo en parte, en 1947, se sintió muy contenta al verse removilizada. ¿Por qué? ¿A causa de una amenaza extranjera? Es posible que esto sea cierto parcialmente. Pero Rusia no era entonces una amenaza verosímil a nuestra existencia: todavía gravemente lisiada por la guerra, y aún sin armamento nuclear, ciertamente no era una amenaza que justificara un programa tan extenso de defensa propia. El poder militar de Rusia no justificaba las medidas de emergencia de 1947, que incluían un programa de lealtad superior en severidad al de la guerra. Rusia era una amenaza ideológica y no una amenaza militar: una amenaza al "norteamericanismo" más que a los Estados Unidos, y la oposición fue mayor precisamente porque la amenaza era más sutil. Aun así, el modelo de guerra total de la cruzada contra el fascismo fue transformado ahora en el modelo de la Guerra Fría basada en la propaganda anti-comunista de amenaza y sospecha.

A comienzos de 1940, los Estados Unidos se enamoraron de la guerra total, y no es de sorprender. La guerra era lo mejor que le había sucedido al país en mucho tiempo. Logró lo que el *New Deal* no pudo lograr jamás: sacarlo por completo de la Gran Depresión y devolverle la riqueza expansionista de su "Edad Sbordorada". Logró este propósito renegociando las relaciones íntimas

entre la empresa privada y el gobierno federal, y al hacerlo, produjo una expansión de este último, mayor y más rápida que la lograda por el *New Deal*. La nación se reacomodó y se revitalizó: los negros se desplazaron hacia el norte en busca de nuevos empleos, las mujeres ingresaron en el mercado de trabajo; los laboratorios, las universidades, las fábricas crecieron con la ayuda federal y los programas de guerra. Gracias a su inteligencia y su esfuerzo, se convirtió en el complejo militar e industrial más grande de la historia. Hasta el secreto de la estructura del universo —el átomo— sirvió a los propósitos nacionales, que eran los propósitos de la humanidad y del mundo.

Los estadounidenses necesitaban una moralidad en la que apoyar su éxito material. El dinero está justificado, según las normas de Horatio Alger, como recompensa de la virtud y el trabajo. Ni siquiera dudaron de su derecho a utilizar instrumentos de destrucción total durante la segunda Guerra Mundial —las tormentas artificiales de fuego, los bombardeos de saturación, los lanzallamas de napalm, las dos bombas atómicas—, para imponer con ellas su exigencia de rendición incondicional. La victoria tenía que ser absoluta porque estaban luchando contra un mal absoluto. Winston Churchill dijo piadosamente que los alemanes debían “sangrar y arder, ser aplastados hasta no quedar de ellos más que una masa de ruinas humeantes”, y que a los japoneses era necesario “borrarlos de la faz de la tierra, a cada uno de ellos: hombres, mujeres y niños”.

Se alcanzó ese placer de sumo refinamiento: el odio virtuoso. Matar por una idea es la peor manera de matar, el asesinato ideológico. Mejor odiar a una persona, al invasor de nuestra casa o de nuestra familia, que odiar una

idea. Pero ¿qué hacer cuando esa idea se oculta bajo la apariencia inofensiva y respetuosa de la ley? Entonces es necesario endurecerse contra todo tipo de simpatía humana, contra todo tipo de atracción personal. Entonces se monta una cruzada, y se perpetúa con una inquisición.

Es sumamente difícil retractarse de un odio auto-justificado. La arrogancia de la victoria ha sido lugar común por lo menos desde tiempos de Esquilo. Y este odio había quedado pasmosamente justificado a última hora por Buchenwald y Belsen, así como por los paroxismos últimos de Hiroshima y Nagasaki. ¿Quién podía dudar de que aquella victoria era la más pura y más completa que se había dado jamás? Si es cierto que el poder corrompe, los Estados Unidos estuvieron más cerca del poder absoluto, del poder sobre el mundo entero, sobre la voluntad de su propio pueblo, que ninguna otra nación en la historia. ¿Por qué esperaban no tener que pagar por ello? Y sin embargo, cuando se disponían a gobernar al mundo que habían salvado, los liberales como Henry Steele Commager regañaron a los que opinaban que posiblemente hubiese algo impuro en la forma en que los Estados Unidos utilizaban su poder. En el clímax de la Guerra Fría escribió:

Nuestra cadena de triunfos es quizás única en la historia del poder: la organización de las Naciones Unidas, la Doctrina Truman, el Plan Marshall, el puente aéreo de Berlín, la organización de la OTAN, la defensa de Corea, el desarrollo de la energía nuclear para fines pacíficos, el Punto Cuarto; estos gestos prodigiosos son tan sabios y esclarecidos que señalan el camino hacia un nuevo concepto del uso del poder.

Así, el poder quedaba purificado y los santos quedaban

entre la empresa privada y el gobierno federal, y al hacerlo, produjo una expansión de este último, mayor y más rápida que la lograda por el *New Deal*. La nación se reacomodó y se revitalizó: los negros se desplazaron hacia el norte en busca de nuevos empleos, las mujeres ingresaron en el mercado de trabajo; los laboratorios, las universidades, las fábricas crecieron con la ayuda federal y los programas de guerra. Gracias a su inteligencia y su esfuerzo, se convirtió en el complejo militar e industrial más grande de la historia. Hasta el secreto de la estructura del universo —el átomo— sirvió a los propósitos nacionales, que eran los propósitos de la humanidad y del mundo.

Los estadounidenses necesitaban una moralidad en la que apoyar su éxito material. El dinero está justificado, según las normas de Horatio Alger, como recompensa de la virtud y el trabajo. Ni siquiera dudaron de su derecho a utilizar instrumentos de destrucción total durante la segunda Guerra Mundial —las tormentas artificiales de fuego, los bombardeos de saturación, los lanzallamas de napalm, las dos bombas atómicas—, para imponer con ellas su exigencia de rendición incondicional. La victoria tenía que ser absoluta porque estaban luchando contra un mal absoluto. Winston Churchill dijo piadosamente que los alemanes debían “sangrar y arder, ser aplastados hasta no quedar de ellos más que una masa de ruinas humeantes”, y que a los japoneses era necesario “borrarlos de la faz de la tierra, a cada uno de ellos: hombres, mujeres y niños”.

Se alcanzó ese placer de sumo refinamiento: el odio virtuoso. Matar por una idea es la peor manera de matar, el asesinato ideológico. Mejor odiar a una persona, al invasor de nuestra casa o de nuestra familia, que odiar una

idea. Pero ¿qué hacer cuando esa idea se oculta bajo la **experiencia** inofensiva y respetuosa de la ley? Entonces es necesario endurecerse contra todo tipo de simpatía humana, contra todo tipo de atracción personal. Entonces se monta una cruzada, y se perpetúa con una inquisición.

Es sumamente difícil retractarse de un odio auto-justificado. La arrogancia de la victoria ha sido lugar común por lo menos desde tiempos de Esquilo. Y este odio había quedado pasmosamente justificado a última hora por Buchenwald y Belsen, así como por los paroxismos últimos de Hiroshima y Nagasaki. ¿Quién podía dudar de que aquella victoria era la más pura y más completa que se había dado jamás? Si es cierto que el poder corrompe, los Estados Unidos estuvieron más cerca del poder absoluto, del poder sobre el mundo entero, sobre la voluntad de su propio pueblo, que ninguna otra nación en la historia. ¿Por qué esperaban no tener que pagar por ello? Y sin embargo, cuando se disponían a gobernar al mundo que habían salvado, los liberales como Henry Steele Commager regañaron a los que opinaban que posiblemente hubiese algo impuro en la forma en que los Estados Unidos utilizaban su poder. En el clímax de la Guerra Fría escribió:

Nuestra cadena de triunfos es quizás única en la historia del poder: la organización de las Naciones Unidas, la Doctrina Truman, el Plan Marshall, el puente aéreo de Berlín, la organización de la OTAN, la defensa de Corea, el desarrollo de la energía nuclear para fines pacíficos, el Punto Cuarto; estos gestos prodigiosos son tan sabios y esclarecidos que señalan el camino hacia un nuevo concepto del uso del poder.

Así, el poder quedaba purificado y los santos quedaban

libres de muchas restricciones que seguían vigentes para quienes no tenían una doctrina adecuada.

Un ingrediente esencial de la euforia durante la guerra había sido la concentración de las energías ante un enemigo total. En 1946 hubo cierta renuencia a prescindir de este mecanismo de concentración. El regreso a la paz se miró con desconfianza: la guerra se había vuelto "normal", preferible a ese navegar a la deriva y a esa pereza de los años que la precedieron. Así, se mantuvo el servicio militar obligatorio, mientras Truman peleaba con ahínco para imponer el entrenamiento militar universal a todos los varones jóvenes. La OSS se negaba a desaparecer. El FBI, cuyos poderes se habían ampliado con nuevos métodos para la investigación del espionaje en los Estados Unidos y en todo Latinoamérica, no deseaba renunciar a esos nuevos poderes. Las investigaciones atómicas continuaron a toda velocidad y en secreto, manteniendo vivo el sistema de investigación de seguridad en época de paz. Los cruzados que tardan mucho en quitarse sus armaduras empiezan a sentir comezón, y terminan por parecer ridículos en ellas. ¿Qué podía devolver más efectivamente el brillo a esa armadura que la amenaza de un nuevo enemigo total? La renuencia a la desmovilización, a fines de 1945, explica la alegría arrolladora al tener que re-movilizar a principios del 47. Los segundos tenientes liberales y los funcionarios del servicio de "inteligencia" se encontraron activos una vez más, y la actividad de nuevo pareció liberal. Aún había que salvar al mundo, y lo harían precisamente con esos planes que el profesor Commager había llamado "sabios y esclarecidos", y que abarcaban desde la OTAN hasta la guerra de Corea. Miles de nexos de la época de guerra, relajados superficialmente en 1946 ante gritos de angustia y des-

contento, recobraron su tensión original, devolviéndoles a los Estados Unidos su tónica.

La ideología desempeñó su papel; había que pagar a los caza-comunistas su deuda: los Estados Unidos no han amado jamás el socialismo. Los intereses económicos también asumieron su papel; había que pagarle a Coolidge su deuda: el negocio de los Estados Unidos nunca se aparta mucho de los negocios. La psicología también intervino; había que pagarle a Esquilo su deuda: las guerras tienen siempre su precio, especialmente las guerras totales, y para colmo una guerra total librada contra una doctrina, guarda por los medios científico-militares más avanzados de la historia. Como señala Lillian Hellman, los estadounidenses le temían a los bolcheviques desde 1917, pero no tenían instrumentos para una campaña de investigación en gran escala, ni para una purga. Las famosas "razas de Palmer" tuvieron que depender de pequeños destacamentos de alguaciles y de un Departamento de Trabajo poco dispuesto a colaborar. Pero después de la segunda Guerra Mundial, había un FBI fortalecido e ideologizado, los comités del Congreso, un programa de seguridad interna, una organización mundial de "inteligencia" y el empeño de imponer en todas partes la Verdad. El mundo de la posguerra había comenzado, en lugar de terminar, con una explosión y nadie tenía la menor intención de llorar por ello. Más bien, los Estados Unidos alzaron.

Se comenzó por amenazar a los propios ciudadanos. Pero así comienzan siempre las cruzadas. Las del siglo XI "limpiaron" en primer lugar los ghettos europeos, antes de dirigirse a Tierra Santa. Los Estados Unidos comenzaron la primera Guerra Mundial arrojando a hombres como Karl Muck en prisión, y la segunda Guerra Mundial



haciendo lo mismo con los Nisei. En 1947 se inauguró lo que James Burnham quiso llamar la tercera guerra mundial, encerrando a Gerhart Eisler, comunista alemán que estaba de visita en el país, en un campo de detención en Ellis Island. En 1947, según la proclama del Presidente, nos encontrábamos de nuevo en guerra. Hasta los liberales se habían dedicado a repetirle a los estadounidenses que la guerra los obligaba a odiar las doctrinas extranjeras. Ellos decidieron complacerlos. El comunismo pasó a ocupar el lugar que había ocupado el fascismo. Se dirigieron entonces todos los esfuerzos propagandísticos contra el segundo enemigo, como se habían dirigido contra el primero: el congresista Nixon comenzó a "animar" a Hollywood para que hiciera películas anti-rusas.

Las enemistades de la Guerra Mundial pudieron revivir fácilmente, orientadas ahora contra Rusia, gracias a la convicción de que los Estados Unidos son un país que se opondrá siempre a las doctrinas extranjeras. Suelen alardear de que su país nació dedicado a una idea, como dijo Lincoln. Fechan sus comienzos en el momento de la declaración de principios, y no trece años después, al tomar posesión el nuevo gobierno constitucional. La certidumbre de que cualquier vínculo estrecho con el extranjero mancharía la pureza de la doctrina republicana ha sido siempre un elemento importante de ese sentido de misión, lo que fue expresado por el propio Jefferson. No era suficiente ser estadounidense por ciudadanía y residencia: era necesario serlo de pensamiento. El norteamericanismo era una realidad. Y una manera errónea de pensar podría convertir a un ciudadano norteamericano en anti-norteamericano. La prueba era ideológica. Eso fue lo que justificó desde un principio la

existencia del Comité de Actividades Anti-Norteamericanas. Otras naciones no suelen sostener categorías políticas tales como actividades anti-británicas, por ejemplo, Pero los Estados Unidos eran la primera nación ideológica del mundo moderno, nacida de una doctrina revolucionaria, y ha sostenido hasta hoy la convicción de que en el regreso a la pureza doctrinaria está el secreto de la fuerza nacional.

Resulta característico que el propio término "actividades anti-norteamericanas" fuese acuñado por un liberal, el diputado Samuel Dickstein, quien propuso en 1934 que se estableciese un comité permanente para investigar las simpatías pro-alemanas de la Liga Germano-Norteamericana. También es característico que en 1938, cuando el Comité se constituyó por fin, haya surgido del compromiso con los que querían investigar a los radicales y a los socialistas, así como también a los fascistas. Los liberales estadounidenses han elaborado, en varias ocasiones, pruebas ideológicas que luego la derecha suele aplicar mucho más amplia y ferozmente de lo que jamás imaginaron los liberales. Éste fue el origen del programa de lealtad a Truman y de su purga del Departamento de Estado en 1947. Estos movimientos se llevan a cabo, a veces, con el propósito de obviar actos aún más represivos por parte de la derecha; pero en lugar de lograr este propósito, lo que hacen es legitimar medidas posteriores, a menudo mucho más rudas. Los excesos siguientes nacen del principio del autoexamen ideológico. Si no resulta suficiente tener una ciudadanía y obedecer las leyes, si es necesario también suscribir las proposiciones del norteamericanismo, entonces se crean dos clases de ciudadanos: los leales, con una doctrina pura, y los que, sin violar ninguna ley, son considerados anti-norteamericanos, porque su norteamer-



ricanismo no es suficiente. El gobierno permite que se hostigue a estos últimos, que se les espíe, que se les obligue a registrarse, se les prohíbe acceso a puestos gubernamentales y a empleos de otro tipo.

Es fácil explicar así la persecución que ha hecho el FBI del Ku-Klux-Klan, persecución que fue mucho más allá del simple cumplimiento de la ley. Después de todo, la nación se concibió en la libertad y fue consagrada al principio que afirma que todos los hombres son creados iguales. En tanto que el Klan no creía en este principio, no era íntegramente norteamericano, aun cuando no estuviese transgrediendo las leyes. Pero institucionalizar una clasificación de esta naturaleza en la ciudadanía, equivale a abrir una caja de Pandora. ¿Cómo adivinar lo que piensan los demás sobre las doctrinas del norteamericanismo, a menos que investiguemos sus pensamientos, los obliguemos a dar fe de su lealtad y eduquemos a sus hijos según los cánones de la ortodoxia gubernamental? ¿No estamos siempre en guerra contra el error, tanto en el país como en el extranjero, y las medidas de guerra estarán siempre justificadas? ¿No es cierto que todos estamos dedicados insuficientemente a las doctrinas que nos constituyen como nación, y por lo tanto deberíamos ponernos constantemente a prueba, exigiríamos cada vez más entrenarnos para ser cada vez más norteamericanos? No somos únicamente un país. Somos un ismo. Y la verdad deberá ser difundida por todas partes; no puede permitírsele que co-exista junto al error. Por esto John F. Kennedy dijo: "En las elecciones de 1860, Abraham Lincoln afirmó que el dilema era si esta nación podría sobrevivir libre a medias, o esclava a medias. En las elecciones de 1960, y en el mundo que nos rodea, el problema es si ese mundo podrá vivir libre a medias

● **caclavo a medias.**” En la guerra de las ideas, cualquiera que no esté absolutamente comprometido con el principio de la libertad, es automáticamente un enemigo. El reinado del Comité tenía detrás fuerzas históricas ya viejas, que explicaban su poder.

Es lamentable que el macartismo fuese nombrado teleológicamente, a partir de su producto más perfecto, y no genéticamente: lo cual hubiese producido el término “trumanismo”. Estudiando el macartismo por esos mismos valores que caracterizaron la época de la cacería de comunistas de Joseph McCarthy (1950-1954), algunos estudiosos definieron la enfermedad como un desequilibrio entre el Congreso y el Poder Ejecutivo (contribuyendo así a la glorificación pre-nixoniana de la presidencia imperial). Es cierto que el Ejecutivo se opuso a los comités investigadores en la época de McCarthy; pero en 1947 el Presidente no sólo cooperó con estos comités, sino que les dio los medios de llegar a ser cada vez más poderosos. El secretario de Estado George Marshall cooperó con el senador Styles Bridges y el congresista John Taber en la purga del Departamento de Estado. El procurador general Clark cooperó con el Comité de la Cámara en su “investigación” de Eisler. J. Edgar Hoover compareció ante el Comité para alabar su trabajo, y para ganarse el apoyo del Congreso antes de llevar a cabo sus propias y vastas operaciones de sondeo de la lealtad. En marzo de 1947, cuando Truman emitió su orden ejecutiva sobre las pruebas de lealtad, designó los expedientes del Comité como la fuente oficial de pruebas de convicción sobre los vínculos de los empleados. El Comité lo felicitó por su iniciativa, y se llevó el crédito por haberse atrevido a purgar al Ejecutivo. Los procesos a Hollywood, en 1947,

no amenazaron a Truman: cuanto más alejadas de Washington se hicieran las pesquisas del Comité, más contento estaba él. Sólo cuando el Comité intentó robarle las candilejas al trabajo que había hecho el Departamento de Justicia ante la Suprema Corte de Nueva York, dejó Truman de cooperar con él asiduamente; y para entonces ya era demasiado tarde. El gran jurado había escuchado el testimonio de Whittaker Chambers, y el congresista Nixon se había negado a entregarle los documentos que había recibido de manos de ese testigo.

Y sin embargo, aun en el otoño de 1948, cuando Truman suspendió las audiencias del Comité llamándolas "pistas falsas", su posición no fue tan rígida como la que tomaría en la época de McCarthy. Quiso señalar, al hacerlo, que el llevar a cabo cualquier trabajo de investigación, en esa sesión especial del Congreso que él había convocado entre la convención y las elecciones constituía una distracción de la tarea principal del momento: lograr que se aprobara su programa económico. En realidad, el triunfo que obtuvo el Comité con el caso Hiss en 1948 había resultado en favor de Truman. Alger Hiss pudo estar asociado con el *New Deal* en el pasado, pero ahora trabajaba con John Foster Dulles, en la Fundación Carnegie para la Paz Mundial. Más importante aún: el testigo principal contra Hiss, Whittaker Chambers, declaró que un grupo de comunistas se había formado dentro del Departamento de Administración y Ajuste de la Agricultura, perteneciente al *New Deal* y presidido por Henry Wallace. Dos de los nombres que mencionó —Lee Pressman y John Abt— ocuparon puestos importantes en la campaña presidencial de Wallace, en 1948. Otros dos partidarios de Wallace —Harry Dexter White y Victor Perlo— fueron llamados comunistas por Elizabeth Bent-

ley, otro testigo del Comité. El Comité llamó a estas personas a declarar durante su campaña: se acogieron a la Quinta Enmienda. Truman había temido más a la amenaza de Wallace que a la escisión de los estados del Sur, y sus partidarios tomaron elaboradas medidas para contener esa amenaza. El Comité completó su obra.

Henry Wallace había roto con la administración de Truman en 1947, cuando la política extranjera de éste tomó nuevos derroteros agresivos. Opinaba que la alianza de la OTAN no era más que un sustituto *de facto* de todos los compromisos con las Naciones Unidas, confesión de que la guerra había desplazado a la paz. Su análisis de la estrategia de Dean Acheson, desde la Doctrina Truman y el Plan Marshall, hasta la Alianza del Atlántico, se asemeja a los análisis de los historiadores revisionistas actuales, y comprueba que no es necesaria una visión retrospectiva para hacer esos análisis. Aún más, la eficacia de las primeras críticas de Wallace prueba que sólo más tarde la visión del mundo de Acheson adquirió su aire de rectitud irreprochable. La administración se hallaba ocupada izando las banderas de todos los programas de 1947; pero temía que algunas se le quedaran a media asta. Cuando Wallace rompió con Truman por primera vez, una encuesta demostró que el 24 % de los demócratas votarían en su favor. Quedaba todavía por saber si Truman era o no el heredero legítimo del *New Deal*. Wallace, primer vicepresidente de Roosevelt durante la guerra, también había sido uno de los fundadores del *New Deal*.

Clark Clifford, estratega de la campaña de Truman, identificó a Wallace como la amenaza principal para la reelección del Presidente en su famoso memorando de noviembre de 1947. Dijo que Truman debía "descabezar" esa amenaza por medio de algunos "nombramientos",

en puestos del máximo nivel, de miembros salidos de las filas progresistas”, ofreciendo un programa de derechos civiles (“podemos olvidarnos tranquilamente del Sur”), y “aislando” a Wallace: “El gobierno deberá convencer a los liberales y progresistas destacados —y a nadie más— de unirse políticamente a la lucha. Ellos deberán señalar que el corazón de las filas de Wallace está constituido por comunistas y por simpatizantes de comunistas.” Sería tarea para liberales destacados, lo cual quería decir, principalmente, para miembros de la agrupación Americans for Democratic Action (ADA). Ellos llevarían a cabo el tipo de labor que estaba efectuando el Comité, pero de una manera más sutil, y sabrían cómo efectuarla contra sus propios compañeros.

La ADA estaba lista. Los hombres “mejores y más brillantes” de los Estados Unidos habían llevado a cabo su cruzada triunfal contra el fascismo, como funcionarios científicos, expertos en política extranjera, agentes de la “inteligencia”. Se proponían continuar repartiendo benévolamente, en nombre de los Estados Unidos, la libertad en el mundo, empleando los instrumentos de su intelecto (la bomba, principalmente), para imponer su visión wilsoniana del mundo. Si les era necesario ganarse el apoyo de algún país que aún sostuviese una política aislacionista, lo harían agitándole un poco el sable en las narices (“darle al país un buen susto”). Las ganancias bien valían la pena. Además, no era difícil que algunos liberales hubieran estado presentes en las reuniones, hoy estigmatizadas en la lista del Procurador General, o que hubieran trabajado con rusos durante la guerra. Los miembros del mundo de la farándula que comparecieron ante el Comité pronto descubrieron a qué columnistas había que acudir para que los reinstalaran como norteamerica-

Los liberales: a Hedda Hopper en la costa del oeste y a George Sokolsky en el este. En 1947, la manera como los intelectuales liberales afirmaban sus credenciales anti-comunistas era a través de la ADA, asociación estructurada según las bases "pragmáticas" de la Unión de Acción Democrática, de Reinhold Niebur, que se desarrolló durante la guerra. Formada poco después de las elecciones de 1946 (periodo en que el Congreso quedó en manos de los republicanos), la ADA pensó que podría evitar nuevas reacciones llevando a cabo su propia purga de comunistas. Cuando se propuso el Plan Marshall, este tipo de liberales convirtieron a la ADA en piedra de toque del anticomunismo ilustrado. La asociación aceptó la herencia del *New Deal*, así como la del OSS. (La CIA fue uno de los regalitos de Truman en 1947.)

Los que criticaban la agresividad de Truman formaron, en 1947, la asociación de Ciudadanos Progresistas Norteamericanos (PCA). Esta asociación llegó a ser una especie de anti-ADA en varios sentidos, entre ellos una resistencia a llevar a cabo sus propias purgas sólo porque en el futuro el gobierno pudiera hacerlo con menos discriminación. Estaban cándidamente convencidos de que a las asociaciones políticas estadounidenses no les tocaba llevar a cabo ese tipo de purga. Los pocos comunistas vivos que quedaban en el panorama político público pertenecían a la PCA. A esa agrupación pertenecían también los radicales como Lillian Hellman. Cuando Henry Wallace buscó apoyo a su alrededor para su campaña de 1948, casi todo el apoyo intelectual lo obtuvo de la PCA, y Lillian Hellman hizo campaña a su favor, de tiempo completo.

Lillian Hellman no es sólo la dramaturga más destacada de nuestro tiempo; es la dramaturga más impor-

tante de toda la historia de Estados Unidos. Sus obras de teatro no eran crudamente políticas, como las piezas del *Worker's Theater* (Teatro Obrero), lo cual explica por qué el Comité la pasó por alto en su primera ronda de investigaciones sobre Hollywood. (Había sido también una de las guionistas de mayor éxito.) Desde luego, si al principio la olvidaron, no fue porque ella hubiese evitado colaborar con causas radicales. Las listas que incluían su nombre debieron ser tantas que alegrarían el corazón de J. B. Matthews en sus noches más tristes. Además, había vivido durante varias décadas con Dashiell Hammett, quien probablemente era comunista. La prominencia de Lillian Hellman en la campaña de Wallace la colocó sin duda en algunos cientos de listas más. Pero cuando realmente llamó la atención de los caza-comunistas fue cuando patrocinó la Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial, celebrada en el Hotel Waldorf-Astoria en la primavera de 1949.

Hoy casi nadie recuerda la Conferencia del Waldorf, pero en aquel entonces paralizó a casi todo el Departamento de Estado. Se tomaron decisiones talmúdicas respecto a quiénes recibirían visas en cada país, y quiénes no. El Departamento distribuyó, la víspera de la Conferencia, un documento de 26 páginas, explicando que no había permitido la entrada de ciertos artistas y estudiosos al país, porque *Rusia* era aún peor en cuanto a no permitir la entrada libre a su territorio (una vez más tenemos aquí un ejemplo de apropiación de posturas ideológicas). En las sesiones pululaban los agentes de los servicios de "inteligencia", algo que entonces resultaba insólito, aunque hoy es común. En la última sesión, la policía permitió que circularan mil manifestantes, pero disolvió a cinco mil más. La comunidad intelectual se encontraba divi-

Nota. Sidney Hook integró una contra-conferencia para intelectuales anticomunistas, patrocinada por el Comité *ad hoc* de Norteamericanos por la Libertad Intelectual. Hombres como Arthur Schlesinger Jr. y James Wechsler respondieron al llamado de Hook. Otros guardianes del liberalismo norteamericano, como Mary McCarthy y Dwight Macdonald, asistieron a algunas sesiones de la Conferencia con el propósito de sabotearlas. Dimitri Shostakovich fue insultado públicamente, en nombre de la libertad, por vivir sin libertad. Norman Cousins, quien se había negado a asistir a la sesión inaugural de la Conferencia, cambió de parecer cuando el Departamento de Estado le pidió ir a atacarla, diciéndole a los invitados extranjeros que sus anfitriones no eran sino un grupo pequeño y deshonorado de norteamericanos. Esto causó una conmoción que se deshizo en risas cuando Lillian Hellman dijo, desde el podio: "Yo no sabía, hasta hoy, que los invitados hablaran contra el anfitrión mientras comían en su propia mesa. Le recomiendo mi método, señor Cousins, que consiste en esperar hasta llegar a casa para hacerlo."

Las autoridades del gobierno le habían pedido a Lillian Hellman que visitase Rusia durante la segunda Guerra Mundial: esto ocurrió antes del cambio de línea. Ella logró ganarse allí amistades que no estaban sometidas a la línea de ningún gobierno, y así ayudó a organizar las reuniones y discusiones de artistas e intelectuales, lo que luego (al iniciarse una nueva línea) se llamaría la *détente*. Era algo difícil de proponer, y aún más difícil de lograr. El gobierno intentó impedir la reunión utilizando sus herméticas reglas de visado. Al final, los comunistas reconocidos tuvieron más oportunidades de asistir que los simples izquierdistas extranjeros: los países comunistas obtuvieron visas para sus portavoces como representantes

oficiales de sus naciones (serían atacados, después de llegar, por representarlos, pero si no hubiesen llegado en esa calidad, no les habría permitido la entrada). A los cuatro participantes por Inglaterra, ninguno de ellos comunista, se les negó la visa. También se le negó a un sacerdote católico francés. Las organizaciones patrióticas le recordaban a los Estados Unidos su deber de mantenernos libres, libres de contagio con este tipo de gente.

Para entonces el Comité de la Cámara estaba claramente pecando de negligencia al no citar a Lillian Hellman a que compareciese. El miedo y el odio a los comunistas se recrudecieron en 1949, luego de la victoria de Mao en China y la explosión de una bomba atómica en Rusia; contribuyó también a ello el comienzo de la guerra de Corea, en junio de 1950. En 1950, McCarthy formuló sus primeros cargos contra Alger Hiss, y éste quedó convicto. El escenario estaba listo para el embate furioso del macartismo propiamente dicho. En marzo de 1951, los Rosenberg fueron condenados a muerte, y el Comité comenzó una nueva ronda de audiencias relativas a Hollywood. En junio, Dashiell Hammett se negó a dar los nombres de los contribuyentes a un fondo de finanzas del Congreso de los Derechos Civiles, y fue enviado a la cárcel por desacato. Estaba claro que a Lillian pronto le tocaría el turno. Le tocó casi un año después del encarcelamiento de Hammett.

El ambiente en 1952 era mucho más deprimente que en 1947. Era fácil reírse del Comité durante su primera ofensiva contra Hollywood; la sala de audiencias tenía una atmósfera de circo. Todavía se trataba del antiguo Comité Dies, la mísera oveja negra del gobierno. Pero en 1952 el Comité que había enviado a Alger Hiss a la cárcel llevaría a Richard Nixon a la vicepresidencia.

Incluso el Comité de McCarthy en la Cámara Alta derivó gran parte de su poder amenazador del historial del Comité de la Cámara. Y sin embargo, a esas alturas había pocas presas para los caza-comunistas. No había más casos Hiss ni Rosenberg que descubrir. El Departamento de Estado había sido purgado una y otra vez. Las viejas listas estaban ya raídas. Las agencias federales ya no colaboraban como antes. Era difícil obtener pruebas. Como no había otro combustible, el fuego estaba devorando ya la estructura constitucional misma. Las acusaciones se volvieron cada vez más delirantes: el general Marshall protegía traidores, el ejército era desleal. Absurdamente, el hecho mismo de que McCarthy no obtuviese resultados acrecentó las sospechas: el gobierno estaba encubriendo sus desviaciones, los comunistas quedaban impunes. Para los testigos convocados entonces ante el Comité, la prueba era más severa, aunque un número cada vez mayor de ellos se acogía a la Quinta Enmienda, como parte de su defensa. Esa defensa no era tal ante la opinión pública. Negarse a contestar era lo mismo que admitir la culpabilidad; y aunque liberaba de la cárcel a los testigos, también a menudo los dejaba sin empleo. El empeño por salvar el empleo, o el *status*, o un galardón de la Academia, hizo que hombres como Larry Parks, Elia Kazan y José Ferrer dieran los nombres de personas inocentes, para que su propia falta de culpa, a ojos del Comité, fuera llamada por éste "inocencia". Ya no era suficiente caminar con el rabo entre las piernas, la humillación era mayor que en la época de Taylor. "Yo te vendí y tú me vendiste", era la consigna del día.

Es necesario recordar cómo era la época para entender las implicaciones de la carta que Lillian Hellman dirigió al Comité en 1952: "No he de modificar mi conciencia

para estar a la moda de este año." Como ella le había notificado con anterioridad al Comité que sólo se acogería a la Quinta Enmienda si se le obligaba a nombrar a otras personas, esto quería decir que no se estaría acogiendo a ella "debidamente", o sea, en su propia defensa. Pudieron acusarla de desacato, y algunos se sorprendieron de que no lo hicieran. La revista *Time* infirió que se había librado de ello gracias a sus trucos de teatro: su abogado, Joseph Rauh, distribuyó copias de su declaración durante la vista.

El enfrentamiento fue especialmente peligroso, porque Lillian Hellman estaba tan poco capacitada para entender al Comité como lo estaba el Comité para entender el código de honor de ella. Escribe que no puede creer que hombres como McCarthy y Chambers fuesen sinceros. La mentalidad del ideólogo le es tan ajena que tiene que explicarse el fanatismo como mero oportunismo. De hecho, los cazadores de rojos eran peligrosos precisamente porque se consideraban a sí mismos como los salvadores de la nación cuando ésta era víctima de una intriga diabólica.

Uno de los resultados lamentables de nuestra confusa terminología política es cierta tendencia a ver a los miembros de la llamada izquierda como puntos que se mueven por una escala que se aleja constantemente del centro. La diferencia, por ejemplo, entre liberales, socialistas, radicales y comunistas es cuestión de grado dentro del eje de una misma escala. (Al Comité le gustaba trabajar sobre este modelo; pero también —sorprendentemente— muchos izquierdistas han hecho lo mismo.) Sin embargo, existen diferencias básicas entre algunos de estos grupos, que resultan más importantes que ninguna localización "geográfica" dentro de la gama izquierdista. Los

liberales de la Guerra Fría eran ideólogos, y los ideólogos suelen encontrarse en unas mismas bases, aunque sólo sea para batallar sobre ellas. Los radicales del tipo de Hellman y Hammett ni siquiera logran encontrarse sobre este territorio común. La imagen popular del radical es la de un tipo irresponsable y enloquecido, "lanza bombas". Pero casi todos los radicales que yo he conocido han sido personas extraordinariamente correctas. Suelen oponerse a la degradación general sin ofrecer "soluciones" programadas, pero con un código personal que permite la vida del respeto propio en un orden social denigrante. No quieren verse implicados en la responsabilidad por los crímenes de la sociedad; lo cual quiere decir que deberán tomar una responsabilidad especial por sus propios actos.

La ideología es, por contraste, un escape de la responsabilidad personal. Whittaker Chambers, por ejemplo, quería que le dijeran lo que tenía que hacer: quería ser el esclavo de la historia. Los ideólogos quieren que otros certifiquen que ellos son respetables: los miembros del Comité, o los miembros del Partido, o los de la ADA. Quieren que el programa nacional les dicte sus odios. Mientras el radical piensa en las personas virtuosas, el ideólogo piensa en la ortodoxia. El radical odia a las personas crueles y dañinas, mientras que el ideólogo odia las ideas heréticas, por muy "simpáticos" que puedan ser quienes las defienden. El radical intenta regirse por un código de honor personal en un mundo podrido, como ejemplo los detectives privados de Hammett, que servían a la sociedad, a pesar de no respetarla, que reconocían a los hombres, y no se limitaban a perseguir al crimen, en abstracto, cazando implacablemente a sus víctimas. Hammett blandía ese instrumento que el hombre ha preferido

siempre para herirse a sí mismo: la ironía. Y los ironistas suelen ser terribles cruzados. Lo peor que se le podía desear al mundo ratonero de los ideólogos comunistas de los Estados Unidos era haber tenido entre sus filas a una docena más de Hammetts.

Lillian Hellman creció en el Sur, sitio de feroces ambivalencias morales, pero también de un individualismo intenso. A ella le sucede con la ideología lo que a Faulkner con el racismo: está demasiado envuelta en sus amores y aversiones personales para discernir el odio cuando lo encuentra en un programa. Los radicales suelen ser buenos para el odio, porque saben cómo concentrarlo. El odio ideológico es más frío, pero también más difuso: está hecho de largas listas y de largos recuerdos, de venganzas impersonales, de una paciente voracidad. El rostro helado de la ideología se encuentra tan distante del mundo moral de Lillian Hellman que es prácticamente invisible para ella. Se ha pasado la vida creando personajes vívidos e individuales para la escena; la imagen de un McCarthy, dispuesto a destruir clases completas de gente e individualidades, es algo en extremo horrible para que ella pudiera contemplarla.

Hilaire Belloc escribió que Dantón fue destruido porque metió el sentido común en un Programa. Y sin embargo, Dantón había ayudado a crear el programa de la Revolución. Su relación con Robespierre fue la misma de los liberales de la Guerra Fría con el Comité. Porque, curiosamente, el extremo del liberalismo de la Guerra Fría, en la escala del pensamiento estadounidense, no fue un radicalismo de izquierda, sino ... el propio Comité.

Esa no fue la batalla de Lillian Hellman. Ella no llegó armada con ideologías, sino con su código personal; simple y sencillamente con su sentido inerme de lo que era

decente y de lo que no lo era, algo que a veces resulta el arma más efectiva de todas. La repercusión extraordinaria de su comparecencia se debe a que apeló a las emociones personales de orgullo y lealtad, una "lealtad" que no tenía absolutamente ningún significado para el Comité, pero que fue la causa de que sus preguntas parecieran tontas y falsas. Joseph Rauh, quien defendió posteriormente a otros testigos ante el Comité, dice que la toma de posición de Lillian Hellman hizo posible que muchos de los que vinieron después de ella desafiaran el temible requerimiento de nombres. Eric Bentley califica su posición de "piedra de toque" en su libro sobre el Comité, y Walter Goodman dice que Arthur Miller repitió casi al pie de la letra los mismos argumentos, cuando le tocó comparecer. Murray Kempton opinó que su testimonio era un rayo de esperanza en la hora más negra del macartismo.

A pesar de su estatura literaria, Lillian Hellman se nos presenta como una heroína extraña de esa época desgraciada, una mezcla de niña malcriada y dama sureña, atemorizada pero desafiante, ataviada con su "traje de testigo" de Balmain. Pero debemos recordar que Dashiell Hammett en *The Thin Man* [*El hombre delgado*] (novela cuya venta el senador McCarthy intentó prohibir en las librerías del extranjero), creó a Nora Charles sobre el modelo de Lillian. Y cuando un policía se enfrenta a Nora en su momento más desafiante, se retira sacudiendo la cabeza con admiración renuente, llamándola "dama indómita". El presidente Wood seguramente sintió lo mismo aquella tarde del 21 de mayo de 1952.

GARRY WILLS

TIEMPO DE CANALLAS

HE INTENTADO ya dos veces escribir sobre lo que ha llegado a conocerse como la era de McCarthy, sin que me acabe de gustar lo que he escrito. Las razones por las cuales no me he sentido capaz de relatar mi participación en este período triste, cómico y a la vez desdichado de nuestra historia, eran sencillas para mí, aunque algunas personas han llegado a convencerse de que si yo no lo hacía era por motivos misteriosos. No había tal misterio. Tenía extrañas obsesiones, las que siempre son difíciles de explicar. Ahora me digo que al hacerles frente, acaso me sea más fácil sobreponerme a ellas.

Mi obsesión consistía, y consiste, en la incapacidad de sentir demasiada animosidad contra las figuras destacadas de la época, los que me castigaron. Los senadores McCarthy y McCarran, los diputados Nixon, Walter y Wood, todos eran lo que eran: hombres que mentaban cuando era necesario mentar, y que calumniaban aun cuando no era necesario calumniar. Dudo que creyesen en mucho de lo que decían; es posible que no creyesen en nada: en los Estados Unidos los tiempos eran propicios para una nueva ola, y ellos aprovecharon la oportunidad política de dirigirlos día tras día, arrojando lodo a todo el que se pusiera frente a ellos.

Pero esta nueva ola no era tan nueva. Había comenzado con la Revolución Rusa, en 1917. La victoria de la revolución, y por lo tanto su amenaza, nos había obsesionado durante los años que siguieron, para luego modificar la historia cuando Rusia fue nuestra aliada en la segunda Guerra Mundial. Precisamente por haber sido antinatural tal alianza, los temores regresaron con mayor

fuerza al terminar la guerra, cuando tanta gente creía que Rusia invadiría la Europa occidental.

Más tarde, la Revolución China provocó una convulsión sobrecogedora en las sociedades capitalistas, y en algún momento llegamos a convencernos de que hubiésemos podido evitarla si... Ese "si..." nunca fue explicado con algún sentido, pero la época tenía muy poca necesidad de sentido.

El temor al comunismo no comenzó ese año, pero la nueva China, aliada en aquel tiempo a Rusia, tenía una base con mayor sustancia y mucha gente honrada temió, previsiblemente, que su grato modo de vida pudiese terminar cualquier día.

No fue la primera vez en la historia que las confusiones de la gente honrada han sido interceptadas al vuelo por villanos baratos que, oyendo unos cuantos compases de música popular, los convierten en una ópera de desorden público, escenificada y cantada, como lo demuestra gran parte de los testimonios ante el Congreso, en los pabellones de un manicomio.

• Un tema siempre es imprescindible; un tema llano, sencillo y sin adornos, para confundir a los ignorantes. El tema anti-rojo fue seguramente escogido con facilidad de entre muchos que había en el saco, no sólo porque teníamos miedo al socialismo, sino principalmente, creo yo, con el propósito de arrasar con los restos de Roosevelt y con su política en otro tiempo avanzada. El grupo de McCarthy —término demasiado genérico para todos ellos: politiquillos de corredor, congresistas, burócratas del Departamento de Estado, agentes de la CIA— al escoger el tema del fantasma anti-rojo demostró más cinismo que el propio Hitler al escoger el del anti-semitismo. Hitler al menos, la historia no puede ya negarlo, estaba

profundamente convencido de la impureza de los judíos. Imposible recordar el rostro de borracho de McCarthy, a menudo alegre con una especie de malicia mundana, como si estuviera burlándose de quienes lo tomaban en serio, y creer que pudiera tomar en serio algo más que sus propias pesadillas de beodo. Y si los rumores eran ciertos, las pesadillas incluían algo más que el temor de encontrarse con un tanque rojo en medio de la avenida Pennsylvania; aunque probablemente, ante este último espectáculo, McCarthy hubiese experimentado un agudo placer sensual. Me parece aconsejable dejar a un lado las convicciones del señor Nixon, si las tuvo alguna vez, para que las examinen semi-historiadores, como Theodore White. Sigue siendo nuestro derecho creer que si Whittaker Chambers* fue capaz de inventarse hasta una calabaza, el señor Nixon se apoderó de ese extraño escondite con la avidez de un hombre que desdeñaba profundamente, ya desde entonces, la inteligencia pública. Y tenía razón.

Pero ninguno de ellos, ni siquiera en la mañana difícil de mi declaración ante el Comité de Actividades Anti-

* En agosto de 1948, Whittaker Chambers se presentó ante el Comité de Actividades Anti-Norteamericanas de la Cámara de Diputados. Chambers, redactor de la revista *Time*, declaró que en una época había sido comunista e informante clandestino. Nombró a diez hombres como sus antiguos cómplices; el más conocido de ellos era Alger Hiss, que en el pasado había sido un alto funcionario del Departamento de Estado. Chambers acusó a Hiss de haberle entregado información secreta del gobierno, que Chambers ocultó dentro de una calabaza, en su granja de Maryland. Hiss fue procesado, juzgado dos veces y encarcelado durante casi cuatro años. En 1975 se descubrió que los papeles de la calabaza no contenían nada secreto, nada confidencial. Eran, de hecho, documentos sin clasificación, lo que en la jerga de Washington significa "accesibles a todo el que quiera verlos".

Norteamericanas, me interesó o me perturbó sobremanera. Ni entonces ni ahora. Ellos son lo que son, o lo que fueron, y no me ata a ellos ningún lazo de sangre ni de afinidad (en mi propia familia había villanos mucho más interesantes e ingeniosos).

He escrito antes que cuando me enfrenté a quienes yo creía que pertenecían a mi mundo, el trauma y la ira me sobrevinieron, aunque es cierto que en muchos casos yo no conocía a los hombres y mujeres de tal mundo, excepto de nombre. Había vivido convencida, hasta fines de la década de los cuarentas, de que la gente culta, los intelectuales, vivían de acuerdo con lo que predicaban: la libertad de pensamiento y expresión, el derecho de cada cual a sus propias convicciones, y algo más que un compromiso implícito de ayudar a quienes se vieran perseguidos. Pero sólo un pequeño número se dignó mover un dedo cuando McCarthy y sus chicos aparecieron en escena. Casi todos, por lo que hicieron o por lo que dejaron de hacer, contribuyeron al macartismo corriendo tras esa carreta de feria que no se había molestado en detenerse para dejarlos subir.

Sencillamente, entonces como ahora, me siento traicionada por la aberración en la cual había creído. No tenía ningún derecho a pensar que los intelectuales estadounidenses eran gente que lucharía por algo, si el hacerlo los perjudicaba; sus antecedentes no justifican esa conclusión. Muchos de ellos descubrieron, en los pecados del comunismo stalinista —y había no pocos pecados que durante mucho tiempo yo me negué equivocadamente a reconocer—, la excusa para unirse a quienes debían ser siempre sus enemigos ancestrales. Ésa fue quizá, en parte, la maldición de las inmigraciones del siglo XIX. Los hijos de los emigrantes tímidos son con frecuencia gente extraordina-

ria: enérgicos, inteligentes, trabajadores y, a menudo, tienen tanto éxito que deciden defenderlo a toda costa. Los potentados nacidos aquí, por supuesto, se alegraron de tenerlos como camaradas de viaje en el buque conservador: escribían mejor inglés, habían leído más libros, hablaban más alto y con mayor fluidez.

Pero no quiero escribir aquí mis conclusiones históricas. Ése no es mi campo. Me digo a mí misma que esta vez, si me limito a lo que sé, a lo que me sucedió a mí y a unos cuantos más, acaso lograré transcribir mi testimonio de ese tiempo.

No TENGO claro el año en que yo, que siempre había sido una especie de rebelde sin causa —no sólo en el sentido en que lo fue gran parte de mi generación, sino por haber visto a la familia de mi madre enriquecerse y solidificar su fortuna a costa de los negros pobres— me di cuenta de que en mi rebeldía había algunas tiernas raíces políticas. Creo que todo comenzó con mi descubrimiento del nacional-socialismo, durante mi estadía en Bonn, Alemania, tratando de inscribirme en la universidad. Necesité meses para comprender lo que estaba escuchando. Entonces, por primera vez en mi vida, reflexioné sobre el hecho de ser judía. Pero no era únicamente el anti-semitismo lo que me impresionaba. Era escuchar, en boca de gente de mi propia edad, los alarides de conquistadores confiados, los redobles de la guerra.

Regresé a casa a enfrentarme a la depresión económica que iba a arruinar a mi padre, aunque favoreció a mi marido, Arthur Kober, con un buen empleo de guionista en Hollywood. Pero hasta su alto salario significaba poco, porque las tormentas que azotaban entonces la industria cinematográfica eran tales que nunca se sabía cuánto iba a durar algo. De todas maneras, el sueldo de Arthur me importaba poco, ya que me divorcié de él en 1931, y no pude encontrar un empleo. Es cierto que para aquel entonces ya no lo necesitaba, porque estaba viviendo con el escritor Dashiell Hammett, y que no sólo ganaba mucho sino que compartía su plata conmigo y con todo el que pasara por su puerta. Pero aquel arreglo tampoco me satisfacía: para quien ha trabajado, vivir del dinero de los demás no es solución. Durante tres o cuatro años,

sin embargo, no me quedó otra alternativa, aunque la elección de Roosevelt hizo pensar a muchas personas (a mí entre ellas), que quizá nos fuese posible, después de todo, tener algo que decir en la determinación de nuestras vidas, a través de nuestro propio gobierno. (Evidentemente, nadie había podido tener nada que ver con los gobiernos de Coolidge y Hoover.)

A fines de 1934, mi primera obra de teatro, *La hora de los niños* (*The Children's Hour*) tuvo un gran éxito. Mis días de dependencia económica habían llegado a su fin y esa fue una época fantástica en muchos sentidos. Pero el éxito trajo consigo una especie de culpabilidad. Desconfío de la culpabilidad, tanto en mí como en los demás; por lo general es una manera de no pensar, o de exhibir nuestra sensibilidad extrema para librarnos de ella lo más pronto posible. Pero de esta culpabilidad que provenía de mi buena suerte, no me arrepiento, porque tuvo buenos resultados. Ni siquiera lamento las dificultades que me acarreó.

He escrito antes, y deberé volver a hacerlo, sobre Dashiell Hammett, porque fue una figura principal en mi vida, durante los treinta y los cuarentas. (Lo fue por mucho tiempo después, pero ésa ya es otra historia.) En la segunda mitad de la década de los treinta muchas personas descubrieron soluciones políticas en los planteamientos radicales, y Dashiell fue una de ellas. Yo lo seguía, preocupada a menudo por cosas que a él lo tenían sin cuidado, inhibida por lo que él pasaba por alto. Estoy casi absolutamente segura de que Hammett ingresó en el Partido Comunista en 1937; quizás en 1938. No puedo ser más precisa porque nunca se lo pregunté y, de habérselo preguntado, estoy segura que no hubiese recibido contestación. No se lo pregunté nunca, porque sabía que no

recibiría respuesta: esto era típico de nuestra relación. Yo, por mi parte, jamás ingresé en el Partido, aunque me hicieron discretas proposiciones Earl Browder y V. J. Jerome, entonces teórico del Partido.

Asistí con Hammett, en tres o cuatro ocasiones, a reuniones: dos veces en una fea casa de estilo español, en Hollywood, una o dos veces en Nueva York, en un departamento que no recuerdo y con gente que tampoco recuerdo, quizá porque abandoné la reunión temprano. En las reuniones de Hollywood había siete u ocho personas. Conocía a tres de ellas superficialmente, pero las otras eran de esas personas que yo entonces denominaba "antiestéticas". Desde luego, la manía compulsiva del que parecía presidir de atar y desatar continuamente las agujetas de sus zapatos, así como de recortar pajaritas de papel de un bloc de hojas amarillas para esparcirlas luego por el suelo, desvió mi atención de lo que pudo haber sido una discusión seria. Otro asistente empleaba de continuo la expresión "la imagen del Partido", y como toda frase experta me fascina, deseaba fervorosamente descubrir su significado. Dos señoras, una joven y otra de edad madura, hablaban sin cesar, casi siempre interpeándose la una a la otra en tono irritado. La de edad madura, según descubrí más tarde, era dueña de una elegante tienda de modas, y me impresionó que la pasión de sus convicciones fuese tal que la hubiese llevado a unirse a aquel grupo radical, cuando cualquier murmuración sobre sus simpatías políticas podía arruinar su próspero negocio. (No tenía por qué preocuparme; cuando comenzaron las batidas anticomunistas, trasladó su tienda a Santa Bárbara y no volvió a dirigirle la palabra a su hermano, quien fue a parar a la cárcel por su afiliación al Partido.) En la primera o en la segunda de

estas reuniones en Hollywood se habló de la Guerra Civil española. Me sorprendió que, al lamentar que los rusos no enviaron a España suficientes abastos —yo acababa de regresar de allí en el otoño de 1937—, sino sólo los suficientes para mantener a los españoles luchando y muriendo por una causa que se iba a perder, nadie me llevara la contraria o defendiera a la Unión Soviética. Quizá estaban de acuerdo conmigo; quizá pensaron que no valía la pena discutir conmigo.

En todo caso, el que yo hubiese firmado o no la tarjeta del Partido me importaba poco. Era imposible que me imaginara entonces cuán importante se volvería esto algunos años más tarde. El temor a las consecuencias no tuvo nada que ver con mi decisión. Cualesquiera que puedan ser los defectos de los sureños blancos —ultraconservadores o no— a todos nos educaron para creer en el derecho a la libertad de pensamiento y en el derecho a seguir nuestro propio camino, por más excéntrico que éste parezca. Y dado que poca gente en la Nueva Orleans de mi época tenía mucho dinero, las consideraciones de clase media no eran de mucho peso. No ocurría lo mismo con la familia de mi madre, perteneciente a la clase media alta de Alabama, pero yo me había rebelado contra ellos desde muy joven, y prefería el modelo de los familiares de mi padre. Excéntricos, confundidos, solían defender la igualdad de los negros, y a la vez aseguraban que sus cuerpos rezumaban un olor penetrante, debido a razones que llamaban “glandulares”. Pero por confundidos que estuviesen, se caracterizaban por una generosidad de espíritu y de dinero, y por una independencia de pensamiento que resultaban muy atractivas para una chica rebelde.

Mi simpatía por los negros se remonta quizás al momen-

to en que me colocaron en brazos de mi nodriza Sofronia, a los pocos días de nacida. Sofronia era una mujer extraordinaria, y vivió con nosotros durante muchos años. Fue ella quien me enseñó a sentir compasión por los negros pobres y, una vez que hubo logrado su propósito, se volvió contra mí y me regañó, diciéndome que llorar por los negros no era suficiente, y que además no debía olvidar los sufrimientos de los blancos pobres. Era una mujer irascible y yo heredé su ira: legado incómodo, peligroso y a menudo útil.

Pero los trazos que van de lo que fuimos a lo que llegamos a ser son por lo general demasiado toscos y demasiado sencillos, particularmente cuando hablamos de la rebeldía de nuestra juventud, que no suele ser otra cosa que una mezcla de influencias tempranas, de los libros que leímos, de las enseñanzas de nuestros maestros, y hasta de nuestra apariencia física. Lo que jamás recordamos o jamás supimos sobre nosotros mismos suele ser lo más importante. Si yo intentase hacer este tipo de recuento sobre mí misma, desde mi niñez hasta las noches en que acudía a aquellas reuniones, aparecería como una estudiante aplicada, lo que nunca fui. Hubo periodos en que llegué a dar la impresión de una literata marisabidilla, lo cual es muy distinto: los literatos pocas veces se interesan en otra cosa que en la teoría; el mundo a su alrededor sólo les llama la atención cuando se ajusta a la teoría.

Para fines de los treinta y comienzos de los cuarenta, me había convencido de que no encajaría bien en ningún partido político. Admiraba a los radicales, tanto aquí como en el extranjero. Quizá porque yo no lo era, me parecían gente muy seria y dedicada. Las discusiones candentes, verbales e impresas, sobre la dictadura y la represión me dejaban perpleja: me era imposible imaginar que un esta-

do de cosas similar pudiese llegar a tolerarse en los Estados Unidos, y estaba convencida de que al fin y al cabo Rusia, alcanzado ya el socialismo nacional, pondría fin a sus violaciones de los derechos individuales. Me equivocué. Pero también se equivocaron los que juzgaron correctamente a Rusia: emplearon su anticomunismo para asociarse con las personas equivocadas, y todavía siguen haciéndolo.

Por supuesto, estoy simplificando mi historia política: mis conflictos personales, los problemas de trabajo, el whiskey, y el exceso de dinero después de *La hora de los niños*, la época en que viví, Hammett: todo tuvo que ver con mis convicciones.

Es cierto que Hammett se volvió un radical comprometido, y que yo no lo fui nunca. Resulta extraño que, cuando nos conocimos por primera vez, era yo y no él quien había llegado a ciertas conclusiones incommovibles. Recuerdo estar sentada a su lado en la cama, durante aquellos primeros meses, escuchándolo hablar sobre sus días de detective, cuando un funcionario de la Anaconda Cooper Company le había ofrecido cinco mil dólares por asesinar a Frank Little, el organizador del sindicato. Aún no conocía a Hammett lo suficiente para reconocer la ira velada, bajo su voz aparentemente tranquila, la amargura bajo su risa, y por eso le dije:

—No pudo haberte hecho tal oferta a menos que estuvieras rompiendo huelgas para Pinkerton.

—Entendiste bien —me dijo.

Caminé hasta su sala, repitiéndome: “No quiero estar aquí, no quiero estar con este hombre”. Regresé a la puerta de su habitación para decirselo.

Estaba apoyado sobre el codo, mirando en dirección a la puerta, como si me hubiese estado esperando. Dijo:

—Sí, claro. ¿Por que crees que te lo conté?

Hammett muy raras veces me hablaba de su pasado, a menos que yo le preguntase; pero durante años repitió la anécdota de la oferta del soborno tantas veces que he llegado a creer, conociéndolo ahora como lo conozco, que fue un suceso clave en su vida. Le había dado a un hombre motivo para creer que era capaz de asesinar, y cuando Frank Little murió linchado, junto con otros tres hombres, en lo que luego se conoció como la Matanza de Everett, el suceso debió de ser para él un horror imborrable. Creo que puedo fechar el momento en que Hammett se convenció de que vivía en una sociedad corrompida: el día del asesinato de Little. Con el tiempo llegó a convencerse de que sólo una revolución podría erradicar la corrupción. No quiero decir que su conversión al radicalismo se debiese sólo a esta experiencia: pero a veces en las mentes más complejas, los hechos más sencillos aceleran los engranajes que ya habían empezado a moverse.

Es necesario repetir aquí lo que ya he dicho en otras ocasiones. Pasaron quizá veinte años desde que escuché la historia sobre Frank Little hasta la sentencia de cárcel de Hammett en 1951. En el transcurso de esos veinte años no siempre vivimos juntos, no siempre compartimos la misma casa, ni la misma ciudad, y aun cuando convivíamos teníamos nuestras leyes tácitas, pero estrictas, sobre la intimidad. Por eso no tengo un conocimiento cabal de su afiliación al Partido Comunista. Fue encarcelado en 1951 por negarse a revelar los nombres de los contribuyentes al fondo de fianzas del Congreso de Derechos Civiles, uno de cuyos tesoreros era él. No recuerdo siquiera haber escuchado el nombre de esta organización hasta un mes antes de su detención, y eso se debió, quizás, a que Hammett nunca pisó sus oficinas. Lo enviaron a la in-

munda cárcel de West Street, en Nueva York, en un juicio sin precedentes en el que no se admitió fianza, y luego fue trasladado a la prisión federal de Ashland, Kentucky.

Estaba enfermizo cuando entró en la cárcel, y salió aún más quebrantado; pero lo tomó todo con ánimo, evidentemente satisfecho de su capacidad de soportar cualquier castigo que le fuera impuesto. Yo no compartía esta manera de ver. Él sabía que, si se difiere de la sociedad, por muy virtuosa que ésta afirme ser, castigará a los disidentes por haberla perturbado. A mí no se me había ocurrido nunca semejante cosa: si estaba en desacuerdo ejercía mis derechos heredados y, por supuesto, un castigo no era concebible cuando ponía en práctica precisamente lo que me habían enseñado mis maestros, mis libros y la historia norteamericana misma. Hablar y obrar en contra de todo lo que me parecía erróneo o peligroso no sólo era mi derecho, sino mi deber. Me resulta casi divertido reconocer, a estas alturas, que no se me ocurrió pensar entonces en las feroces, avasalladoras y violentas tragedias absurdas que irrumpen de tanto en tanto en los Estados Unidos, una de las cuales estaba a punto de estallar después de la segunda Guerra Mundial.

La reacción de Hammett a su encarcelamiento fue extraña y a menudo irritante; al referirse al tiempo que estuvo en la cárcel me recordaba a esos jóvenes que hablan de su supervivencia en los internados estrictos o en los partidos violentos de fútbol. Se enorgullecía de su capacidad para adaptarse a lo que fuese necesario: había soportado casi tres años de frío y miseria en las islas Aleutianas, en Alaska, durante la guerra, y varias veces me propuso que nos mudáramos allí definitivamente. Sus reacciones eran incomprensibles para mí. Hoy, muchos años después, sé que provenían simplemente de una disci-

plina implacable y anticuada, unida a un orgullo igualmente implacable y anticuado.

Sea como fuere, su actitud hacia la cárcel no me hizo ningún bien cuando me vi amenazada de prisión. Yo sabía que no podría soportar lo que él había soportado. Tengo un carácter irascible, que se despierta en los momentos más insólitos por las razones más insólitas, y que, una vez despertado, se encuentra fuera de mi dominio; si se me hace esperar cuando pienso que la espera es injustificada; si alguien me empuja en un autobús o en el metro; si alguien me falta al respeto, a mí o a cualquiera que se encuentra en mi presencia; si se me acusa injustamente de haber hecho algo que no hice, aunque se trate del detalle más trivial, me avasalla una serie de reacciones incontrollables que, en el momento de la cólera, me es imposible reconocer como pueriles. Hammett me conocía, sabía cómo era yo, de modo que cuando me amenazaron con la cárcel, menos de un año después de su excarcelación, se valió de todas sus mañas para salvarme de una prueba que él juzgaba que yo no podría resistir. Quizá tenía razón, quizá no la tenía. Ni entonces ni ahora pude adivinarlo, porque nunca padecimos lo que los franceses llaman una neurosis compartida. Cada uno cargó siempre con su paquete, y ni los intercambiábamos ni los confundíamos. Sus temores por mí comenzaron el 21 de febrero de 1952.

YO ERA propietaria y residente de una hermosa casa de estilo neogeorgiano, en la que vivía además un inquilino, en la Calle 82 Este. Como en casi todos los edificios antiguos, las visitas se anunciaban en el piso bajo y se les pedía que repitieran sus nombres por un instrumento. Mi aparato no transmitía otra cosa que un murmullo confuso y hacía mucho tiempo que me había cansado de él, de modo que apretaba el botón cada vez que sonaba el timbre y esperaba que el pequeño ascensor subiera hasta mi piso. Un negro de aspecto sumamente respetable, un diácono, tan apropiadamente vestido que parecía no querer ser notado, con el sombrero cortésmente en la mano, apareció en la puertecilla del ascensor. Quería saber si yo era Lillian Hellman. Le respondí afirmativamente y le pregunté quién era él. Me entregó un sobre y me informó que había venido a entregarme un citatorio del Comité de Actividades Anti-Norteamericanas de la Cámara de Diputados. Abrí el sobre y leí el citatorio. Le dije:

—Por ser negro lo escogieron para el encargo, ¿verdad? ¿Le gusta?

Y cerré de un portazo.

Estuve sentada cerca de una hora con el citatorio, sola, sin deseos de hablar con nadie. Allí estaba por fin, y yo sólo sentía una calma extraña. Nada urgía. Me puse a revisar la correspondencia de los últimos días, alguna sin abrir, otra que ya había contestado dictando las cartas a mi secretaria que venía dos veces por semana. Uno de los formularios que acababa de llenar, y que estaba allí, listo para el correo, era el cuestionario

anual del *Quién es quién en los Estados Unidos*. Supongo que me divertió volver a leerlo: para aquella fecha yo ya había escrito *The Children's Hour* [La hora de los niños], *Days to Come* [Días por venir], *The Little Foxes* [Los zorritos], *Watch on the Rhine* [Tormenta sobre el Rin], *The Searching Wind* [El viento penetrante], *Another Part of the Forest* [En otro lugar del bosque], *The Autumn Garden* [Jardín de otoño]. Había recopilado y prologado el volumen de cartas de Chéjov, había escrito unos guiones de cine y colaborado en otros, pertenecía a diversas organizaciones y asociaciones: todo lo que yo misma regresaba a verificar en el *Quién es quién* del año anterior, porque nunca lograba acordarme de las fechas.

Entonces me dormí, y desperté aturdida y bañada en sudor. Telefoneé a Hammett y él dijo que me quedara tranquila, que él tomaría el próximo tren en Katonah, que no me moviera de mi casa hasta que él hubiese llegado. Pero yo ya había perdido la calma, y me fue imposible seguir su consejo.

Fui inmediatamente a ver a Stanley Isaacs, antiguo delegado de un distrito de Manhattan. Stanley había sido atacado por Robert Moses, porque se comprobó que uno de sus ayudantes era miembro del Partido Comunista. Se comportó bien bajo el fuego, aunque por supuesto el episodio perjudicó su carrera política de republicano intachable. (Yo había ido a visitarlo como admiradora desconocida en cuanto volvió a su práctica privada de abogado, y llevé conmigo a conocerlo, en los años siguientes, a muchos amigos que lo apreciaban y respetaban.) Isaacs era un hombre admirable, pero ahora sospecho que, para la época de mi citatorio, estaba más preocupado por su carrera política de lo que le gustaba reconocer. Adivinaba que sólo podría rehacerla siendo muy cauteloso, y a pesar de

todo, no logró rehacerla nunca. Isaacs y yo nos apreciá-
bamos mucho; por la expresión de su rostro en aquella
ocasión me di cuenta de que le dolía no poder tomar mi
caso. Alegó no conocer lo suficiente sobre el asunto, y me
prometió que juntos daríamos con la persona indicada.

Juntos no dimos con ella. Stanley me sugirió varios
nombres en el curso de los siguientes días, pero ninguno
me convenció. Recuerdo claramente que así sucedió, pero
no recuerdo en absoluto cómo llegué a llamar por mi pro-
pia cuenta a Abe Fortas. Yo no conocía personalmente a
Fortas, aunque por supuesto, había oído hablar de su
bufete: Arnold, Fortas y Porter. Fortas me informó que
vendría a Nueva York al día siguiente, y que pasaría a
visitarme.

No recuerdo cómo llegué a llamarlo, pero sí recuerdo
nítidamente cada detalle de nuestra entrevista: el tiem-
po infame allá afuera; el rostro delgado e inteligente
enfrentándome desde la silla estilo imperio; ante todo,
sus ojos que me estudiaban, lo que siempre me ha pues-
to los nervios de punta, y que en aquellos momentos
me estaba dando escalofrío. Le conté lo del citatorio,
él me hizo algunas preguntas sobre mi pasado, nada muy
importante; admiró mi colección de pájaros de porcelana
sobre la chimenea, tocó algunas notas en el piano y frun-
ció el ceño porque lo encontró desafinado. Se volvió en-
tonces hacia mí para decirme que tenía una corazonada
de la cual quería hablarme, pero que yo no debía tomar
una corazonada como consejo jurídico.

La corazonada de Fortas era que el momento estaba
maduro para que alguien asumiera una posición moral
frente al Comité, denunciando por fin su ignominia, pero
sin acogerse necesariamente a la Quinta Enmienda. Quien
tomase esta posición moral debería decir en esencia lo

siguiente: Responderé de mí mismo, contestaré todas las preguntas que se me hagan sobre mi propia vida, pero no daré información alguna sobre otras personas, ni amigas ni desconocidas. Fortas creía que yo resultaba la persona ideal para decir eso, ya que, en realidad, desconocía, en la mayoría de los casos, quiénes tenían filiaciones comunistas y quiénes no. El Comité, por supuesto, no me creería, con lo cual mis derechos legales quedarían en entredicho, ya que habría renunciado al amparo de la Quinta Enmienda. Para mi gusto, la posición moral hubiese sido decirles: "Ustedes no son más que una partida de canallas sedientos de publicidad, se valen de las vidas de los demás para su propio beneficio. Saben mejor que nadie que la gente que han acusado aquí es inocente, pero los han intimidado y amedrentado hasta el punto de obligar a muchos a mentir y a reconocer crímenes que jamás cometieron. Así que váyanse al diablo y hagan lo que les dé la gana conmigo." No le dije eso a Fortas aquel día, porque sabía que nunca podría decirlo de todos modos.

(Luego, durante cinco o seis años después de mi comparecencia ante el Comité, cuando otros problemas me atormentaban y no podía dormir, solía levantarme a altas horas de la noche a redactar innumerables versiones de esa declaración que nunca hice. Me remordía la conciencia, convencida de que las penalidades del presidio seguramente no hubiesen sido tan acerbos como llegué a temer en aquellos primeros días. Entonces, cuando regresaba a la cama, a leer una nueva versión cada vez más delirante y fantástica de lo que no había dicho, me repetía a mí misma que era muy fácil escribir ahora lo que tenía que haber escrito entonces, cuando los temores habían ya pasado; "olvidalo y ponte a pensar en lo que harás la próxima vez que se desate una tormenta.")

Lo que hice aquella tarde fue decirle a Fortas que estaba de acuerdo con él, y que su solución me venía bien. Me pidió entonces que no me apresurara; que dejara pasar algunos días, lo pensara bien y entonces lo llamara. Le aseguré que no necesitaba pensarlo y me contestó que yo posiblemente no, pero que él sí: necesitaba recapacitar muy bien él mismo lo que había sugerido. Antes de irse me explicó que ni él ni su bufete podrían tomar mi caso. Representaban a Owen Lattimore, y Lattimore podría hacerme daño, o yo hacerle daño a Lattimore. Pero me aseguró que conocía a un joven abogado excelente, y que hablaríamos de él la próxima vez que nos viéramos.

Reconozco que soy irritable. Como ya he dicho antes, si no me entregan la compra a tiempo, o si el maíz crece achaparrado, o si el teléfono suena demasiadas veces, aunque sea para darme buenas noticias, me salgo de mis casillas y no logro dominarme. Pero cuando hay verdadero peligro, mi excitabilidad desaparece y una calma absoluta la reemplaza, si bien suelo pagar un precio muy alto cuando el peligro ha pasado. Sospecho que, en el momento de la amenaza, me doy poca cuenta de lo que me está sucediendo. No comprendo a qué se deba esto, pero tengo suficiente sentido común para intuir que no puedo hacer otra cosa que enfrentarme al peligro con las jarcias bien sujetas, consciente de que cualquier flaqueza me hundiría. Así me sentí a lo largo de los meses siguientes y, lo que fue más importante para mí, a lo largo de aquella mala semana siguiente.

El día que siguió a la visita de Fortas le dije a Hammett lo que pensaba hacer. Dash rara vez se mostraba airado, pero entonces se quedaba mirándome sin parpadear, fulminándome con los ojos sin pronunciar una sola palabra. Podía continuar así durante mucho rato, como si estuviera

preguntándose cuál sería la mejor manera de tratar con una chiflada, o por cuál puerta sería mejor escapar. No era la primera vez que me miraba así, pero esta vez duró más de lo acostumbrado, y me puse tan nerviosa que tuve que salir a dar un paseo. Cuando regresé hablamos sólo de lo que prepararíamos para la cena, y yo creí que se le había pasado el enojo y había decidido no meterse en lo que no le importaba, sin volver a mencionar el asunto. Me equivoqué, pues a mitad de la cena apartó su plato y me espetó:

—Mierda. Pura mierda liberal. Te enviarán a la cárcel por más tiempo de lo habitual. Me importa un bledo lo que piense Fortias, lo que me enfurece es que seas tan bruta que creas que esa gentuza va a darle la menor importancia a tu moral. Me es duro aceptar que todavía no te has dado cuenta de eso.

—¿Cuál gentuza? ¿La del Comité?

—No sólo la del Comité. Sabes muy bien de qué te estoy hablando. El Comité, la prensa, los que crees que son tus amigos, todo el mundo. Pero no voy a tratar de actuar con sensatez. Sólo recuerda que en la cárcel hay ratas, hay lesbianas agresivas, hay gente que te golpeará por el placer de hacerlo, hay guardias que no te admirarán, hay comida que no podrás tragar y que, si no te la comes, te incomunicarán. Vas camino de una buena crisis nerviosa, si no de algo peor.

Esta conversación, según anoté en mi diario, se repitió con algunas variantes en el curso de la siguiente semana. Aquellos dos días fueron para mí los más difíciles. No estaba acostumbrada a hacer cosas que Hammett no aprobara, y él lo sabía, y estaba contando con eso. Al tercer día, cansada de no dormir, le dije:

—Lo siento, esta vez tendrá que ser como yo digo.

No hubo respuesta, y debí adivinar que no la habría. Añadí:

—Además, te tengo otras malas noticias. La Oficina de Recaudación Fiscal ha decidido no permitirte ganar más dinero; yo no ganaré nada en los próximos años, así que tendremos que vender la granja.

—Bueno —dijo, casi jovialmente—, tú, al menos, vivirás lo suficiente para comprarte otra algún día. (No he vivido lo suficiente para adquirir otra, y ahora, perdida la juventud, ya no tendría la energía para cultivarla.)

Ese día tuve que hacer miles de cosas. Llamé a Fortas para decirle que había decidido aceptar su consejo, luego de pensarlo cuidadosamente. Me contestó que él seguía albergando dudas muy graves sobre el asunto. Su socio le había dicho que nuestro proyecto le parecía descabellado, y que yo bien podía parar en la cárcel.

Me reí.

—¿No le dije que todo era mierda liberal?

—No —me contestó Fortas—, sólo dijo que era mierda jurídica.

—Quiero ir a Washington mañana mismo a conocer al abogado que usted mencionó.

Fortas me hizo una cita con Joseph Rauh para el día siguiente. Tomé el tren a Washington esa misma noche, lo cual resultó un error. Aún guardo trozos de anotaciones de aquella noche de vela. En lugar de pensar en el Comité, o en lo que hablaría con Rauh, le daba vueltas y más vueltas a la pérdida de la granja y a cómo les daría la noticia a Kitty, la sirvienta y a Betty y a Gus Benson, mis agricultores. Tendría que despedirlos al venderla, y ellos buscarían otros empleos. Los quería mucho a los tres y aún recordaba la ocasión, escasamente ocho o nueve meses atrás, en que había comprobado cuán leales eran.

Al otro día del encarcelamiento de Dash, llamé a la casa por teléfono para preguntar si había reporteros por los alrededores. Me contestaron que sí: habían invadido el porche y el jardín. Les dije que no regresaría a casa, que no se preocuparan y que yo volvería a llamar en unos días. Me fui a un hotel y tres días después volví a telefonarles. Ya no había curiosos, todo estaba tranquilo. Llegué hasta la granja en auto, desde Nueva York, y les pedí que se sentaran un rato a conversar conmigo.

Les dije:

—El señor Hammett está en la cárcel, como ya saben. Quizás ahora se sientan incómodos aquí, quizá se sientan desgraciados. Sólo Dios sabe lo que el FBI, o alguna otra agencia del gobierno se proponga hacerles, y aunque no les hagan nada, quedarse significaría enfrentarse a las malas caras de la gente de aquí.

Gus me interrumpió para decirme que tres agentes del FBI ya lo habían interrogado extensamente. Me habría gustado saber cuáles eran las preguntas que le habían hecho, pero conocía a Gus lo suficiente para adivinar lo que significaba su reticencia: estaba avergonzado y no quería repetir lo que había oído para no herirme. Les dije que en adelante las cosas se pondrían cada vez más feas, quizás hasta peligrosas.

—Por eso había pensado que sería mejor para todos...

No me dejaron terminar. Antes de que pudiera proponerles que buscaran otro empleo, Kitty se echó a reír y le dijo a Betty.

—Cuéntale a la señorita lo que hicimos—.

Entonces Betty me contó cómo, entre todos, le habían enviado un telegrama a Hammett, a la cárcel de West Street, felicitándolo y enviándole sus saludos. Kitty rió entre dientes y añadió que, además, Betty y ella habían

decidido hacerle un pastel y llevárselo a la cárcel, pero no podían ponerse de acuerdo sobre cuál era su sabor preferido y querían saber mi opinión. Al ver lo que estas buenas gentes habían hecho por Hammett, mucho más que la mayoría de sus mejores amigos (incluyendo los muchos que le debían sumas de dinero), no pude resistir más y me cubrí la cara con las manos.

Kitty dijo:

—Somos irlandesea, señorita. Para nosotros, la cárcel no es nada.

Después nos dimos la mano muy formalmente y durante mucho rato seguí escuchando desde la sala la discusión entre Kitty y Betty sobre el pastel. La semana siguiente, sin hacer caso a mi advertencia de que lo que se proponían podía ser peligroso, se fueron en el tren a Nueva York y llevaron su pastel de coco hasta la cárcel de West Street. Al regresar me contaron que no les habían permitido ver a Dash, pero que dos hombres les dijeron que le darían el pastel; no lo hicieron, pero eso nunca lo dije a ellas.

RAUH me agradó desde el principio. La sagacidad suele ir raras veces acompañada por la sinceridad, pero en Rauh éste fue precisamente el caso, y su rostro agradable, lleno de arrugas y rústico, me inspiró confianza en la solidez de su juicio.

Nuestras primeras reuniones fueron muy gratas. La tercera vez que nos reunimos, Joe seguramente había efectuado algunas pesquisas: había descubierto que el Partido Comunista me había atacado varias veces, tanto en el *Daily Worker* como en otras publicaciones. Por ejemplo, todos los dislates acerca de *Tormenta sobre el Rin*. La obra, estrenada antes de que la Unión Soviética estuviera en guerra contra Alemania, fue acusada originalmente de incitar a la guerra. La película, estrenada después de que la Unión Soviética entabló la guerra con Alemania, fue elogiada. Además, en 1948, cuando Yugoslavia rompió relaciones con Rusia, yo había ido a Belgrado y le había hecho a Tito una serie de entrevistas en que lo mostraba desde un ángulo favorable. Estas entrevistas no fueron bien recibidas por los comunistas norteamericanos. Joe quería que utilizáramos a mi favor estas críticas de los comunistas, porque resultarían muy útiles para probar la independencia de mi pasado ante el Comité y la prensa. Le dije, sin embargo, que no quería utilizarlas como parte de mi defensa. Aprovecharme de los ataques de los comunistas sería como atacarlos yo a mi vez, en un momento en que estaban siendo perseguidos, y le habría hecho el juego al enemigo. Esto me pareció muy claro, y pensé que Joe también lo entendería, pero no sucedió así. Cada vez que nos reuníamos, él regresaba al tema con una terque-

dad obsesiva. Sobre este asunto tuvimos nuestra primera y última disputa: le dije que estábamos perdiendo el tiempo; yo estaba resuelta a no ceder y no entendía por qué él seguía insistiendo.

Comenzó a decirme que había discutido mi caso con James Wechsler, del *New York Post*, un amigo en quien tenía mucha confianza, cuando lo interrumpí irritada. Wechsler sería su íntimo amigo pero no era amigo mío; no lo conocía personalmente ni me gustaba en absoluto lo que escribía, y no aceptaría su opinión. Discutimos acerca de eso, tanto tiempo, que acabé por decirle a Joe que dejara de estar analizándome, que yo ya me había hecho analizar, y ya no necesitaba otro psicoanalista: necesitaba un abogado. (He podido ver por experiencia que la mayoría de los abogados se creen psiquiatras, y no dan una.)

Rauh se disgustó por mi ataque a su amigo, pero cuando éste fue llamado posteriormente a declarar ante el Comité, creo que Joe comprendió por fin lo que yo había venido diciéndole: Wechsler resultó ser un testigo muy bien dispuesto a hablar, y adujo piadosas razones de moralidad burguesa para justificar su colaboración.

Rauh solicitó y obtuvo un aplazamiento de mi caso al Comité. Por esos días, puse la granja en venta. Aquello nos dolió mucho a Hammett y a mí, desde luego, pero una vez tomada la decisión, no volvimos a hablar más del asunto. Mientras yo iba señalando cuáles objetos de la casa serían vendidos y cuáles serían almacenados, Dash hacía planes para el futuro (el futuro significaba para él mi salida de la cárcel). A veces hablábamos de dar un largo paseo en velero, otras de una excursión de pesca que durara tres meses, o de alquilar una cabaña en la costa de Maryland, donde Dash había nacido, una ca-

baña tan barata que luego tal vez nos fuese posible comprarla. En una ocasión, hasta llegué a prometerle acompañarlo algún día a las Islas Aleutianas, con tal de que él considerara la posibilidad de acompañarme a vivir en un criadero de cangrejos en los pantanos de Luisiana.

CLIFFORD ODETS y yo comenzamos a escribir para el teatro aproximadamente por la misma época. Nos habíamos hablado cuatro o cinco veces, entre 1935 y 1952, pero no habíamos vuelto a vernos desde que él se mudó a Hollywood. En la primera semana de marzo me llamó por teléfono para decirme que estaba de paso por Nueva York y que quería invitarme a cenar. Me pareció extraño que me llamara entonces, pues nunca lo había hecho antes. No tenía muchos deseos de ir, pero al telefonearme para insistir por tercera vez, acepté su invitación. Fue una velada tan extraña que incluí una larga entrada sobre ella en mi diario, en marzo de 1952. Transcribo aquí al pie de la letra lo que escribí entonces:

Nos dimos cita en *Barbetta's* y pedimos la cena que, como lo esperaba, fue infame, lo mismo que el vino italiano. No necesité mucho tiempo para descubrir el porqué de la invitación. Clifford me preguntó:

—¿Sabes ya lo que harás cuando el Comité de la Cámara te ordene comparecer ante él?

No tenía la menor intención de dejarle saber que el Comité ya me había citado. Le dije:

—Supongo que sí. Aunque ya sabes cómo son estas cosas, uno hace sus planes y luego nunca puede estar seguro de si los realizará o no.

Clifford me respondió algo pero no pude oír porque un hombre de la mesa vecina le estaba diciendo a dos compañeros y a una mujer, que estaban sentados con él: "Yo me estaba afeitando. ¿Y saben qué? Estaba tan borracha que de pronto creyó que

sus pezones eran cicatrices en el vientre." "Nunca la conocí", dijo uno de sus compañeros. "Es fácil tirártela si no te importa meterle mano a una mujer que lleva los pezones en el vientre", dijo el primero.

Me reí en voz alta. Clifford se irritó y me dijo un tono cortante:

—No escuchaste lo que acabo de decir.

—No, lo siento.

—Dije que es peligroso pensar así. Más te vale saber exactamente lo que vas a decir y hacer cuando el Comité te llame.

No sabía cómo responderle, pero en ese momento llegó el camarero con la cena. Clifford se puso un dedo sobre los labios para que me callara y comenzó a silbar hasta que el camarero se retiró.

—¿Qué quisiste decir con eso?

—¿Con qué?

Estaba ganando tiempo, porque no me gustaba en absoluto el tema.

—Con que no sabes lo que vas a decir cuando te llame el Comité a declarar.

Negué haber dicho tal cosa. Uno puede pensar que está seguro de lo que hará y luego, cuando llega el momento, la presión lo fuerza a uno a hacer cosas extrañas, absolutamente imprevistas.

—Creo que si piensas así, es porque nunca has pasado por una crisis —me dijo Clifford.

—Sí he pasado. Estuve en España durante la Guerra Civil; estuve en el frente ruso; en Londres, durante los ataques aéreos.

—Y entonces ¿no supiste cómo actuar?

—A veces sí y a veces no. En una ocasión grité sin poder parar durante dos minutos, aterrorizada por una V-2; y otra vez, en Rusia me ofrecieron un par de binoculares para observar a los alemanes, que estaban a unos doscientos metros, por la

apertura de nuestra casamata, y al enfocarlos en dirección del sol, provoqué sobre nosotros un bombardeo.

—No fuiste muy lista.

—Eso es precisamente lo que digo. Fui muy estúpida y por poco fui culpable de que mataran a seis de los nuestros. Lo que quiero decir es que nadie puede saber de antemano cuándo va a ser estúpido, hasta que lo es.

Clifford golpeó, impaciente, la mesa. No estaba adelantando nada conmigo.

—No me refiero a ese tipo de situación. Me refiero a convicciones políticas y morales.

—No me gusta hablar de convicciones —le dije—, nunca sé si estoy diciendo la verdad.

—Pero Hammett sí tiene convicciones —dijo—. No lo conozco bien, pero lo admiro.

Quería decirle que me alegraba mucho, pero que su admiración no era recíproca. Recordé entonces la noche, hacía mucho tiempo, en que habíamos ido juntos a ver la obra de Clifford, *Despierta y canta*, y Hammett, muy borracho, había insistido en que nos fuéramos antes del final. Yo había accedido, para evitar un escándalo en el teatro. Cuando estuvimos fuera le pregunté por qué no le había gustado la obra, que a mí me había parecido bien, y me contestó: “Porque siempre he desconfiado de esos escritores que se la pasan lloriqueando porque de niños nunca tuvieron una bicicleta”.

Sin embargo, me quedé callada. Cambiamos de tema y conversamos un rato sobre su colección de obras de arte, cuando de improviso dijo algo que me petrificó en mi silla. Dio un puñetazo tan fuerte sobre la mesa que derramó el vino, y gritó,

—¡Pues yo sí sé lo que voy a hacer ante esos canallas del Comité! Les voy a enseñar la cara de un

hombre radical, y cuando termine los mandaré a todos a la mierda.

No sé qué me impresionó más: si la violencia de su puño sobre la mesa, o el grito helicoso que obligó a los comensales cercanos a volver la cabeza hacia nosotros.

No guardo más apuntes sobre esa noche. Pero el asunto tuvo un final desagradable y misterioso. Odets, quien se presentó ante el Comité un día antes que yo, se disculpó por sus convicciones del pasado, y procedió a nombrar a muchos de sus viejos amigos comunistas. Por eso no entiendo aún el propósito de aquella conversación en *Barbetta's*. Es posible que, aquella noche, Odets creyese lo que me estaba diciendo. Su dilema no es difícil de adivinar: unas semanas después, frente a la ruina de su carrera en Hollywood, cambió de parecer. Los clisés tradicionales resultaban cada vez más ciertos: la pérdida de una piscina, de una cancha de tenis, de una colección de cuadros, la amenaza futura de posibles privaciones aterrizzaba a mucha gente. Los directores de los estudios cinematográficos lo sabían, y lo aprovechaban descaradamente.

Algunas semanas después de mi cena con Odets, Elia Kazan, a quien todo el mundo llamaba Gadge, me informó que Spyros Skouras le había dicho que, a menos que se presentara ante el Comité como "testigo bien dispuesto", no volvería a hacer otra película en Hollywood. Antes de decirme algo tan sencillo, pasamos una media hora extraña en el bar del hotel Plaza. Me era imposible comprender lo que estaba tratando de decirme, entre tartamudeos e indirectas. Gadge no es un tipo ambiguo; con la excusa de que yo necesitaba hacer una llamada, telefoneé a Kermit Bloomgarden, productor teatral de mis obras y de

La muerte de un viajante, dirigida por Kazan. (Kermit y Gadge se conocían desde jóvenes, pero yo nunca había conocido bien a Kazan.) Le dije a Kermit por el teléfono que no entendía por qué Kazán me había invitado a unos tragos con él, y que si tenía alguna idea de qué estaba tratando de decirme.

—Te está diciendo que ha decidido colaborar con el Comité. Lo sé porque me lo confesó esta mañana.

Cuando regresé de hacer mi llamada, hablamos unos minutos más y me inventé la excusa de un compromiso ineludible. Estaba lloviendo y tuvimos que esperar frente a la puerta del hotel, mientras llegaba un taxi. Yo no quería hablar más con él, y aguardamos allí en silencio un buen rato, hasta que Kazan dijo súbitamente.

—Para ti es fácil hacer lo que te dé la gana, porque de seguro ya te habrás gastado toda la plata que ganaste.

Esto me desconcertó durante semanas, hasta que entendí por fin lo que había querido decirme; era lo mismo que mi abuela rica solía repetirle a sus amistades de clase media baja y a sus parientes venidos a menos; lo mismo que en una ocasión le oí decir a su chofer, Fritz, a quien ella había bautizado Hal: “Los pobres tienen menos preocupaciones que los ricos. El dinero no agobia a quienes no lo tienen.”

El pánico de los magnates de la pantalla ya era cuento viejo cuando Kazan y yo nos reunimos, en esa primavera de 1952. Había comenzado desde antes del famoso congreso celebrado en el Waldorf Astoria, en 1947: allí se reunieron todos en una especie de letargo histérico, convocados por fuerzas que aun hoy no lograría definir ni el historiador más dedicado. Se comprometieron allí con el público, en un comunicado plagado de confusiones, a respetar el derecho fundamental de los estadounidenses: el

derecho a disentir, a la vez que afirmaban que no iban a permitir la disensión si no estaban de acuerdo con ella. El chiste más repetido entonces era que nadie podía ganarle en oscuridad a un abogado de los estudios cinematográficos sino otro abogado de los estudios cinematográficos.

(Con toda probabilidad, en esta conferencia del Waldorf nació lo que luego se llamó el juramento de la Legión Americana. Este juramento les fue exigido en adelante a todos los empleados de los estudios. Es evidente, por el nombre que se le dio al juramento, que en aquel congreso debieron de estar presentes, en persona o mediante visitas subrepticias que antecedieron o precedieron la reunión, representantes de la Legión Americana. He intentado, en catorce ocasiones distintas, dar con alguno de estos famosos documentos, sin lograr ningún resultado, aunque no me cabe duda de que los documentos existen, porque a mí se me exigió firmar uno de ellos. Ni una sola de las catorce personas a quienes pregunté llegó a negar que las cartas fueron requeridas y obtenidas. Pero mis más arduas pesquisas han sido en vano: ni una sola carta ha aparecido, quizá porque los que las escribieron no quieren reconocer que las escribieron; quizá porque los departamentos jurídicos de los estudios no las ven hoy con buenos ojos o piensan que se trata de documentos ilegales.  No podido verificar únicamente un hecho: cada estudio exigió a sus empleados una carta en la que juraban no ser comunistas, no tener que ver con radicales y, en el caso de haber cooperado en el pasado con ciertas organizaciones —la organización de auxilio a los refugiados españoles, por ejemplo—, arrepentirse del hecho y jurar no volver a cometer el mismo error.)

Dudo de que los grandes empresarios de la industria

Étnica, o los hombres que ellos eligieron para administrar sus estudios, se consideraran jamás como ciudadanos norteamericanos con un patrimonio de derechos y deberes. Muchos habían nacido en el extranjero y heredado temores extranjeros. Ni en Rusia ni en Polonia hubiese sido posible comprar a un cosaco por un plato de lentejas, pero en Washington no sólo se les alimentaba, sino que el plato había de ser servido por lacayos millonarios.

Mucho antes de que los estudios cinematográficos se vieran amenazados por los políticos y por la Legión Americana, ya los escritores y los directores solían bromear acerca de la timidez de los grandes empresarios. Abundaban las anécdotas de cuando éstos hacían cortar y revisar sus guiones o sus tomas para complacer los caprichos de sus hijos de doce años o de sus amantes de dieciocho. A finales de la década de los treinta, por ejemplo, los empresarios de la Metro Goldwyn Mayer se habían visto envueltos en un escándalo famoso. Habían trasladado una de sus grandes comedias musicales a San Francisco, para un pre-estreno clandestino. Entonces, como ahora, era costumbre repartir tarjetas postales entre el público, pidiéndoles que escribieran en ellas su opinión sobre la cinta que acababan de ver. Una espectadora anónima escribió que le había encantado la película, pero que se había quedado horrorizada al ver que a Frank Morgan, uno de los actores, se le había quedado la bragueta abierta durante una de las escenas. La postal causó tal consternación que se aplazó el estreno de la película y se les ordenó a todos los empleados del estudio que, durante el curso de una semana, no hicieran sino acudir en grupos a la sala de proyecciones, a examinar una y otra vez la película hasta dar con la bragueta abierta de Morgan. Se ofreció una generosa recompensa al que la encontrase. Más tarde se descu-

brió, sin duda porque tan grande heroína no supo callarse la boca, que la tarjeta había sido enviada por la amante repudiada de un empresario de la Metro.

Resulta conveniente recordar cómo eran entonces los magnates del cine, pues dudo que hayan cambiado en nada (es cierto que han aumentado en número, porque sus propios agentes los sobrepasan a menudo en riqueza y poder). Hollywood vivía entonces como los árabes tratan de vivir hoy, y si no resulta extraordinario ver a la gente disputarse la adquisición de grandes extensiones de terreno, sí resulta singular verlos rivalizar unos con otros por poseer el cuarto de baño más lujoso. Dudo mucho que el lujo desmedido haya estado relacionado antes a los actos cotidianos de defecar y de bañarse; incluso es posible que a las heces no les guste ser acogidas con tanta pompa, y que prefieran por ello no salir, y depositarse en el alma.

Los empresarios se jactaban de que William Faulkner, Nathanael West y Aldous Huxley recibían órdenes de ellos. Gatsby y sus ambiciones no eran nada junto a las pretensiones de los magnates de Hollywood; para ellos el amor de una sola Daisy hubiese sido banal: lo que ambicionaban era el poder y una Daisy diferente para cada semana. No obstante, la personalidad de un Louis Mayer, de un Samuel Goldwyn, o de un Harry Cohn, así como la de sus consejeros y abogados, no resulta demasiado interesante. Estaban todos cortados por la misma tijera, con diferentes manías y detalles. En una época fueron intrépidos y fuertes, pero para los años de McCarthy ya eran viejos y estaban cansados. Amenazas que en el pasado hubiesen sido motivo de broma en medio de un juego de *gin rummy*, los ponían ahora a temblar, a pensar en sus fortunas. Los magnates del cine sabían muy

bien que los comunistas de Hollywood nunca habían filmado una película comunista, pero les convenía mostrarse crédulos para complacer a quienes insistían que existía el peligro que lo hicieran. Miles de cartas llovieron sobre Hollywood, protestando por el radicalismo de la industria. Todo el mundo en los estudios sabía que estas cartas eran casi todas falsas o escritas por encargo. Pero ellos se convencieron a sí mismos de que se trataba de la voz de la patria, lo que sí era en cierto grado. Los magnates no fueron los únicos en acobardarse ante amenazas apócrifas que hubiese sido fácil investigar y olvidar. Harry Cohn me confesó su satisfacción ante el deseo de colaborar que manifestaban muchos escritores, directores y actores. Y no estaba mintiendo: los "testigos bien dispuestos" se atropellaban para ser los primeros en atestiguar contra sus socios, en actuar en aquel drama que dirigía el Comité.

De todas maneras, la Lista Negra aún no era una realidad operante para 1947, porque Harry Cohn, de la Columbia Pictures, me ofreció ese año el contrato que yo siempre había deseado: escribir y producir cuatro películas basadas en historias de mi gusto, cuando y como yo quisiera, y con derecho a supervisar la edición final. (Este tipo de acuerdo era casi inaudito entonces, y todavía lo es.) Era un contrato de primera: escribir y producir sin intervención, durante un periodo de ocho años, cuando hubiese hallado por fin el material adecuado. Se me garantizaba casi un millón de dólares y se me dejaba en libertad para escribir obras de teatro o cualquier otra cosa que se me antojase, así como para viajar entre montaje y montaje, sin que se me hicieran preguntas. Harry y yo teníamos el mismo abogado, Charles Schwartz, pero eso no me preocupaba, porque Charlie era un hombre honrado. El día que el contrato estuvo listo, Charlie me llamó,

dijo que le estaba enviando las copias a Harry y me pidió que fuese a su oficina a leerlas con él.

Dijo Charlie:

—Hay una cosa que debo advertirte. Harry puede haberle añadido una cláusula al contrato. Tuvo que hacerlo y te aconsejo que no protestes. Es algo que se le va a exigir a todo el mundo de ahora en adelante.

Yo pensé que la nueva cláusula tendría algo que ver con mi sueldo, y me olvidé de ella.

Cuando llegué al departamento de Harry, en el Waldorf Towers, su secretaria me dijo que subiría dentro de unos momentos, que la junta estaba por terminar. Por supuesto, no tenía la menor idea de a qué junta se refería; a los empresarios de cine siempre hay que estar esperándolos al término de alguna junta. Harry apareció media hora después; me saludó afectuosamente, y se fue al teléfono. Todavía seguía hablando cuando yo llegué al párrafo que le habían añadido al contrato. Me lo salté, negándome a creer lo que mis ojos veían; leí el contrato hasta el final y volví a releer el párrafo. Harry estaba haciendo otra llamada cuando comencé a pasearme, intranquila, por el cuarto. Sabía que me estaba observando, y me daba la sensación de que continuaba pegado al teléfono para no tener que hablar conmigo. Apuntó con el dedo hacia su escritorio y me alargó la pluma, haciéndome señas de que firmara, y regresó al teléfono. Cuando por fin terminó, le dije:

—Las estipulaciones están muy bien, Harry, tal y como habíamos quedado. Pero ¿de qué se trata esa monserga que le han añadido a última hora?

—Escucha— me dijo—, ¿crees que me gusta perder el tiempo en juntas de directores que duran dos días, como la que acaba de terminar? Soy un tipo solitario. No

me gustan las dictaduras. Así que déjame tranquilo, ¿quieres?

Le dije que no sabía de qué me estaba hablando y de cuál junta, pero nos interrumpió en ese momento otra llamada telefónica, y después un camarero con un sandwich de pollo y un termo de leche caliente —me es imposible recordar a Cohn sin un sandwich de pollo— y luego comenzó a relatarme anécdotas sobre su pasado, como intentando evadirse del momento presente. Por fin llegamos al grano: el momento presente no le hacía mucha gracia, porque la junta que acababa de terminar había sido una reunión de todos los directores de estudios de Hollywood, que se habían congregado en la ciudad para resolver que a todos sus empleados se les exigiera en adelante componer y firmar una carta cuyo contenido se equiparaba a la cláusula que yo acababa de leer. Aquel día Harry se refirió a la Legión Americana en términos a la vez irritados e incoherentes; habló de “gentes” de Washington, de expositores de pruebas, de banqueros y abogados, de los abogados de “los comités” y de muchas otras personas a quienes tal vez identificaba correctamente y tal vez no, no mientras hacía hincapié en su enojo porque lo coaccionaban, además de aburrirlo con todo el asunto (luego supe que no había protestado ni una sola vez en la junta. Entre los empresarios presentes, únicamente Samuel Goldwyn se negó a convenir con el resto de sus colegas. Hubiese sido consolador pensar que había dado un voto a favor de la libertad, pero los que conocíamos bien a Sam sabíamos que siempre votaba contra cualquier decisión de grupo).

Mientras Cohn seguía hablando intermipablemente, yo leía y releía la cláusula. Se me exigía escribir una nota, en mis propias palabras aunque se me sugería que utilizara la fórmula de la cláusula tradicional sobre moralidad

—mis acciones, mi vida, no deberían comprometer a los estudios cinematográficos—, sólo que esta vez la estimulación no se referiría a embriaguez, broncas o asesinatos, sino específicamente a principios políticos: en ningún momento debía comprometer a los estudios por mis convicciones, causarles dificultades o instigar protestas (estoy suavizándolo demasiado: en realidad era un requerimiento descarado de que ni mis convicciones, ni mis acciones, ni mis contribuciones, ni mis asociaciones personales estuvieran en desacuerdo con lo que los estudios permitieran). Empecé allí mismo un discurso sobre mis derechos constitucionales y sobre quién diablos creían que eran los productores de cine, pero estaba agotada por la verborrea de Cohn: había llamado dos veces al servicio del restorán para quejarse de que su *sandwich* de pollo estaba tan seco que parecía de cuero; había recibido otras dos llamadas telefónicas, obviamente sin importancia; y de improviso una muchacha muy atractiva había entrado en la habitación, saliendo quién sabe de dónde, sin pronunciar una sola palabra. De pronto, me sentí terriblemente cansada.

Dije:

—Sabes bien que vivo con Dashiell Hammett, Harry. No creo que vaya a encerrarse en el desván a esperar a que sea de noche para que lo saquen al extremo de una cadena.

—Admirable escritor —dijo Harry—. Siempre quise contratarlo.

—Pues entonces háblale— le dije—. Ahórrate la audacia y ayúdalo a evitar que se encierre en el desván.

—¡*Ach!* —exclamó—. Estás buscando bronca.

—También tengo otros amigos, a los que no pienso renunciar y con los que voy a salir a cenar...

—Puedes ir a cenar con ellos a un lugarcito muy privado que conozco en Santa Mónica. La comida es mejor y más barata que en *Romanoff's* o en *Chasen's*.

Dije:

—Harry, no voy a escribir esa carta. Por favor, no insistas.

—No puedo hacer eso. Me asesinarían. Escríbela, firma el contrato y olvídate del asunto.

Dije:

—No voy a firmar el contrato, y lo sabías desde un principio. Es una infamia.

Caminé hacia la puerta y oí que Harry me decía:

—Tomas las cosas demasiado en serio, nena. Piénsalo y llámame por teléfono mañana.

No volví a ver a Harry Cohn hasta nueve o diez años después, cuando lo encontré en un vuelo de Los Ángeles a Nueva York. Fue, por supuesto, el primero en entrar en el avión, seguido por una comitiva de seis o siete ayudantes. Cuando pasé junto a él, disponiéndome a ocupar mi lugar, me saludó cordialmente y balbuceó "Tantos años sin vernos, estás cada día más joven y yo cada día más viejo", y cosas por el estilo. Cuando llegó la hora de comer me mandó decir que lo acompañara: había traído su propia comida "mucho más saludable que la basura que servían en el avión." Dos de sus ayudantes más jóvenes bajaron la canasta de *picnic* más enorme que he visto en mi vida; rebosaba con cuarenta o cincuenta *sandwiches*, delgaditos, deliciosos; botellas de vino blanco frío, trocitos de melón maduro envueltos en *prosciutto fresco*, pepinos caseros, duraznos succulentos, espléndidas galletitas de nuez. La canasta contenía suficiente comida para un ejército y cuando Harry y yo terminamos de comer parecía que nadie la había tocado. Harry llamó entonces

a alguien llamado Lou, para que le llevara el termo del té. Cuando Lou fue a cerrar la canasta, antes de retirarla y ofrecernos otra, metió la mano y agarró del montón un *sandwich*. Harry cerró el puño y golpeó con fuerza la mano a Lou.

—¡Habrás visto! ¡Qué chusma! —dijo Harry, mirándome— ¡Pura chusma!, —y a Lou le advirtió—: ¡Mantente en tu sitio, muchacho!

No sé si el muchacho se mantuvo en su sitio o no después de aquel incidente, porque ésa fue la última vez que vi a Cohn. No recuerdo en qué año murió, pero sí recuerdo un chiste divertido sobre su entierro, atribuido a George Jessel. Jessel estaba a la puerta de la funeraria, acompañado por un amigo. Había que hacer una cola muy larga para entrar.

El amigo dijo:

—¡Nunca había visto tan enorme gentío en un entierro!

Y Jessel le contestó:

—Para que veas que el refrán es cierto: dale al público lo que pide, y llenarás el teatro.

RESULTA imposible hablar sobre la era de McCarthy siguiendo una cronología exacta, bien anotada y específica: los sucesos se sobreimponían y coincidían unos con otros, nada obedecía a un plan comprensible y ordenado. Es evidente que los empresarios reunidos aquel día en la junta del Waldorf, convocados allí por "ellos", ignoraban cómo llevar a cabo los planes que "ellos" les habían impuesto. Los empresarios, en su mayoría, tampoco querían enterarse de cómo hacerlo: una obediencia ciega les hubiese significado una pérdida de beneficios en películas ya filmadas que aún no habían vendido a la televisión, además de la pérdida de mucha gente de talento y "estrellas" de primera categoría, que quedarían comprometidas. Si se piensa que Gary Cooper, James Cagney, Frederic March o Humphrey Bogart estuvieron acusados en uno y otro momento de actividades que se consideraron sospechosas, por inocentes que fueran, en cualquier momento podía aparecer cualquier maniático lanzando nuevas acusaciones absurdas contra quien menos se hubiese podido imaginar.

La madre de Ginger Rogers, Adolphe Menjou, los militantes que atacaban más activamente a la izquierda de Hollywood, y otras gentes por el estilo, eran escuchados con mucha atención y hablaban más alto de lo conveniente. ¿Quién sabía lo que dirían mañana, si hoy hablaban con la ira de Dios? Es posible que hasta los propios empresarios de cine, cuyas vidas privadas estaban tan protegidas de la publicidad como las de los ministros del Kremlin, cayeran bajo la mira de algún diputado o de algún senador: podían ser acusados, por ejem-

plo, de algún romance idealista de media hora con alguien sospechoso, o, lo que era más grave, de alguna turbia maniobra financiera. Los accionistas podrían descubrir, por ejemplo, acicateados aun por gentes de las mejores intenciones, que aquellos informes extravagantes sobre los costos de producción de las películas incluían los costos de libretos rechazados, de limosinas y vacaciones pagadas, y de alguno que otro bono adicional, que no aparecía incluido en el balance. Además, los testigos de Hollywood, hasta los que más simpatizaban con los estudios, no siempre actuaban con sensatez ante los comités.

A Gary Cooper, por ejemplo, se le preguntó, en el tono más deferente y amistoso posible, si había mucha propaganda comunista en los guiones que le sometían. Cooper, como hombre a quien pocas veces en su vida se le había pedido que hablara, lo pensó un buen rato y contestó que no, que no le parecía que la había, pero que tampoco podía estar muy seguro, pues acostumbraba leer sus guiones de noche. Esta respuesta desconcertante causó risas por todo el país; la imagen de Cooper frente al público estadounidense podría verse afectada por semejante *faux-pas*. (Más adelante hubo escalofríos además de risas, cuando Charles Laughton, quien había sido amigo íntimo de Bertolt Brecht, recibió un cable del gobierno de Alemania Oriental invitándolo a asistir al sepelio de su viejo amigo. Laughton telefoneó inmediatamente a J. Edgar Hoover para decirle que había recibido el cable, pero que él no tenía la culpa de que se lo hubieran enviado, y que no deberían utilizar el cable como prueba en su contra.)

Muchas de las personas que fueron interrogadas entonces no actuaron ni bien ni mal, sólo con perplejidad.

En mitad de la guerra, ¿cómo habría sido posible adivinar que asistir a un banquete de beneficio celebrado por el socorro del frente ruso no era tan inofensivo como enviar paquetes de ropa vieja a los damnificados ingleses? Habría sido imposible adivinar, a menos que se anduviera mal de la cabeza, que una frase como "antifascismo prematuro" llegaría a ser utilizada comúnmente. La popularidad de la frase, el hecho de que casi todo el mundo en los Estados Unidos la tomara en serio y hasta fingiera entenderla, seguramente fue el antecedente de la doblez del lenguaje de Watergate. Nosotros, como nación, decidimos en la década de los cincuenta tragarnos cualquier disparate, *siempre* que nos lo repitieran lo suficiente, sin molestarnos en verificar su significado o analizar sus raíces.

No resulta extraño, por tanto, que muchos de los testigos "respetables" (o bien dispuestos) que comparecieron ante los comités, se quedaron a menudo estupefactos ante lo que se esperaba de ellos. Muchos llegaron a convencerse de que en efecto tenían algo que ocultar, enloquecidos por las presiones histéricas que los rodeaban. Se movían como en un *ballet* de pesadilla, tratando de adivinar lo que los comités querían que dijeran. Rebuscaban con ahínco en busca de revelaciones dramáticas, inventando pecados que complacerían a los sacerdotes de la Inquisición.

Así se lo dije, en 1953, a la señora Shipley, entonces directora de la División de Pasaportes del Departamento de Estado. En aquel año, después de mi comparecencia ante el Comité, había recibido una oferta para escribir un guión para Alexander Korda, productor londinense. El salario era la quinta parte de lo que estaba acostumbrada a ganar antes de aparecer en la Lista Negra, pero

necesitábamos el dinero y no era el momento de regatear. (Korda no fue el único productor que se aprovechó de la situación empleando escritores profesionales por sueldos bajos, y sólo muchos años después descubrí que, además de ser un oportunista, me estafó la tercera parte de la quinta que me había prometido.)

Tendría, por supuesto, que trasladarme a Europa para consultar a Korda y escribir el libreto. A todos los que habían comparecido ante el Comité como "testigos hostiles" se les había negado el pasaporte. Joe Rauh me sugirió que fuese a ver a la señora Shipley. Me pareció una gestión inútil, pero Rauh insistió en que con ella tendría una oportunidad, y cuando le pregunté por qué lo creía, me contestó que me lo diría después.

Era una dama de apariencia severa, con modales que resultaban aún más severos porque intentaba disimularlos. Permanecimos sentadas una frente a la otra en su oficina, muy incómodas, mientras uno de sus secretarios iba en busca de mi expediente. Recuerdo que comencé a murmurar algo sobre el estado del tiempo, pero no terminé el comentario porque vi que la señora Shipley me miraba fijamente. Seguimos en silencio algunos minutos más, hasta que el secretario regresó con un grueso expediente. Me sorprendió, al abrirlo la señora Shipley, ver tres grandes fotos de Charles Chaplin colocadas sobre todo lo demás. Había tratado a Chaplin, aunque no íntimamente; había jugado al tenis en su cancha; le había oído leer en voz alta un guión interminable, que nunca produjo; me había tocado sentarme a su lado en un congreso en que él había sido el orador principal, y recuerdo haber desaprobado abiertamente su discurso, empalagoso y desordenado, y había asistido a una cena en compañía suya y de Gertrude Stein. Admiraba a

Chaplin y me era simpático, pero hasta el día de hoy no he podido adivinar por qué sus fotos se encontraban en mi expediente. Las agencias del gobierno andaban en aquellos días aún más despistadas que hoy, aunque eso siempre se puede remediar con un poco de imaginación. La señora Shipley no hizo ningún comentario sobre las fotos de Chaplin, sino que comenzó a leer en voz alta una lista de organizaciones a las que yo había pertenecido y contribuido económicamente, algunas de las cuales oía nombrar por primera vez. Quería decirle que había reconocido la fuente de aquella información: la habían tomado de un libro intitulado *Canales rojos*, libro decididamente poco serio para ser consultado por una agencia del gobierno. Mientras me leía la lista pensé que de nada me valdría negar mi relación con tal organización y admitir mi relación con tal otra, así que me quedé callada, preguntándome por qué había aceptado pasar por un momento tan humillante.

La señora Shipley interrumpió su lectura y se quedó mirándome fijamente por segunda vez. Dijo:

—Miss Hellman, ¿a usted le parece que la mayoría de los testigos bien dispuestos han declarado la verdad ante el Comité de Actividades Antinorteamericanas?

Era una pregunta absolutamente inesperada. Le respondí que estaba segura de que no; muchos habían sido instruidos para confesar cosas que nunca habían hecho ni visto.

La señora Shipley añadió:

—¿Edward G. Robinson, por ejemplo?

Le respondí que me parecía que él tampoco, pero que no estaba segura. Había otros casos en que sí lo estaba, como el caso de Martin Berkeley, quien había declarado que yo había asistido a una reunión comunista en su

casa. Nunca había estado en su casa y ni siquiera recordaba haberlo tratado en toda mi vida.

Dije:

—Los muchachos les han estado gastando malas bromas, señora Shipley, y ustedes se lo merecen porque los empujaron a ello.

La señora Shipley no pareció enojarse. Se quedó pensativa mientras barajaba el resto de mi expediente, como buscando algo que sabía que estaba allí. Entonces dijo:

—Sospechaba que muchos mentían. Serán castigados por ello.

Dije:

—No me da la impresión de que así se esté desarrollando el juego, señora Shipley. La gente como yo es la que no consigue trabajo. Por eso vine a verla, a pesar de mis deseos.

Dijo:

—Ya lo había notado —y casi esbozó una sonrisa. Cuando la sombra de sonrisa quedó suprimida, dijo—: —Cuando usted va a Europa, ¿se reúne con militantes políticos?

Le dije que conocía pocos militantes aparte de Louis Aragon y de su esposa, Elsa Triolet, así como algunos veteranos de la Guerra Civil española.

Me dijo:

—Por favor, escríbame una carta asegurándome que no tomará parte en ningún movimiento político.

Me quedé un rato pensando sobre lo que me había dicho, tratando de descubrir la trampa, sin acabar de comprender de qué se trataba. Entonces dije:

—Nunca he tomado parte en los movimientos políticos europeos, aunque he sido siempre anti-nazi y anti-fascista. No tengo escrúpulos en escribir precisamente

eso. Pero no puedo prometerle que no veré a mis viejos amigos.

Se puso de pie.

—Gracias —dijo, y caminó hasta la puerta—. Se le entregará un pasaporte limitado. Le será enviado esta semana. Si desea permanecer en Europa más tiempo, a causa de su trabajo, tendrá que venir a verme otra vez.

Salió de la habitación. Apareció otra secretaria que me abrió una puerta para que pasara al vestíbulo por el que había entrado. Rauh me estaba esperando, sentado en un banco.

Al verme se levantó y me dijo:

—Te dieron el pasaporte.

—Sí.

Al salir del edificio, sonrió abiertamente.

—Creo que eres la única testigo poco dispuesta que ha recibido uno.

—¿Por qué estabas tan seguro de que lo conseguiría? Yo estaba convencida de lo contrario.

—Porque una dama puritana en el poder reconoció a otra dama puritana en dificultades. Las damas puritanas necesitan creer que las demás damas puritanas no mienten.

Pero todo esto sucedió meses después de mi comparecencia ante el Comité.

HACE dos días me encontraba escribiendo estas páginas en Martha's Vineyard, sentada en la playa de Gay Head con una pila de revistas aún sin leer a mi lado, mientras me comía un bocadillo. Como siempre sucede en esos lugares en los que se ha vivido mucho tiempo, saludaba constantemente a personas que pasaban frente a mí y cuyos nombres no recordaba, rezando porque ninguna de ellas se detuviera lo suficiente para darse cuenta de ello. Dos personas mayores se acercaron a hablarme un momento, y me preguntaron qué estaba escribiendo ahora, pregunta que suele irritarme tanto que inevitablemente respondo que no estoy haciendo nada. El hombre, disgustado por mi respuesta, me señaló un ejemplar de la *New York Review of Books* y dijo:

—En ese caso debería leer el artículo de Lionel Trilling sobre Whittaker Chambers. Puede ser que la inspire a escribir una historia sobre su época.

Me reí y le dije que yo no era historiadora. Pero cuando se fueron busqué el artículo que estaba en un número viejo, publicado antes de que apareciera la noticia, más reciente, de lo que finalmente habían encontrado en la calabaza de Chambers: cinco rollos de microfilme, dos revelados y tres aún en su envase de metal; casi todas las placas eran ilegibles y ninguna guardaba relación con los cargos levantados contra Alger Hiss. Y sin embargo permanece imborrable el recuerdo de Nixon con las placas en la mano sosteniéndolas en alto para beneficio de los fotógrafos, y afirmando: "He aquí la prueba documental, irrefutable, que confirma la campaña de felonía y traición más grave que ha sido dirigida contra

nuestro gobierno en toda su historia." Pero Nixon es un canalla mentiroso. Lionel Trilling, crítico de arte y profesor distinguido, ex anti-comunista, autor de una novela basada a grandes rasgos en la vida de Whittaker Chambers, es un hombre honrado.

Éúbitamente sentí deseos de regresar a casa, y así lo hice; pasé el resto del día encerrada, preguntándome cómo era posible que Lionel y Diana Trilling, amigos que he respetado toda mi vida, hubiesen vivido en la misma época y siglo que yo, y estuvieran convencidos de ideas políticas y sociales tan contrarias a las mías.

Los hechos son hechos, y uno que resulta indiscutible es que las calabazas se pudren. La calabaza en que Chambers ocultó la prueba que supuestamente habría de condenar a Hiss también se pudrió, y no hay forma de que hoy Chambers, a pesar de lo que Trilling continúe afirmando en la *New York Review*, pueda ser considerado como un hombre honorable. Los que conocían a Chambers mejor que Trilling, sus amigos de Washington y de Nueva York, calificaban sus "verdades infalibles" de juveniles invenciones psicóticas. Lo mismo decían los que habían sido sus compañeros de trabajo en el *Time*. Pero yo me repetía que Chambers no era más que una pieza insignificante de un rompecabezas importante para nuestra nación. Si los hechos son siempre hechos, y no es ético alterarlos, entonces ¿quién de entre nosotros, como individuos o colectivamente, fue responsable de u alteración? Para muchos intelectuales, los radicales e habían convertido en el enemigo principal, acaso el único enemigo. (En la generación que antecedió a la uestra ya se había establecido un precedente: Eugene Debs fue perseguido y encarcelado por Woodrow Wilson, r también hubo los viciados procesos de los miembros



de *International Workers of the World*.) No sólo eran sospechosos los motivos intelectuales de un radical, sino que sus convicciones conducían a un mundo en que los demás perderíamos lo que teníamos. Muy pocos son los que se han atrevido a aceptar algo tan sencillo como esto: el radical tenía que aparecer como un hombre inmoral que justificaba los asesinatos, los campos de concentración, la tortura, o cualquier medio que legitimara sus fines. Hay que reconocer que algunos de ellos eran capaces de todo eso. Pero en el campo reaccionario existía la misma dicotomía: a menudo había hombres honrados y conscientes, a menudo había hombres que caminaban por sendas tenebrosas y por razones tenebrosas.

El radicalismo y el anti-radicalismo no debieron tener nada que ver con los métodos bajos y tortuosos de McCarthy, Nixon y sus colegas en su denuncia de los comunistas, los simpatizantes de los comunistas y los que ni remotamente lo eran. Innumerables vidas estaban siendo arruinadas, y pocas voces se levantaron en su defensa. ¿Desde cuándo era necesario estar de acuerdo con alguien para defenderlo de la injusticia? Nadie en su sano juicio hubiese pensado que los sinólogos, por ejemplo, acusados y despedidos de sus puestos en el Departamento de Estado, hicieron algo más que darse cuenta de que Chiang Kai-shek estaba perdiendo la guerra. La verdad lo convertía a uno en traidor, como a menudo sucede en tiempos de canallas.

Muy pocas personas se atrevieron a decir la verdad en el caso de China, y ahora ya no hay nadie que nos recuerde que la razón principal por la que hoy sabemos tan poco y andamos tan a ciegas en lo que a ese país respecta, es porque perdimos a los únicos que lo conocían a fondo. Al menos las revistas de primer orden, las

que publicaban a los escritores más importantes, debieron salir en defensa de los perseguidos. Durante años la *Partisan Review* ha publicado artículos de protesta encozrada por los castigos a los que se sometió a los disidentes en la Europa oriental; pero cuando les tocó el turno a nuestros disidentes y éstos fueron encarcelados y arruinados, no publicó ninguno. De hecho, ni siquiera se definió en contra del propio McCarthy en su política editorial, aunque sí publicó las ponencias de los simposios anti-macartistas y por lo menos un artículo respetable de Irving Howe. El *Commentary* no hizo nada. Ni sus editores ni sus colaboradores se expresaron jamás en contra de McCarthy. En cambio Irving Kristol escribió allí un artículo apostrofando a los críticos de McCarthy, entre ellos Henry Steele Commager, como si fueran niños traviesos que necesitaran un buen escarmento.

Muchos hombres y mujeres conscientes y distinguidos escribían para esas revistas. Ni uno solo, hasta donde yo sé, se ha visto forzado a reconocer en bien de su conciencia, la importancia que tuvo el anticomunismo de la Guerra Fría (por tergiversado que estuviese, en contra de su voluntad) en el advenimiento de la Guerra de Vietnam y en la llegada al poder de Nixon



LA PRIMAVERA de 1952 fue una época difícil. No sólo tuve que ocuparme de todos los arreglos para mi comparecencia ante el Comité, tuve que resolver también otros problemas. Hammett le debía al fisco una gran suma en impuestos vencidos: dos días después de su encarcelamiento confiscaron los ingresos de sus libros, de la radio y de la televisión: de todo lo que se les ocurrió. No recibiría ninguna regalía en los diez años que le quedaban de vida. Por mi parte, me había dejado aconsejar mal en la venta de una de mis obras de teatro para el cine y aunque "Washington" —me refiero con este término al entonces director del Fisco— me había dado su aprobación extraoficial en el momento de la venta, el Departamento cambió de parecer y alegó que yo le debía 175 mil dólares de impuestos. Además de esto yo me había empeñado —pasando sobre de la voluntad de Hammett, y sin su cooperación— en llevar su sentencia al Tribunal de Apelaciones de Boston. Hacerlo había costado mucho dinero, ya demasiado, y mis propias dificultades también serían muy costosas. Para colmo, ahora ambos estábamos proscritos de Hollywood, de la televisión y de la radio. El dinero se nos iba cada vez más rápidamente de las manos, y yo daba tumbos a ciegas, decidiendo cómo sería necesario vivir en adelante, de qué cosas habría que prescindir, sabiendo que Hammett estaba enfermo e ignorando lo que necesitaría de un día para otro. No recuerdo si fue este tipo de preocupación lo que llevó a Rauh a solicitar que se aplazara mi caso, o si necesitó la prórroga para estudiar a fondo ciertos ángulos jurídicos. Cito aquí parte del memorando que Rauh acaba de enviarme

en julio de 1975. El memorando está fechado el 26 de marzo de 1952:

Esta mañana vi a Tavenner, consejero en jefe del Comité de Actividades Anti-Norteamericanas... Después de algunas bromas forzadas, le expliqué el propósito de mi visita... Le pregunté exactamente qué le interesaba saber al Comité. Dijo que el Comité había recibido una declaración jurada, asegurando que Lillian Hellman era miembro del Partido Comunista, y que querían ahondar más en el asunto. Dije que no me encontraba en condiciones de saber si Lillian Hellman había pertenecido alguna vez al Partido Comunista, pero sí quería hacerle saber que ella estaba dispuesta a informar al Comité sobre sus actividades en todas las organizaciones a las que hubiese pertenecido. Quedaron tan encantados con esto que les señalé acto seguido el dilema jurídico envuelto en el asunto... Si Lillian Hellman suministraba información sobre sí misma, podría ser coaccionada legalmente a dar información sobre otras personas, y esto sería moralmente inaceptable para ella... Expresaron su comprensión, pero nada más... Tavenner mencionó a Budd Schulberg, quien inicialmente se había negado a dar nombres, pero a quien luego habían persuadido de que cambiara de parecer. Era de opinión de que a Lillian Hellman también se le podría convencer... Me preguntó si yo creía que ella se sentiría más dispuesta a dar nombres en una sesión privada... y expresó su mejor disposición y deseo de hablar con ella en privado, antes de comenzar la visita... Tavenner señaló que esto sería en beneficio de ella... pues así podría aclarar en su mente la cronología... Nixon (otro Nixon, no Richard: el director de investigaciones del Comité) dijo que

en aquel momento estaban investigando todo "el mundo del entretenimiento" en general, y que estaban interesados en el "mundo literario" en particular para comprobar cómo el Partido Comunista intentaba dominar el pensamiento de sus miembros. Tavenner me preguntó si el Partido Comunista había intentado alguna vez dictarle a Lillian Hellman sus escritos. Le dije que era una individualista... que deseaba además recordarles que *Tormenta sobre el Rin* había sido escrita en 1940, cuando los comunistas supuestamente simpatizaban con el nazismo. Me preguntaron cómo podía explicar que Lillian Hellman hubiese escrito una obra de teatro de línea anti-partidista, justamente en esos días... La reunión tocó a su fin con el comentario de que Hellman era una impenitente, y que serían tan corteses con ella como les fuera posible, pero que no existía la menor posibilidad de que no diese nombres ante el Comité.

No recuerdo que Joe me contara nunca lo sucedido en aquella reunión. Creo que supe de ella por su carta de julio de este año. Estoy segura de que para Rauh aquella reunión fue inevitable, aunque todavía la considero prueba, a pesar de lo mucho que nos hemos apreciado siempre, entonces tanto como ahora, de que él nunca llegó a entenderme por completo. En justicia, debo reconocer que cuando me esfuerzo mucho por controlarme, me comporto de manera peculiar, y él no es el primero que se ha quedado desconcertado. Como dije antes, me negué a utilizar los ataques del Partido Comunista para defenderme; en mi librito de reglas de juego, por breve que fuera, no resultaba honorable librarse de los castigos acusando a otros, máxime si ellos también estaban en dificultades. En su mayoría, los comunistas que conocí me parecieron

gente que luchaba por un mundo mejor; muchos eran tontos y algunos estaban, sin duda, tocados de la cabeza, pero eso no justificaba denunciarlos ni entregarlos a que los castigaran individuos cuyo propósito no era sino una publicidad que favorecería sus propias carreras.

Los errores fundamentales de los comunistas estadounidenses se debieron siempre a su emulación de los rusos, raza distinta a la nuestra, con una historia totalmente distinta. Los comunistas de nuestro país aceptaron la teoría y la práctica del comunismo ruso con la fogosidad de un enamorado cuya novia no puede protestar porque no habla su mismo idioma. Quizás esa sea la novia con la que muchos hombres sueñan, pero esa situación, tan ideal en la alcoba, resulta desastrosa en la política. Tampoco se dieron cuenta de que como hijos de su época y de su país, estaban confundiendo el idealismo con las leyes tan poco atractivas del mercado: la ganancia, la pérdida y la fama, y una reserva entre cómica y ridícula, tomada de los administradores de las grandes empresas. A pesar de que los anti-comunistas, principalmente los intelectuales, escribieron y hablaron extensamente sobre la violencia latente de los comunistas norteamericanos —Whittaker Chambers le vendió al pueblo estadounidense varias campañas basadas en ese tema romántico— sigo convencida de que la acusación era muy dudosa. He leído mucho sobre los pistoleros de otras naciones, pero los radicales estadounidenses que conocí decididamente no eran hombres violentos.

Resulta difícil imaginarse a V. J. Jerome, por ejemplo, teórico del Partido Comunista, poniendo bombas o tiroteando gente. No conocí bien a Jerome, pero una noche intentó convencerme de que el Partido tenía su atractivo de alta cultura, leyéndome en voz alta e interpretando

para mí el poema *The Cenci*, de Shelley. Cuando iba por la segunda mitad saqué a mi perra a dar un paseo, y si Jerome notó mi ausencia, no me lo dijo a mi regreso. Años más tarde, Hammett me contó una anécdota que me gusta recordar, de cuando se encontraba recluido en la prisión de West Street, junto con Jerome y varios funcionarios del Partido. Había una mesa de *ping-pong* en la azotea de la cárcel, y Jerome y Hammett estaban jugando dobles contra dos criminales: uno convicto de asesinar a un agente federal, y otro de robar un banco a mano armada. El supuesto asesino declaró a su favor un tanto dudoso, y Jerome se lo reprochó, en voz alta. Hammett le sugirió a Jerome que quizá no debía esperar tanta honradez de parte de un criminal. Jerome detuvo el juego para explicarle a Dash que el deber de todo socialista es creer en la regeneración de todos los hombres y enseñarles a ser honrados. El juego contra sus impacientes contrincantes recommenzó, y pareció seguir sin tropiezos hasta el décimo asalto, cuando Jerome le gritó al asesino que había hecho trampa por segunda vez, y si no le daba vergüenza. El asesino le arrojó su raqueta y luego sacó el cuchillo. Hammett se interpuso entre los dos, diciendo:

—El señor Jerome le pide disculpas.

Pero Jerome lo interrumpió diciendo:

—No, señor, no le pido disculpas. Debería avergonzarse de estar haciéndole trampa a un camarada encarcelado. Tiene que aprender...

El cuchillo voló por el aire, Hammett empujó a Jerome y lo arrojó al piso, y luego logró detener al asesino susurrándole al oído que, por favor, no hiciera caso, que Jerome no andaba muy bien de la cabeza. Se restableció por fin la paz cuando Hammett obligó a Jerome a obsequiarle al asesino dos paquetes de cigarrillos, además de

hacerle prometer que nunca volvería a jugar al *ping-pong*. El equivalente ruso de Jerome acaso fuera un hombre peligroso, pero seguramente hubiese sido menos tonto.

Muchos de los intelectuales que ingresaron en el Partido y luego lo abandonaron tuvieron razón en quejarse del lenguaje con que los atacaban los fanáticos fieles. Pero sólo un literato sería capaz de confundir insultos tales como "apóstata" o "traidor" con el daño que causa un fusil o una bomba.

PUSE en venta la granja de Pleasantville en abril de 1952. El trauma que esto significó para mí es sin duda la causa de que no recuerde casi nada de esas últimas semanas que precedieron a mi comparecencia ante el Comité, y de que tampoco anotara nada en mi diario sobre esos días. Sé, desde luego, que fue en aquella época cuando Rauh escribió la primera versión de la carta que yo había de enviarle al Comité. No me gustó en absoluto, porque no me sonaba a mí misma. Escribí otra versión; Rauh escribió una tercera. El re-escribió mi versión y yo re-escribí la suya. Cito aquí la versión que por fin compusimos entre los dos:

19 de mayo de 1952

Honorable John S. Wood

Presidente

Comité de la Cámara de Representantes sobre Acti-
vidades Anti-Norteamericanas

Despacho 226, Old House Office Building
Washington, D. C.

Estimado señor Wood: He sido citada para comparecer ante su Comité el 21 de mayo de 1952, como a usted ya se le habrá informado.

Estoy a su completa disposición para responder cualquier pregunta sobre mí misma. No tengo nada que ocultar; no hay nada en mi vida de lo que deba abochornarme. He sido advertida por mi abogado

que, de acogerme a la Quinta Enmienda, mi privilegio constitucional me permitiría negarme a contestar preguntas sobre mis opiniones políticas, sobre mis actividades y mis relaciones personales, por razones de auto-acusación. No me interesa acogerme a este privilegio. Estoy dispuesta a contestar ante los representantes de nuestro gobierno todas las preguntas que deseen plantearme sobre mis opiniones y actividades personales, haciendo caso omiso de los riesgos y las consecuencias en que pueda incurrir al hacerlo.

Mi abogado me informa, no obstante, que de someterme a un interrogatorio sobre mi propia vida, también deberé contestar preguntas sobre las vidas de otras personas y que, de negarme a hacerlo, podría ser acusada de desacato. Mi abogado me informa que si contesto las preguntas sobre mí misma habré abandonado los derechos que me depara la Quinta Enmienda y que puedo ser legalmente obligada a responder preguntas sobre otras personas. Esto resulta difícil de comprender para una ciudadana común como yo. Sin embargo, hay un principio que sí entiendo claramente: ni ahora ni nunca me prestaré a causar problemas a personas que, cuando se relacionaron conmigo en el pasado, eran completamente inocentes de toda expresión o acto desleal o subversivo. La deslealtad y la subversión me repugnan en cualquier forma, y de haber presenciado actos de esta naturaleza, hubiese considerado mi deber informar inmediatamente a las autoridades correspondientes. Pero hacerle daño a gente inocente que conocí hace muchos años para salvarme yo misma es, en mi opinión, un acto inhumano, indecente y deshonesto. No he de recortar mi conciencia para estar a la moda de este año, a pesar de que hace ya tiempo decidí que mi personalidad



no se adecuaba a la política, prefiriendo por ello no pertenecer a ningún grupo o partido.

Me educaron según la antigua tradición norteamericana, y me inculcaron desde pequeña ciertos principios caseros que ahora quizá parezcan anticuados: tratar siempre de decir la verdad, no rendir falso testimonio, no hacer daño a mi prójimo, ser leal a mi patria, y cosas por el estilo. En la mayoría de los casos, respeté siempre estos principios de honor cristiano, y traté de regir mi vida por ellos, en todo lo que pude. Estoy segura de que ustedes aprobarán estas normas básicas de decencia humana, y que no esperarán que viole las venerables tradiciones norteamericanas que les dieron origen. Desearía, en suma, comparecer frente a ustedes para hablar de mí misma.

Estoy dispuesta a prescindir del privilegio que me protege de la auto-acusación, para relatarles todo lo que deseen saber sobre mis opiniones y acciones, con tal de que su Comité se abstenga de obligarme a mencionar otras personas por sus nombres. Si el Comité no puede acceder a mi petición, me veré obligada a acogerme a la Quinta Enmienda de nuestra Constitución durante el curso de la vista.

Agradecería una respuesta a esta carta.

Sinceramente suya,

LILLIAN HELLMAN

NOTAS de mi diario.

16 de mayo de 1952. Fue Meg la que, quizás, empezó a ponerme nerviosa. Se subió a mi cama esta mañana a las cinco. Nunca había hecho nada semejante; es tan orgullosa que no necesita ni de mí ni de nadie. He querido a esta perra desde que ayudé a dar a luz a su madre, pero hoy le di su primer puntapié; se escabulló, resentida, hasta su rincón, y rechazó el desayuno. Al salir de casa me tropecé con Maggie, que estaba tratando de barrer el vestíbulo. Tan borracha como siempre, sólo que ahora más, desde que la interrogó el FBI, dos veces, a propósito de mí.

El Hotel Shoreham, de Washington. ¿Por qué habré venido a esta ciudad sin informar a nadie, mucho antes de lo necesario? Esta noche llamaré a Hammett y le diré dónde estoy. El teléfono estará intervenido, pero qué más da. No, no lo llamaré. Compraré unas revistas y ordenaré que suban un bistec y caviar al cuarto y me iré a dormir. El bistec estaba duro, y no tenían caviar. Mañana me voy a comprar algo, por mucho que me cueste.

17 de mayo. Vengo de la calle, estuve mirando vestidos caros pero no compré ninguno. Me entra pánico cada vez que pienso en el dinero, y éste no es el momento de sentir pánico. Ya tendré muchos años por delante para preocuparme de eso, pero esta semana voy a fingir que no lo sé. Llamé a Dash por teléfono y le dije dónde estaba. Me dijo que vendría a acompañarme, y se lo prohibí. ¡Hemos discutido esto tantas veces! Lo único que hará

será perjudicarme, es decir, con su nombre, y de todos modos no quiero pensar que desaprueba lo que estoy haciendo. Llamé a Joe, sin decirle que estaba en Washington, y le pregunté si me necesitaba para algo. Me dijo que por ahora no, pero que me mantuviera en contacto. Mantenerse en contacto: que frase curiosa. Creo que jamás la he dicho.

18 de mayo. No debí venir. No sé qué hacer conmigo misma. Iré a la Galería Nacional. Odio este vecindario: no hay dónde caminar; todo es demasiado refinado.

Noche. No fui a la Galería Nacional. Fui al zoológico. Es bueno ver seres vivos que ignoran que existe la muerte, los problemas económicos, los Comités. Siempre he querido acostarme con un orangután, pero supongo que no lo haré nunca. Ahora tengo un chofer de taxi que me lleva a todas partes, sin cobrar, porque dice que se siente triste. Llamé a Dash. Me dijo que se estaba comiendo una chuleta. Le conté lo del orangután y me dijo que lo volviera a llamar si quería que habláramos del asunto, cuando terminara de comerse la chuleta.

19 de mayo. Me compré un modelo de Balmain, hermosísimo y carísimo. Con él puesto, me sentiré mejor el día de la vista. Luego fui a almorzar a *Harvey's*, y el camarero me señaló a J. Edgar Hoover y a Clyde Tolson; dice que acostumbran almorzar allí todos los días. Apuesto a que ellos sí se acuestan con un orangután todas las noches. No pude seguir comiendo después de verlos. Mi chofer me estaba esperando y decidí súbitamente regresar a Nueva York, y volver a Washington al otro día. Pero camino del aeropuerto me arrepentí.

20 de mayo. Pasé toda la noche en vela. Ahora ya sé por qué vine a Washington antes de lo necesario. Hace cinco días fui a cenar a casa de Lennie Bernstein. Pasamos un rato agradable, con Shirley y una pareja cuyo nombre he olvidado. Después de la cena llegó Harry [Nota de 1975: Ése no es su nombre verdadero; ahora ya es un viejo y su comparecencia ante el Comité lo sumió en la pobreza y quebrantó su salud]. Todos quieren oír hablar de Harry porque hace dos semanas compareció ante el Comité como testigo renuente. Yo tengo especial interés en escuchar lo que dice, aunque nadie sabe que la semana que viene yo compareceré también ante el Comité. Harry disfruta abiertamente de toda la admiración de que es objeto, y me es simpático por eso. Más bien, me fue simpático hasta que dijo que antes de comenzar la vista, su abogado le hizo aprenderse de memoria las respuestas a 25 preguntas. Eso me aterroriza. Rauh no me ha adiestrado para nada. Alguien pregunta, "¿Y cómo adivinó tu abogado qué preguntas te harían?" "Lo hizo al tanteo", dijo Harry, "a partir de lo que había visto y oído en casos anteriores."

Yo dije "No sería capaz de aprenderme de memoria las respuestas a veinticinco preguntas, y no lo haré."

De pronto me sentí mal y decidí regresar a casa. Telefonee a Joe. "No me dijiste que tendría que aprenderme de memoria las respuestas a un sinnúmero de preguntas. No podré hacerlo, y debiste avisármelo antes." Joe me preguntó de qué estaba hablando. Le conté lo de Harry y me preguntó quién había sido su abogado. Antes de que le dijera que no sabía me dijo que no creía que Harry estuviera diciendo la verdad. Harry era un tipo íntegro en muchos sentidos, pero estaba exagerando para impresionarnos. "Todos tenemos derecho a pintarnos un

poco como héroes en ciertas circunstancias," me dijo riendo; "hasta puede ser que tú hagas lo mismo dentro de poco." Y luego se retractó: "No, probablemente harás todo lo contrario". Me ordenó que me acostara temprano y me olvidara por completo del asunto. No era necesario aprenderse nada de memoria, aunque sí había dos consejos que quería darme antes de comenzar la vista; nada muy importante, y por tanto podía esperar.

Supongo que fue por culpa de Harry por lo que me fui de Nueva York y vine a Washington antes de tiempo.

Falta sólo un día. Telefonee a Rauh, que no estaba, y le dejé dicho que estoy en el Shoreham. Luego pasé a recoger mi vestido nuevo en el taxi de mi amigo. Me compré también un sombrero de última moda y un par de guantes de cabritilla blanca. De regreso al hotel con mis compras, le pido a mi amigo el taxista que me pase a recoger al día siguiente a las ocho de la mañana. Dice "Claro que sí;" estar conmigo le ayuda a no pensar. Pensar en qué —le digo. "Mañana operan a mi mujer de cáncer de la garganta pero no empiezan hasta las doce". Fue todo lo que nos dijimos. Antes de despedirnos le hice un cheque por cien dólares y le pedí que le hiciera a su mujer un buen regalo en mi nombre. Me gustaría creer que fue un gesto generoso de mi parte, pero era más bien "Mira qué buena soy. Dios mío; ayúdame Tú a mí mañana." Mi vestido, mi sombrero, mis guantes, el regalo al taxista, serán las últimas extravagancias que podré permitirme en mucho tiempo. Me hicieron sentir bien.

Al regresar al cuarto me decidí a leer el *New York Times*: el de ayer y el de hoy. No había querido leerlos y mi intuición resultó acertada. Aparecía la noticia sobre Clifford Odets: había comparecido como "testigo bien

dispuesto" ante el Comité, dando gran cantidad de nombres de ex socios y amigos. Su viejo amigo Elia Kazan había hecho lo mismo el mes anterior, y publicó su declaración en el *New York Times*, que resultaba casi increíble por su beatería de mierda. Me quedé mucho rato pensando en Clifford, recordando la noche que cenamos juntos en *Barbetta's*. ¿Habría sido sincero o no aquella noche? Quizá sólo se proponía averiguar lo que yo pensaba hacer y decir. Me parece imposible que un hombre ya maduro e inteligente no tenga suficiente sentido común para saber de antemano cómo actuar bajo presión. Más o menos, todos podemos adivinarlo: es algo que decidimos en nuestra niñez, cuando aún éramos muy jóvenes, y que ya desde entonces está relacionado con nuestras definiciones de orgullo y dignidad. Creo que por eso me desagradan las insinuaciones esporádicas de Joe, sus dudas sobre si cambiaré o no de posición una vez que me encuentre sentada en la silla de los testigos. Podré hacer un formidable ridículo, pero nada más. En circunstancias especiales, bajo tortura, es natural que la gente pierda el temple y confiese. Recuerdo que Louis Aragon me contó una anécdota, que Camus me repitió en la única ocasión en que lo vi. Durante la guerra, a los miembros de la Resistencia se les ordenaba resistir la tortura física todo lo que pudieran, para dar a sus compañeros la oportunidad de escapar. Pero nunca se les exigía aguantar hasta dejarse matar: ni siquiera hasta quedar lisiados. En circunstancias semejantes, confesar es lo único que puede hacerse. Eso tiene sentido. Pero las circunstancias presentes son muy distintas, aquí no se ha torturado a nadie, y no me convence esa nueva teoría de que la tortura psicológica equivale a brazos rotos o a lenguas quemadas. Al diablo con todo esto. Necesito dormir.

LA PETICIÓN que hice en mi carta del 19 de mayo del 52 fue rechazada por el Comité, en otra que llegó a mis manos el 20 de mayo. No me quedó más remedio que hacer lo que no quería: acogerme a la Quinta Enmienda. La Quinta es una de las cláusulas más sabias de nuestra Constitución: nos protege de la auto-acusación. Pero esta Enmienda oculta ciertas dificultades para el ciudadano corriente. Rauh y yo estábamos convencidos de que el viaje que hice a Rusia durante la guerra, que he descrito en detalle en uno de mis libros, sería el blanco principal del Comité. En 1944, los rusos me habían invitado a visitar la Unión Soviética, en cierto modo como embajadora cultural. Tanto al presidente Roosevelt como a Harry Hopkins les gustó la idea del viaje, pero, como era de esperarse, prefirieron no apoyar el viaje oficialmente. Los rusos se ocuparon de llevarme a través de Siberia en avión, pero a Charles Bohlen, del Departamento de Estado, le fue encomendado trasladarme hasta Alaska.

Permanecí en Moscú durante meses, en casa de Averell Harriman, a la sazón nuestro embajador. Rauh y yo pensábamos que los miembros del Comité me interrogarían a fondo sobre esta visita, como síntoma de su antagonismo abierto a la época de Roosevelt. La Quinta Enmienda tiene su truco: si me preguntaban si conocía a Harriman o a Roosevelt, habría tenido que contestar que sí, porque conocerlos a ellos de ninguna manera podría comprometerme. Pero si me preguntaban si conocía a Chaplin o a Hammett, por ejemplo, me hubiese visto forzada a negarme a contestar porque conocerlos a ellos podía comprometerme. Ésta es, por tanto,

una forma de señalar indirectamente a ciertas personas, aunque a algunas las conozcamos circunstancialmente, y lo que sepamos sobre sus vidas sea casi pura conjetura. Todo este procedimiento puede ser sabio y necesario, desde un punto de vista jurídico, pero en la práctica también puede ser algo muy desagradable.

Mi vista había sido fijada para el 21 de mayo de 1952, a las once de la mañana. Rauh me pidió que estuviera en su oficina a las ocho y media. Esa noche traté de dormir, y no pude; intenté leer, me di dos baños de agua, caliente. El teléfono sonó dos veces y no quise contestarlo, pensando que era Hammett. Sabía que él notaría cualquier fingimiento de mi parte. Estuve tratando de entender mis propios temores, hasta que cerca del amanecer me di por perdida, pensando, con un sentido del humor un poco macabro, que la hora del auto-análisis había tocado a su fin. Me sentí entonces invadida por la calma, esa calma que desde pequeña me invade en los momentos de peligro, cuando sé que cualquier desahogo violento, cualquier falla de los nervios puede ser fatal. Así que me desayuné bien, subí al taxi de mi entristecido amigo y le pedí que me llevara a la oficina de Joe. Nos despedimos formalmente, y él me prometió que pasaría a informarme del resultado de la operación de su mujer. Le di mi dirección en Nueva York, pero no volví a saber de él.

Rauh estaba hablando por teléfono. Me saludó con la cabeza, tapó la bocina con la mano y me susurró que estaba hablando con Thurman Arnold (Arnold había sido Sub-Procurador General y era entonces socio de Abe Fortas). Rauh tenía una expresión severa y rígida, muy distinta de su habitual cordialidad. Tomé un periódico de la mesa y me fui a leerlo a la habitación contigua. Leí



durante algunos minutos, y levanté la mirada para ver a Rauh observándome desde la puerta.

—Llamó Thurman Arnold para decir que te estoy enviando directamente a la cárcel por la carta que compusimos juntos. Dice que debemos encontrar alguna manera de retractarnos antes que empiece la vista. Lo que dijo fue: Fortas y tú serán responsables del martirio de esa mujer.” No quiero convertirte en mártir. Arnold es un abogado excepcional.

Y de pronto me sentí dominada por las náuseas. Rauh, sin proponérselo, me había llevado muy cerca del pánico. No puedo cambiar de parecer súbitamente, ni siquiera para tomar un avión en la tarde, si he contado con que volaré en la mañana. Nunca he podido ajustarme a alteraciones súbitas de comportamiento, ni siquiera puedo cambiar de planes cuando las circunstancias, con toda sensatez, lo exigen. Quería desahogar mi ira contra Rauh, decirle que por su culpa mis nervios, que hasta aquel momento había logrado dominar con relativa eficacia, estaban a punto de volar en pedazos. Pero al regresar a su oficina lo vi tan contrito que se me pasó la indignación.

Le dije:

—Por favor llama a Arnold por teléfono y dale las gracias de mi parte. Dile que ya es demasiado tarde para cambiar de planes y que, pase lo que me pase, será bajo mi propia responsabilidad. Y tú deja ya de sentírte culpable, que me hace daño verte así esta mañana.

Rauh, su ayudante Daniel Pollitt y yo fuimos en taxi hasta las oficinas del edificio Old House. Recuerdo que en el taxi me iba repitiendo a mí misma: “Asegúrate de poder salir de la vista con la cabeza en alto, y eso será suficiente.”

Joe me tocó ligeramente el brazo y me dijo:

—Si la cosa se pone demasiado fea y te sientes mal, hazme una seña y yo le informaré al Comité que necesitas ir al baño. Como seguramente podrás ir sólo una vez, toma tu tiempo: lávate la cara, fúmate un cigarrillo. Si no necesitas el descanso, mantén el ojo clavado en el reloj y recuerda que el Comité tomará un receso cerca de las doce y media. Es posible que no nos vuelvan a llamar, pero ya habrás tenido por lo menos hora y media para descansar, tomarte un trago o ambas cosas. Ahora escucha bien lo que te voy a decir: *no bromees ante el Comité.*

—¿Cómo que no bromees? ¿Y por qué iba a bromear?

—Muchos suelen hacerlo, cuando se sienten insultados. Empiezan a hacer chistes y a pasarse de listos, para disimular su turbación. Pero tú no lo hagas.

La sala del Comité se encontraba casi vacía, a excepción de unas señoras ya entradas en años, sentadas en un banco del fondo. Daban la impresión de haber estado allí toda la vida, y como hablaban entre sí adiviné rápidamente que pertenecían a un mismo club u organización. Secretarios entraban y salían de la sala, colocaban papeles sobre el atril y luego desaparecían. Comenté que quizás habíamos llegado demasiado temprano, pero Joe dijo que no, que así era mejor porque me acostumbraría poco a poco al lugar.

Entonces, tratando de distraerme mientras esperábamos, me dijo:

—Bueno, ahora ya puedo confesarte que cuando te reconocí temí que me pasara lo mismo que le pasó a mi amigo.

Interrumpió lo que me estaba diciendo para preguntarle a Pollitt qué pasaría con la prensa; aún no había entrado en la sala un solo reportero.

Dije:

—¿Y qué fue lo que le pasó a tu amigo?

—Era abogado de un escritor de Hollywood que le había asegurado que en ninguna circunstancia sería “testigo bien dispuesto”. Basándose en esa promesa, mi amigo aceptó su caso. Llegaron a la sala, se sentaron en estos mismos asientos, él seguro de su cliente, y a los diez minutos de interrogatorio el escritor se volvió uno de los testigos más serviciales que hayan comparecido ante el Comité. No hubo nombre que no sacara a relucir, incluso el de su compañero de cuarto en la universidad, un amigo íntimo de su niñez.

Dije:

—Eso no te sucederá a ti, aunque no se deba necesariamente a mi honorabilidad; ni siquiera a mi respeto a la tuya. Ya te he dicho que sencillamente no sé cambiar de planes de un momento a otro.

Joe le dijo a Pollitt que creía haber adivinado la razón por la cual no había nadie de la prensa y el salón estaba semi-vacío: el Comité había mantenido nuestra comparecencia lo más secreta posible. Joe dijo:

—Eso quiere decir que nos temen. No sé si eso es bueno o malo, pero necesitamos que la prensa esté presente, y no sé cómo avisarles.

No tuvo que hacerlo. De pronto la sala comenzó a llenarse, por el fondo, y los periodistas comenzaron a apiñarse en los bancos que les habían sido asignados, y todavía seguían apiñándose cuando el diputado Wood comenzó a golpear con su mazo, convocando al orden. Los miembros del Comité habían entrado en la sala sin que yo lo advirtiera, y sólo entonces me di cuenta de que se sentarían en una plataforma elevada; el Estado había aprendido sus tácticas del teatro, o quizás haya sido a la

inversa. Me alegré de no haberlos visto entrar: parecían una comparsa fúnebre. A través del ruido del mazo, oí toser a una de las señoras. Tosería a lo largo de toda la vista. Más tarde escuché que una de sus amigas le decía en voz alta: "Irma, tómate una de tus pastillas para la tos."

Las preguntas preliminares fueron rutinarias y previsibles: cuál era mi nombre, dónde había nacido, en qué me empleaba, los títulos de mis obras de teatro. Se demoraron muy poco en llegar al tema que les interesaba abordar: mi época de Hollywood, los estudios para los que había trabajado, durante cuántos años, con especial y misterioso énfasis en el año 1937. (Mi estadia en España, recuerdo que pensé entonces, pero me equivocaba.)

¿Conocía yo a un escritor llamado Martin Berkeley? (Ni lo conocía entonces ni lo conozco ahora, aunque Hammett me recordó después que en una ocasión me tocó sentarme cerca de él en una comida a la que asistieron 16 o 17 personas más, celebrada en las viejas oficinas de la Metro-Goldwyn-Mayer.) Dije que tenía que negarme a contestar esa pregunta. El señor Tavenner dijo que deseaba volver a preguntarme si, como yo había afirmado anteriormente, era cierto que había viajado por el extranjero durante el verano de 1937. Respondí afirmativamente; añadí que había pasado por Nueva York, donde había permanecido varias semanas antes de ir a Europa, y me preparé para la próxima pregunta, sabiendo de antemano lo que vendría: se disponía a poner en acción a Martin Berkeley, testigo estrella del Comité en materia de Hollywood. Tavenner leyó el testimonio de Berkeley. Creo que vale la pena citarlo. Los detalles están muy pulidos, hasta un comentario sobre "mi viejo amigo Hammett", a quien Berkeley sólo conocía de vista.

TAVENNER: ... Quisiera que usted le informara al Comité cómo y cuando se fundó el ala del Partido Comunista de Hollywood.

BERKELEY: Verá, señor, por una casualidad muy extraña esa sección del Partido se fundó en mi casa... En junio de 1937, a mediados de junio, más precisamente, se celebró una reunión importante. Se escogió mi casa para ella porque tenía una sala amplia y un cómodo estacionamiento... La reunión fue un éxito. Se nos honró con la presencia de varios dignatarios de la ciudad, y hubo mucho entusiasmo... Bueno, además de Jerome y de otros que ya mencioné antes, y no veo la necesidad de seguir repitiendo la lista una y otra vez... Estaban también presentes Harry Carlisle, hoy a punto de ser deportado, decisión que me parece muy sabia. Carlisle era ciudadano británico. Después de que Stanley Lawrence le robó los fondos que pudo al Partido, se fue a España a pagar sus culpas, y allí se hizo matar. Entonces fue cuando el Partido nos envió a Harry Carlisle, para que dirigiera las clases de marxismo... En aquella reunión se encontraban también presentes Donald Odgen Stewart, su nombre se escribe Donald Odgen S-t-e-w-a-r-t; Dorothy Parker, la escritora; su marido Allen Campbell, C-a-m-p-b-e-l-l; mi viejo amigo Dashiell Hammett, quien cumple ahora sentencia en Nueva York por sus actividades políticas, y la excelente dramaturga Lillian Hellman...

Y así por el estilo; cuando terminó de leer todos aquellos dislates, Tavenner me preguntó si aquello era verdad. Dije que deseaba hacer referencia nuevamente a la carta que le había enviado al Comité, pidiendo que se reconsiderara mi propuesta.

TAVENNER: En otras palabras: ¿Usted le pide al Comité que se le exima de ser interrogada sobre la participación de otras personas en las actividades del Partido Comunista?

Negué haber dicho eso.

Wood dijo que, para mayor claridad del expediente, Tavenner debería incluir en él mi carta, así como la respuesta del Comité, para que aparecieran como documento aclaratorio. Tavenner hizo lo que le había sido indicado, y no bien hubo terminado de incluirlas, Rauh se levantó de su asiento y comenzó a repartir una pila de copias mimeografiadas de mi carta a los representantes de la prensa. Me desconcerté al ver lo que estaba haciendo. No me había fijado que había traído consigo las copias, pero parecía muy contento.

Tavenner se indignó al ver a Rauh repartiendo la carta por toda la sala. La transcripción de la vista resulta insuficiente en este pasaje; no recoge con fidelidad la violencia del altercado entre Tavenner y Rauh. Rauh dijo que Tavenner no tenía por qué enfadarse; él mismo había incluido la carta en el expediente, y por tanto Rauh tenía derecho a repartir las copias. El intercambio de comentarios corteses, tal y como se leen en la transcripción, es totalmente apócrifo. Me consta que al transcribir este párrafo, así como en varias otras ocasiones —por ejemplo cuando Hammett compareció posteriormente ante el Subcomité de Seguridad Interna del Senado— o bien el taquígrafo perdió el hilo de lo que se estaba diciendo y luego trató de completar de memoria, o los documentos fueron amañados en parte. He leído muchas transcripciones de los taquígrafos de tribunales, y todavía no conozco una que sea absolutamente fiel.

Wood le dijo a Tavenner que "el Comité no podía transigir con los testigos en cuanto al testimonio que éstos decidieran emitir," y que por tanto ambas cartas debían ser leídas en voz alta.

Tavenner leyó entonces las cartas, y se oyó un rumor de voces intranquilas en la sección de la prensa, comentarios que no se entendían. Tavenner me preguntó, acto seguido, si yo había asistido a la reunión que Berkeley describía en su testimonio, y en ese momento tuve que hacer una de las cosas más difíciles de toda mi vida: no contestar, "No conozco al señor Berkeley, y con un poco de diligencia ustedes hubiesen comprobado que era imposible que yo estuviese presente en esa reunión." En cambio, dije que me veía obligada a no contestar la pregunta. El "obligada" le molestó a Wood —y lo seguiría molestando una y otra vez durante todo el interrogatorio—, y me corrigió diciendo:

—Puede *desear* no contestar la pregunta. La pregunta se le hizo: ¿se niega usted a contestarla?

Pero el reparo del señor Wood, el tono irritado de su voz, me estaban poniendo nerviosa, y comencé a mover la mano derecha maquinalmente, como si tuviese un *tic* que me fuera imposible dominar. Me dije a mí misma que si una sola palabra podía violentarlo así, muy pronto lanzaría contra mí sus insultos. Así que me senté muy derecha en la silla, obligué mi mano izquierda a detener la derecha, y me dispuse a resistir lo que viniera.

Sentía sudor en la cara y en los brazos y supe que muy pronto algo malo iba a sucederme, algo que no podría remediar. Me volví hacia Joe para recordarle mi posible visita al "tocador", y vi en el reloj que habían transcurrido tan sólo 16 minutos; el Comité aún no había co-

menzado a disparar su artillería pesada. No me quedaba más remedio que esperar.

¿Era miembro del Partido Comunista? ¿Lo había sido alguna vez? ¿En qué año había dejado de serlo? ¿De qué manera podía yo perjudicar a alguien como Martín Berkeley admitiendo que lo conocía? Y otras preguntas semejantes. A veces me fue imposible seguir su lógica, otras veces me di perfecta cuenta de que, al negarme a responder preguntas sobre pertenencia al Partido Comunista, estaba dando la sensación de que en efecto había pertenecido a él.

En medio de una de estas preguntas sobre mi pasado, sucedió algo tan extraordinario que hasta el día de hoy estoy convencida de que el caballero desconocido que habló en aquellos momentos cambió definitivamente el curso de mi vida. Hacía tres o cuatro minutos que una voz se había venido destacando sobre las demás, separándose del murmullo general. (Para entonces, creo que la gente de la prensa ya había terminado de leer mi carta, y habían comenzado a discutirla.) Una voz menos fuerte respondió a la primera voz, y fue imposible distinguir el sentido de las palabras. De pronto se escuchó que la voz dijo claramente: "Gracias a Dios que por fin alguien tuvo agallas para hacerlo."

No suele ser sabio afirmar que tal o cual momento fue el mejor de nuestras vidas; sólo nos lo parece pasajeramente, pero en mi caso, no me cabe la menor duda de que esa voz al fondo de la sala pronunció las palabras que ayudaron a salvarme (me había convencido desde un principio de que las señoras y la prensa estaban contra mí): Wood los llamó entonces al orden golpeando con su mazo y dijo, encolerizado:

—Si vuelve a suceder algo semejante, ordenaré que la prensa se retire de la sala.

—Hágalo, señor— respondió la misma voz.

Wood le dijo algo a una persona que estaba de pie detrás de él, y la persona comenzó a avanzar hacia la sección de la prensa, pero la amenaza no llegó a cumplirse. Ignoro todavía el nombre del propietario de aquella voz, pero muchos meses después me repetía a mí misma todos los días que hubiese querido decirle lo que realmente había tenido intención de decirle a Wood: “No existe amenaza comunista en este país y ustedes lo saben mejor que nadie. Ustedes han hecho que los cobardes mientan, lo que resulta ya algo bastante sórdido; pero encima me han obligado a escribir una carta en la cual he tenido que reconocer su poder. Todo esto es denigrante y lo que debía haber hecho era caminar hasta el despacho de su Comité, dar mi nombre y dirección, y salir inmediatamente por donde había entrado.” A muchas personas les gustó lo que hice, pero a mí no mucho. De no haber sido por las ratas de la cárcel... ¡Qué valientes somos cuando ya el peligro ha pasado y vamos bajando a carrera tendida por la escalera de escape!

En la sala del Comité oí que Wood decía:

—Walter no desea interrogar más a la testigo. ¿Hay alguna razón por la cual la testigo no deba ser excusada de nueva comparecencia ante este Comité?

Tavener dijo:

—No señor.

Mi vista había durado exactamente una hora siete minutos. Creo que no me di cuenta de que todo había terminado hasta que Joe me hizo saltar fuera de la silla, repitiéndome entre contento y alterado:

—¡Levántate! ¡Levántate! Sal de aquí inmediatamente.

Pollitt te acompañará. No te detengas por nadie ni por nada; no contestes ninguna pregunta. No corras, pero camina lo más rápidamente posible, niégate a contestar sacudiendo la cabeza, sin dirigir la palabra a los que se te acerquen.

Buscando revivir aquel momento, he vuelto a leer una carta reciente de Daniel Pollitt, hoy distinguido profesor de Derecho en la Universidad de Carolina del Norte. En su carta no hace referencia a nuestra carrera para salir del edificio; el éxodo más vertiginoso que he hecho de lugar alguno desde que estaba en la escuela y salía corriendo al escuchar la campana. Recuerda, sin embargo, que entramos en un restaurante y pedimos un whisky, luego otro, y luego otro, mientras aguardábamos a Joe, que no llegaba nunca, mientras Pollitt se preguntaba cómo diablos pagaría la cuenta pues sólo llevaba un dólar cincuenta centavos en el bolsillo. Nos salvó, dice en su carta, un amigo mío del Departamento de Estado que se ofreció a pagar. Según mi diario, se le ha confundido el incidente con otro que sucedió algunas semanas antes. Rauh se nos reunió por fin, me dio un beso, le dio a Pollitt unas palmaditas en el hombro, pidió sandwiches y me dijo:

—Bueno, lo logramos.

—¿Qué logramos? No entiendo por qué todo terminó tan pronto.

Rauh me explicó que no sabía si los del Comité habían cometido un error al leer mi carta en voz alta para incorporarla al expediente, pero que por primera vez se habían visto en un aprieto, y habían preferido no pelear. Era imposible que me volviesen a llamar para una segunda comparecencia, pero antes tendrían que hallar una buena razón. Se sentía satisfecho, pues no me habían

enviado a la cárcel, y todo se había resuelto a pedir de boca.*

Estaba tan cansada que sólo podía exclamar "¡vaya, vaya!" a través de mi sandwich, sin entender mucho de lo que Rauh me decía. Entonces regresamos a su oficina, y Joe comenzó a llamar gente por teléfono, y en algún momento se comunicó con Arthur Krock, del *New York Times* quien llamó para decir que admiraba mi actitud y que el *Times* se declarararía a mi favor. De hecho, la prensa en general me fue muy favorable, y cinco días después apareció en el *Post* un artículo de Murray Kempton, intitulado *Retrato de una dama*, que me causó un gran placer.

Llamé a Hammett, y dejé dicho que llegaría a casa para la hora de la cena. No quise hablar con él. No quería que pensara que iba a decirle que yo había tenido la razón y que él se había equivocado, porque no era cierto. Habría tenido la razón si me hubiese atrevido a decir lo que no dije, y el que me librara de ser procesada no probaba en absoluto que la tuviera.

Tomé un avión a Nueva York en la tarde. Me sentía bien, hasta que el avión despegó y empecé a vomitar. Al

 *Años después, mucha gente me ha seguido preguntando por no fui procesada por el Comité. Sólo he podido repetir lo que Rauh me dijo el día de la vista. Al terminar de escribir este libro lo llamé por teléfono y le pregunté si, con el paso de los años, había llegado a creer que se debía a otras razones. Dijo: "Ellos querían lograr tres cosas. En primer lugar, que les dieras los nombres de otras personas, lo cual te negaste a hacer, en segundo lugar, dañar tu reputación haciéndote aparecer como 'Comunista de la Quinta Enmienda'. Tampoco lo lograron porque en tu carta les diste la oportunidad de que te preguntaran lo que quisieran sobre ti misma. En tercer lugar, querían procesarte, y esto tampoco lo lograron porque nos obligaron a acogernos a la Quinta Enmienda. Se dieron cuenta de que estaban en una trampa. Los vencimos, eso es todo."

lavarme la cara me parecía estar oyendo a Sofronia, mi nodriza, repitiéndole a la cocinera o a cualquiera que estuviese cerca: "Esta niña no tiene estómago. Por envenenada que esté con algo que comió y le cayó mal, no puede vomitarlo. Ella trata, yo trato, pero no puede."

Aquella noche sí pude vomitar, y también los dos días siguientes. Recuerdo muy borrosamente aquellos días: siempre estaba sedienta y soñolienta, y me repetía a mí misma todo el tiempo: "De ahora en adelante no llamarás a nadie por teléfono. Tendrás que esperar a que ellos te llamen. Tu vida ha cambiado."

Era cierto que mi vida había cambiado, y muchas personas nunca volvieron a llamarme. Pero me llamaron otras: unos cuantos amigos, algunos extraños o recién conocidos que insistían en invitarme a comer con ellos, o me escribían cartas. Eso fue generoso de su parte, porque algunos temían que andar en mi compañía les trajese malas consecuencias.

Tuve que pagar un precio muy alto por el tumulto de aquellos años, desde antes de mi *debut* ante el Comité y durante mucho tiempo después. El liberalismo perdió para mí toda su credibilidad. Creo que lo he sustituido por algo muy privado; algo que suelo llamar, a falta de un término más preciso, decencia. Y sin embargo, me ha sido imposible cortar el cordón umbilical por completo. Esto quizá se debe a que mis relaciones con los liberales habían durado treinta años, y treinta años es mucho tiempo. No hay nada extraordinario en mi desilusión: es un problema de nuestro tiempo. Pero resulta doloroso no poder aceptar el liberalismo cuando tampoco se puede aceptar el radicalismo. Uno se siente incómodo en un sillón demasiado cómodo. Algunos de nosotros nos la pasamos saltando de un bando al otro, para acabar

inevitablemente en el limbo. Nuestra gente con talento creador no sólo se equipara, sino que supera en muchas ocasiones a sus colegas de otros países. Pero no tienen guías, y ante todo han fallado al no ofrecer nuevas teorías e ideales. Los Estados Unidos son una nación que pide a gritos ideales nuevos y, porque no los tiene, califica a quienes podrían dárselos de gente extraña y desorientada, inútilmente violenta.

El año de 1952 trajo consigo otros castigos: nuestra vida diaria cambió radicalmente. Tuvimos suficiente dinero durante algunos años, y luego no tuvimos nada. La época de penuria se prolongó bastante, con ocasionales bonanzas. Eso lo vi venir desde el día en que me entregaron el citatorio para que compareciera frente al Comité. Era obvio que tendríamos que vender la granja. Sabía que en adelante mis guiones estarían proscritos; el teatro continuaría tan inseguro como siempre; y además yo era lenta y me tardaba casi siempre dos años en escribir una obra. Las regalías de Hammett, el dinero de la radio, de la televisión, y de sus libros se habían esfumado para siempre. Tuve la oportunidad de vender la granja fragmentada, y de hacer una fortuna. Alguien me había hecho una proposición al respecto y quizá la hubiese aceptado de no haber sido por Hammett. Él insistió, "no, no permitiré que lo hagas. Deja que otros descuarticen la tierra. ¿Por qué hacerlo nosotros?" Era un sentimiento muy noble, con el cual estuve de acuerdo entonces y del cual siempre me he arrepentido. Más que la venta de la granja me dolía darme cuenta de que una época de mi vida había terminado, y cuanto más rápidamente la olvidara, más efectiva sería mi re-adaptación a la nueva, aunque sigo convencida de que la pérdida de la granja fue el trago más amargo de mi vida. Quizá aún fuera más amar-

go para Hammett, aunque comparar lo que dos seres sienten al perder un pedazo de tierra que han amado y cultivado juntos, una casa que han diseñado para vivir en ella toda la vida, no es más que un juego absurdo.

Cinco días antes de la mudanza sucedió algo tan extraordinario que convirtió el dolor en otra cosa, casi en un buen presagio. Fue algo que me hizo pensar que la suerte no nos había abandonado por completo, que quizás el castigo que habíamos sufrido podría llegar a ser recordado algún día como algo sin importancia.

Siempre habíamos tenido venados en la granja, y antes de que el Condado de Westchester prohibiera su caza, Hammett solía matar una cuota, lo que nos permitía comer carne de venado durante todo el invierno. De vez en cuando, en alguna caminata a través del bosque nevado o en mis paseos a caballo, me encontraba frente a un ciervo, o a una cierva con sus cervatillos. A menudo, al oír el menor crujido, me agazapaba a esperar, a veces durante mucho rato, y varias veces fui recompensada por el espectáculo de su cercanía. Los venados me parecen los seres vivos más hermosos del mundo, y en una ocasión me encontré hundida en un hanco de nieve, con los brazos extendidos, tratando de abrazar uno: cuando el venado, sobresaltado al descubrirme tan cerca, huyó precipitadamente, me eché a llorar desconsolada.

Dos años antes de vender la granja, antes de comenzar nuestras dificultades, yo había extendido nuestro césped hasta más allá de un estrecho huerto de árboles frutales, con la intención de extenderlo aún más allá, en el futuro, cercar el área y construirme un pequeño parque de venados. Había decidido que lo visitaría sólo como recompensa los días en que hubiese trabajado con más ahinco o luego de aquellos momentos, en que sintiese que me

había ganado el placer de estar con ellos. Sólo había llegado a desbrozar el bosque cercano cuando tuve que vender la granja.

La compró un matrimonio muy agradable —habíamos recibido ofertas extrañas de varias personas, que nos ofrecían el dinero de contado y que llegaban con los planos listos para llevar a cabo la subdivisión— y acordamos con ellos que nos mudaríamos a más tardar en un mes. La tarea más difícil ya la habíamos hecho: los tractores, los botes, los instrumentos de labranza, los animales: todo había sido vendido o regalado.

Cinco días antes de que llegara la gente de la compañía que vendría a llevarse los muebles, me encontraba en el segundo piso empaquetando algunas cosas en mi habitación, que quedaba justamente encima de un estudio muy agradable que yo misma había diseñado para mi uso. El estudio se abría sobre la terraza amplia, frente al huerto de árboles frutales y al malogrado parque de venados. Contiguo a uno de sus bordes había un bellissimo jardín con rocas, diseñado por un experto que murió mucho antes de que compráramos la casa.

Hammett se acercó al pie de la escalera y me llamó lo más quedamente posible.

—Baja. No hagas ruido. Al llegar a los últimos escalones, agáchate para que no te vean por la ventana.

Parecía contento y emocionado y, cuando bajé corriendo las escaleras, vi que se había arrimado a la parte más alejada a los ventanales. Hizo con la mano un gesto para que me agachara. Bajé casi a gatas los escalones siguientes, repté a través de la sala, y Hammett me ayudó a levantarme muy lentamente. Ante mis ojos estaba la visión más espléndida de mi vida; tan sorprendente, tan increíble, que empecé a sentir que me ahogaba, y

Hammett tuvo que callarme poniéndome la mano sobre la boca.

Por el amplio camino del lago se acercaban no menos de veinte venados, avanzando lentamente, e integrándose poco a poco a un grupo mayor que vagaba ya entre los árboles frutales. Tanto los más pequeños como los grandes, los oscuros como los claros, se movían sin temor, deteniéndose aquí y allá para mordisquear los capullos de mayo. Ocho de ellos se habían acercado a la terraza, y levantaban la cabeza para mirar en dirección a la casa, pero lo hacían sin curiosidad, cómo si ésta no fuese más que un tipo de árbol extraño. Entonces un grupo de ellos atravesó la terraza y se internó en el jardín de rocas, donde encontraron tantas cosas de comer que pronto se les unió otro grupo de seis o siete. En total, entre la caravana que venía del lago, los que tomaron el camino del huerto y los que entraron en el jardín constituían una tropa como de cuarenta o cincuenta gamos y cervatillos, que actuaban con serenidad, con tranquilidad, sin el menor indicio de su tradicional desconfianza a susurros y olores; estoy segura de que pocas personas han presenciado un espectáculo semejante. Alrededor de una hora después, Hammett y yo cambiamos nuestros puestos de observación. Luego, después de mucho rato, él se arrastró por el piso, cubrió de cojines una silla pequeña y la empujó hasta donde yo estaba para que me sentara, colocándola bastante alejada del ventanal. Recuerdo que en aquel momento miré la hora: eran las cuatro y pocos minutos. Sólo después de las seis comenzaron los venados a dispersarse, cada familia en un pequeño grupo; algunos tomaron el camino principal y regresaron a comerse un último bocado de las deliciosas plantas del jardín de rocas; otros se retiraron por un camino nuevo, a través

del tupido bosque de pinos que quedaba detrás de la casa; casi todos se regresaron por donde habían venido, por el camino del lago. Cuatro de ellos se quedaron rezagados y se detuvieron a examinar de cerca un arbusto que crecía junto a la terraza. En ese momento, uno de nuestros perros por fin ladró, desde su perrera lejana, y los venados huyeron en dirección del bosque. Ni Hammett ni yo habíamos pronunciado una sola palabra durante lo que duró esta extraordinaria visita, pero supongo que de vez en cuando yo emitía sonidos extraños, porque recuerdo que Hammett se reía y me daba palmaditas en la cabeza.

Esa noche cenamos en silencio. Más tarde entré en su cuarto y lo encontré sentado contemplando la pared, dos libros abiertos y abandonados junto a él.

—Tuvimos algo espléndido. ¿Quién lo logró?

Sonrió y no me contestó nada, volviendo la cabeza nuevamente hacia la pared.

—Mira —le dije—, regresa a Nueva York. Prefiero terminar de empacar yo sola lo que nos falta. Ahora me siento bien.

No me contestó, y regresé a empacar las maletas. Al otro día, durante casi toda la mañana, él estuvo de pie frente a los ventanales, y luego salió a caminar por el bosque, como lo había hecho durante años, llevando sólo un *sandwich* en el bolsillo. Esa noche me dijo

—¿Crees de veras que puedas encargarte de la mudanza?

—Sí —le dije—. No debemos despedirnos juntos de este lugar. Será más penoso para ambos.

Se fue a la mañana siguiente. Kitty, los Benson y yo continuamos ordenando y empacando. Fue Kitty la que me recordó que aún no habíamos examinado el desván.

Al subir a la buhardilla por la escalera de mano, me irritó descubrir que Hammett había utilizado aquel lugar durante años, para esconder todos los artículos costosos y excéntricos que lo entusiasmaban por un tiempo, para luego perder interés en ellos y olvidarlos. Había, entre otras cosas, cien pies de cable telefónico; un paquete descomunal, todavía sin abrir, que resultó ser una balsa de caucho; un juego de ajedrez cuidadosamente ordenado con el que nunca habíamos jugado, una congeladora pequeña con la que Hammett había experimentado en una ocasión, y que ahora estaba descompuesta: dos trajes de piel de caballo, para ir de cacería en día de mucho frío; un tren de juguete, misteriosamente etiquetado con el nombre y la dirección del hijo de un amigo de Hammett, que nunca le fue enviado; dos costosas cañas de pescar con sus correspondientes carretes, que venían a sumarse a las cuatro que ya había en casa; una colección de las obras completas de Spengler en alemán, lengua que Hammett desconocía; dos pares de zapatillas de piel, todavía envueltas y con mi nombre escrito sobre el paquete; una escalera de extensión que nunca había sido abierta; y otros pedazos de objetos que no logré identificar. Como el cable de teléfono fue lo que más perpleja me dejó de todo aquel desorden, se lo envié por correo a Hammett a Nueva York, y el paquete permaneció arrumbado en un rincón durante casi un año, sin que ninguno de los dos lo mencionara.

Los encargados de la mudanza estaban citados para el lunes, temprano por la mañana. El domingo por la tarde recibí una llamada telefónica de Henry Wallace, invitándome a una cena de despedida en su casa con él e Ilo, su mujer. Conocía bien a Wallace: había apoyado su tercera candidatura a la presidencia en 1948, lo había acom-

pañado varias veces en sus giras de campaña, y había contribuido económicamente a ellas en una época en que no debía hacerlo, porque no tenía dinero. Algunos meses después me convencí de que había actuado irreflexivamente. Estaba convencida entonces, y todavía lo sigo estando, de la necesidad de un tercer partido en nuestro país, pero me pareció un error malgastar todas nuestras energías en una campaña presidencial. Pensé que hubiese sido mejor concentrar nuestros esfuerzos en los distritos electorales, en los barrios y hasta en las vecindades, fundando un movimiento con raíces, lento pero que perdurara en el futuro. Me opuse a que se invirtiera tanto esfuerzo y dinero, todo el que teníamos, de hecho, en la candidatura de un hombre sobre el cual yo albergaba serias dudas. Mis dudas no tenían nada que ver con mi simpatía por Wallace: había demostrado ciertos conocimientos singulares, conocimientos que a menudo eran de una utilidad extraordinaria, y otras veces de un misticismo estrafalario que de todas maneras me interesaba. Wallace se preocupaba seriamente por el estado de la nación, era sincero en sus temores sobre el futuro, pero no cabe duda de que fue la mano poderosa de Roosevelt la que mantuvo bajo control durante muchos años los conflictos de su personalidad y las divagaciones excéntricas de su mente.

Para aquel domingo de junio de 1952, la víspera de mi mudanza, el Partido Progresista había desaparecido. Wallace y yo seguíamos siendo amigos, posiblemente porque yo había invertido algunos años antes una suma considerable en uno de sus proyectos favoritos: el cruce de la gallina roja de Rhode Island con la gallina Leghorn. Su propósito era criar una nueva raza de ponedoras que también fuera buena en la mesa: un cruce que, a diferen-

cia de sus espléndidos experimentos con el maíz, nunca tuvo éxito. Pero desde mucho antes de aquel domingo, Wallace se encontraba amargado por la derrota, y le comentaba a todo el mundo que yo era la única persona relacionada con el Partido Progresista en quién él había confiado verdaderamente. (Nunca estuve convencida de que lo hubiese dicho, no me sonaba a él.)

Cuando Wallace se fue de Washington, y antes de que se fundara el Partido Progresista, compró una granja a menos de media hora de distancia de la mía. Al principio nos veíamos como vecinos, muy esporádicamente; pero luego, durante la campaña del Partido Progresista, nos reuníamos casi a diario, aunque nunca en la misma habitación con Hammett, porque éste se marchaba no bien lo veía llegar. Después de la derrota me sentí intranquila durante mucho tiempo, al oír sus aseveraciones cada vez más extrañas: su sospechosa inocencia de lo que había ocurrido, y su resentimiento desagradable, de mal perdedor.

A comienzos del otoño de 1948, cuatro o cinco miembros del Partido Progresista nos encontrábamos comiendo juntos, el día de un gran mitin. Cuando terminamos de comer, Wallace me invitó a dar un paseo con él. (Uno de nosotros, como siempre, tuvo que regresar a la mesa a dejar la propina, pues Wallace sólo acostumbraba dejar el cinco por ciento, y ya habíamos pasado varios malos ratos por causa suya.) Cuando ya llevábamos caminando un rato, Wallace me preguntó si era cierto que muchos de los miembros dirigentes del Partido Progresista eran comunistas. La pregunta era tan inusitada que me eché a reír, y le contesté.

—Claro que sí.

—¿Entonces lo que dicen es cierto?

—Sí —le dije—. Estaba segura de que estarías enterrado. Ellos son los que hacen el trabajo más ingrato y agotador de oficina, y los que están en puestos importantes son los que inevitablemente te aconsejan mal. No creo que quieran hacerte daño; pero son muy testarudos.

—Ya entiendo— me dijo, y no añadió más.

Pero algunas semanas más tarde, es una reunión en la cual se discutía la estrategia del Partido, lo noté desconfiado e intranquilo; entre los diez miembros dirigentes que habían asistido a la reunión, cuatro eran comunistas, y estaban presionando tontamente por una cuestión cuyos detalles he olvidado, pero en la cual yo no estaba de acuerdo. Por aquel entonces ya me había convencido de que mis ruegos constantes de que se desviara la atención y el dinero de la campaña presidencial para emplearlos en la construcción de pequeñas organizaciones locales en todo el país, con la esperanza de un sólido y modesto futuro y no una llamativa campaña nacional que no tenía ninguna perspectiva de funcionar, habían sido desatendidas para siempre. Había perdido la batalla no sólo ante él, sino ante la facción comunista, que ejercía una influencia poderosa sobre los que no lo eran.

Esa noche llamé a un amigo —no sabía si él era miembro del Partido Comunista o si sólo era simpatizante— y le pedí que me concertara una cita con los dos o tres dirigentes más importantes.

Nos reunimos en el departamento de mi amigo, dos días después. Acudieron tres funcionarios de alta jerarquía, que reconocí por sus nombres. Mi amigo nos dejó solos, y yo les dije que creía que había seis comunistas en la directiva del Partido Progresista; dos de ellos hombres inteligentes y flexibles, y cuatro testarudos e imprudentes, interesados en imponer a los demás su criterio.

—Creo que entiendo a Henry Wallace —le dije—. No está en contra de ustedes, porque en este momento lo que le interesa coincide con lo que les interesa a ustedes. Pero cuando pierda, se volverá en contra, y ustedes se lo habrán buscado. Tienen un partido político propio. ¿Por qué se empeñan en intervenir en el funcionamiento de un partido político ajeno? Me parece una intrusión obstinada a la que debieran poner fin, porque va a ser un fracaso. Por favor, consideren lo que les estoy diciendo.

Me levanté y salí un momento del cuarto para servirme un trago y darles a ellos la oportunidad de hablar a solas. Cuando regresé, dos de los funcionarios se habían marchado. El que tenía el cargo más importante me estaba esperando.

Dijo:

—Creemos que tiene razón en lo que acaba de decirnos, porque sabemos a qué hombres se refiere. Pero usted, como mucha gente, se equivoca al pensar que las decisiones del Partido Comunista las dictan unos cuantos jefes. La verdad es que no tenemos absolutamente ningún control sobre las personas que usted considera obstinadas y voluntariosas. Les comunicaremos lo que acaba de decirnos, y yo, por mi parte, les diré que estoy de acuerdo con usted. Pero no se haga ilusiones de que cambien.

No sé si llegó a hacer o a decir algo, pero la situación no cambió en absoluto, y luego de nuestra derrota en las urnas —derrota en que el Partido Progresista ni siquiera alcanzó el apoyo electoral que yo había previsto—, Wallace se retiró de la campaña de un humor extraño, y poco después comenzó a declarar abiertamente que no sabía que hubiese habido comunistas en el Partido. Como yo se lo había dicho personalmente, tengo que pensar

que estaba mintiendo; pero como Wallace era un hombre tan complicado, es posible que lo olvidara, porque no le convenía saberlo. Decididamente, no era un hombre fácil de descifrar.

La víspera de la mudanza de la granja me sentí muy cansada y sin deseos de hacer el viaje de media hora en coche hasta la casa de los Wallace. Sin embargo, pensé que la invitación a cenar había sido un gesto amable de su parte; una manera de expresar su buena voluntad hacia mí. Cuando llegué a la casa, Ilo Wallace estaba sentada en la terraza y me pareció muy atractiva. Me dijo que Henry estaba ocupado en el jardín del fondo, pero que pronto regresaría. Se había propuesto cruzar variedades distintas de gladiolas, y recordé el comentario de Hammett cuando se enteró de este proyecto:

—Debería dejar en paz las flores y dedicarse a tener hijos.

Ilo era una mujer guapa, que había engordado al entrar en los cuarenta, y a su modo también era una persona desconcertante. En otras ocasiones me había relatado anécdotas sobre su pasado. Había una que me divertía; pero nunca logré saber a ciencia cierta a pesar de mis preguntas discretas, y luego indiscretas, si se daba cuenta de lo cómico de la situación, o si me la contaba sin malicia alguna, como algo que recordaba pero que no la había perturbado en absoluto.

Me contó cómo, el día de su boda, el padre de Henry (secretario de agricultura de Harding y de Coolidge) les había obsequiado un Ford flamante, como regalo de boda. Al terminar la ceremonia, los novios encontraron el Ford estacionado frente a la iglesia. Henry se entusiasmó tanto que se olvidó por completo de invitados y parientes y, subiéndose directamente al auto, se perdió con él por

la carretera. A los invitados les pareció raro, pero supusieron que querría poner el coche a prueba, para mayor seguridad de la novia. Pasó media hora, luego una hora, y Wallace no regresaba. Volvió casi de noche, y sin bajarse del coche gritó: "Súbete, Ilo! Me había olvidado de ti por completo".

Me relató el suceso con tal gravedad, con tal falta de resentimiento, que me convencí de que era una mujer incapaz de experimentar emociones intensas, porque las desconocía por completo.

Aquella tarde de domingo charlamos hasta que Henry por fin apareció. Entonces, Ilo dijo que el cocinero estaba en su día libre, y que ella, nos prepararía la cena.

Yo necesitaba urgentemente un trago pero sabía que era inútil esperarlo. La conversación entre Henry y yo agonizaba por momentos, como suele suceder cuando dos personas han decidido callarse todo lo que les gustaría decirse. Por fin, Ilo anunció que la cena estaba lista. La granja de los Wallace era una granja de gallinas ponedoras, y la cena que Ilo había preparado consistía de dos huevos escalfados para Henry, colocados sobre dos galletas de centeno machacadas, espectáculo que me resultó deprimente. Pero pronto el insulto se convirtió en agravio, cuando me sirvieron a mí no dos sino un solo huevo, sobre su correspondiente galleta machacada; se sirvió Ilo un plato similar. Ante esto, dije que ya había comido, y que no tenía apetito. Esperé a que hubiesen terminado. Obviamente no tuve que esperar mucho, ante tan mezquina colación y, mientras Ilo permanecía impávida (¿qué podría perturbar a una mujer que sirve huevos escalfados sobre galletas de centeno machacadas?), Henry había notado mi irritación. Cuando me

levanté para marcharme, dijo que me tenía un regalo. Eso era algo tan extraordinario en Henry que me quedé sin habla, mirando hacia la oscuridad de la noche, mientras él subía un bulto grande al cofre de mi coche. Nos dimos la mano y comentamos que debíamos volver a reunirnos pronto.

Sólo al día siguiente, en medio de mi supervisión de la mudanza de los muebles, recordé el obsequio guardado en el cofre. Lo abrimos entre Benson y yo, y descubrimos que la bolsa contenía 25 kilos de estiércol, regalo bastante impráctico para alguien que acaba de vender su finca y no muy refinado para una dama. Nunca volvería a ver a Wallace, aunque debo reconocer que no fueron ni los huevos ni el estiércol los que me disuadieron de verlo.

Ese lunes fue un día triste para mí. La gente que había comprado el equipo y los animales de la finca vino a llevarse lo que le pertenecía: las vacas lecheras, los patos, las gallinas, los once perros de lanas; la maquinaria de labranza, los botes, los excelentes cuchillos de carnicero y las mesas de preparar las carnes, las cuatro hermosas reses angus, la maquinaria de enlatar y preparar embutidos, los cientos de objetos que hacen fructífera la labor de una granja. Sabía que jamás los volvería a tener. Pero cada vez que me lo repetía pensaba también en la suerte que tuve de haber podido disfrutarlos, y eso es lo que siento ahora, muchos años después. La ruina económica podrá arrebatarnos lo que más nos gusta, e inutilizar el fruto de nuestros esfuerzos, pero en mi caso estoy segura de que, de no haber sucedido lo que sucedió, me hubiese anquilosado antes de tiempo en el mismo lugar. Sólo me indigna que por culpa de hombres corrompidos e injustos tuviera que vender el único lugar de la tierra donde me he sentido feliz, pero eso

no quiere decir nada, porque he conocido otros lugares y también me he sentido a gusto en ellos. De haber permanecido en la granja hubiese envejecido mucho más rápidamente, esclavizada por sus quehaceres. No hay tiempo, lugar o escena pasada que recordemos sin una punzada de dolor. La gente que trabajó con nosotros debe pensar lo mismo, pues cada Navidad intercambiábamos obsequios, pero no nos hemos querido volver a ver, quizá por miedo a dañar el recuerdo de un pasado feliz. Benson, mi granjero, murió, pero su esposa todavía vive, y ha criado un hijo saludable y bueno, y cada vez que le hablo por teléfono me parece ver a su hijo, gordito y alegre, sentado en los escalones de la terraza atendiendo a las lecciones de catecismo que Hammett, católico arrepentido y amargado, le daba diariamente, explicándole con simpatía el significado de la ceremonia.

NOTAS de mi diario:

10 de mayo de 1952. Llamé a Marc Blitzstein por teléfono y nos encontramos en el *Russian Tea Room*. Le conté que comparecería ante el Comité dentro de una semana o diez días, y le pedí que no se lo comentara a nadie. Se lo dije para que supiera que me sería imposible leer para el público la narración de *Regina*,* durante el concierto del 1º de junio. Debí decírselo antes, pero a pesar de lo mucho que lo quiero, y de que hemos sido amigos durante mucho tiempo, hay momentos en que no tengo la paciencia para escucharlo. Esperaba que me echara un sermón sobre el asunto, no sabía si en contra o favor, pero sí un sermón, así que empecé diciéndole que Lennie podría hacerlo igual que yo, quizá mejor. Blitzstein se quedó mirándome un rato en silencio y luego dijo:

 —No, no podemos cancelar tu presentación, ni tú puedes cancelarla; pareceríamos unos cobardes.

—Quizá yo lo sea; no puedo soportar la idea de que me abucheen en persona, y eso es lo que harán.

—No creo que te abucheen, pero si lo hacen, no lo permitiré. Interrumpiré la ópera, saldré a escena y diré que no quiero que mi música se toque para un público semejante; que se les devolverá el dinero y que pueden regresar a casa.

Tuve que reírme porque me pareció verlo haciéndolo, y gozando al hacerlo. Cuando nos despedimos me dijo:

* *Regina* es la ópera que Blitzstein compuso, basada en mi obra de teatro *Los zorritos*.

—Ya tienes suficientes problemas por los que preocuparte. Olvídate del concierto; resolveremos ese asunto cuando llegue el momento.

2 de junio. Así que anoche fui al concierto, vestida con mi Balmain del día del Comité. Marc llegó allí antes que yo: ambos temprano. Se me acercó diciendo:

—La galería está atestada, las localidades están agotadas. ¿Sabes si se puede ver la representación de pie?

Le dije que no tenía la menor idea; sólo sabía que tenía miedo. Me dijo “no hables así” pero él también sentía miedo, no dejaba de pasearse arriba y abajo por todo el escenario y movía la cabeza cada vez que pasaba cerca de mí. Espero, oculta entre los bastidores. Los actores se abanicen constantemente, porque es una noche calurosa, pero yo tiritó de frío. Me siento mucho peor que el día del Comité, quizá porque éste es mi mundo y el público siempre me aterroriza. De pronto, alguien dice:

—¿Quiere un trago?:

Me vuelvo, para ver junto a mí a un corpulento irlandés, de pelo rojo. Le contesto que desde luego me gustaría, pero que olvidé traerlo de casa. Me ofrece el trago de *bourbon* más enorme que he visto en mi vida. Me lo empino de una vez, y me siento mareada. El pelirrojo me acerca un taburete y un vaso de agua. Entonces, desaparece. Marc vuelve a pasar cerca de mí, y baja al foso de la orquesta. El *bourbon* sólo me hace sentir peor. Ahora sí estoy temblando, y se me ha desgarrado una media al rozar el travesaño del taburete. El pelirrojo reaparece y dice que debo entrar por el otro lado del escenario; lo atravesamos, y yo tropiezo con un cable.

El pelirrojo dice:

—Necesita otro trago. Uno solo da dolor de estómago.

Cuando llegamos al otro lado del escenario, el pelirrojo ocupa su puesto frente al tablero de iluminación, le grita algo a alguien, y unos minutos más tarde alguien me ofrece un segundo trago. Titubeo, pero el pelirrojo dice:

—Le hará bien.

Bebo medio vaso de un solo trago. Veo que sube el telón y recuerdo que soy la primera en entrar en escena. No puedo descender del taburete. El pelirrojo dice:

—Bájese. ¡Bájese y entre en el escenario!

Me vuelvo hacia él, supongo que a plena vista del público que está sentado al lado derecho del teatro y le digo:

—Si no estuviese borracha no me atrevería a decírselo, pero si es soltero, espero que me considere como su pretendiente.

Suelta una carcajada y me dice:

—¡Acabe de entrar en el escenario!

Recorro la mitad de la distancia, rezando en voz baja algunas frases que yo no recuerdo, y mirando frente a mí. De pronto, oigo una ovación atronadora. Me resulta tan inesperada que me detengo en seco, estupefacta, y de las primeras filas de espectadores salen risas. Entonces el público se pone de pie, aplaudiendo, y yo por fin me vuelvo hacia él, sin lograr pronunciar una sola palabra. Por un momento pienso que el aplauso es para los músicos, pero ellos también se han puesto de pie, y más tarde Marc me cuenta que me volví a mirar por encima del hombro para ver a quién aplaudían. Entonces oigo que Marc me dice:

—¡Por Dios, acaba de caminar hasta tu puesto!

Tengo unas enormes ganas de llorar pero camino hasta

el podio, abro el libreto de la narración, y casi no puedo creer en la serenidad de mi propia voz al comenzar a hablar de *Los zorritos*, y de cómo Marc se había inspirado en ella para escribir *Regina*. Casi siempre leo con demasiada rapidez, pero ahora logro una lectura perfecta: lenta y con una modulación sostenida. Al terminar la primera parte de la lectura, comienza el canto —ni siquiera había visto entrar en escena a los cantantes— y como nadie está pendiente de mí, empiezo a buscar un pañuelo. No tengo ninguno. Entonces oigo que alguien me llama desde los bastidores de la derecha, y veo al pelirrojo que ha cruzado hasta allí y me hace señas desde muy cerca. Me bajo del taburete. No debería hacerlo, por supuesto, pero en estos momentos estoy convencida de que el pelirrojo es el mejor amigo que he tenido en la vida y no sería capaz de desobedecerle. Me ofrece una botella de *ginger ale* y un vaso de papel:

—Es *bourbon* —me dice— Lléveselo consigo.

No conservo más apuntes sobre esa noche. Según la opinión general, logramos un espectáculo de primera, y el concierto fue un gran éxito. Dos días después traté de averiguar el nombre del pelirrojo, pero nadie sabía quien era. Llamé al sindicato de lumino-técnicos y lo describí; me aseguraron que averiguarían quién estaba de turno aquella noche. Pero nunca me llamaron, y jamás he vuelto a ver al pelirrojo.

DURANTE casi un año, después de mi comparecencia ante el Comité y después de la venta de la granja, tomé muy pocos apuntes en mi diario y he olvidado por completo los sucesos de aquel tiempo. Hammett alquiló una cabaña pequeña y miserable de unos amigos de Katonah, y la atestó con sus cosas de Pleasantville. Acumuló por todas partes una cantidad tan enorme de libros que llegó a cubrir con ellos las sillas, las mesas y hasta el piso, de modo que era necesario entrar en la casa serpenteando entre las sillas hasta llegar al diván, único lugar donde uno podía sentarse.

Ese año me sometí a dos operaciones de los pólipos, y creo que las recuerdo únicamente porque me las hice dos días después del re-estreno de *La hora de los niños*. Yo había dirigido la representación, y en mi recuerdo me veo claramente, acostada en la cama después de la operación, tratando de evaluar mi carrera como dramaturga. Kermit Bloomgarden, el productor de la puesta en escena, había ofrecido una fiesta la noche del estreno en un agradable restaurancito italiano. Cerca de la medianoche nuestro agente de prensa se comunicó allí con nosotros, para leernos por teléfono la reseña crítica del *New York Times*. De pie junto a la cabina de teléfono escuché atentamente todo lo que me repetía Kermit, pensando en lo idiota que era preocuparme por lo que un crítico pudiera decir sobre una obra que había escrito hacía ya dieciocho años. El teatro suele ser a veces, irremediamente, un quehacer bastante absurdo, y aquella noche yo me sentía como la mayor tonta del mundo.

En el curso de ese mismo año tuve también lo que po-

dría llamarse, por cortesía romántica, un lance amoroso con un hombre al que había despreciado cuando yo tenía 21 años. Su carácter cruel, que a los veinte me divertía, a los cuarenta llegó a parecerme la perversidad misma, por su afán de disfrutar del dolor que pudiera infligir a quienes se le acercaran. Yo fui presa fácil ese año, y luego él mismo reconoció que al comunicarse inicialmente conmigo estaba convencido de que lo sería, y de que podría por fin vengar la afrenta que yo le había infligido en mi juventud. Se vengó bien vengado, pero no por mucho tiempo. Cuando se dio cuenta me siguió hasta Roma, se internó en un hospital y me mandó llamar, notificándome que los doctores le habían dicho que tenía cáncer. Me pidió que avisara a sus hijos, enviándoles un cable. Sus hijos no acudieron a verlo, y cada día que yo regresaba de mala gana a visitarlo al hospital, me hacía una diferente escena de despedida: a veces se sentía alegre por la vida tan plena que había llevado, y porque sus enemigos se alegrarían al recibir la noticia de su muerte. (Me pidió que no le negara que se alegrarían, y yo estuve de acuerdo.) En otras ocasiones cerraba los ojos en medio de nuestra conversación, y me aseguraba que el dolor lo atormentaba de tal manera que de todo corazón deseaba morir. En dos ocasiones discutió conmigo sobre la repartición de bienes que no poseía: todo habría de heredarlo yo, puesto que sus hijos no se habían molestado siquiera en contestar el cable. Me dejó un Picasso que no era suyo y doce butacas de la época de la Restauración francesa, pero no recordaba el nombre de la compañía que las tenía almacenadas. Estas visitas me resultaron sumamente desagradables, pero me conmovía su valor ante el infortunio, pese a todo lo despreciable que él sabía ser. Cerca de una semana después,

me tropecé con su médico en el pasillo del hospital. Era un médico norteamericano, y por lo tanto nuestra dificultad inicial para comunicarnos no se debió a la barrera del lenguaje; el médico no entendía nada de lo que comencé a decirle, ni viceversa, hasta que mencioné los terribles dolores que su paciente estaba padeciendo a causa del cáncer. ¿No podía hacer algo para aliviárselos? El médico dijo que cuál cáncer; lo que el paciente había sufrido no era más que un benigno ataque de colitis, y no debió ser hospitalizado, de no ser por su insistencia; pero ya se encontraba en perfecta salud, y hoy mismo lo darían de alta. Regresé a la habitación de mi amigo, asomé la cabeza por la puerta y le repetí todo lo que el doctor había dicho. Me contestó gritando: "¡Ese médico es un mentiroso. Me aseguró que lo que tenía era cáncer!" Jamás he vuelto a saber de mi canceroso apócrifo e inválido de embuste, aunque hace cerca de ocho años me envió por correo una sombrilla de papel desde Japón.

Creo que durante años he recordado esta relación amorosa —y "relación amorosa" es un término demasiado trascendental para lo que fue en verdad una relación sin importancia— porque me enseñó una lección. Castigada por quienes yo consideraba unos canallas políticos, traté de consolarme buscando otro tipo de canalla y otro tipo de castigo. Lo que ahora me parece cómico no me lo pareció en absoluto la noche que lo vi desde lejos, en un muelle de Palm Beach, abrazando a otra mujer. Cuando me vio sobre el muelle se me acercó diciendo, "era mi cuñada, ¡la pobre! Mi hermano, tan depravado como siempre, la ha vuelto a abandonar sin un céntimo". Me pareció demasiado imbécil decirle en aquel momento que yo sabía que no tenía ningún hermano, y esa misma noche decidí regresar a Nueva York.

Había aprendido que un mal arrastra otros consigo, y la secuencia de esa cadena es lo que más hay que temer. Los cambios, la ruina económica, las contrariedades sólo se vuelven peligrosas cuando nos volvemos adictos al desastre.

El dinero se esfumaba cada vez más rápidamente.
P había pasado a ganar, de ciento cuarenta mil dólares al año (antes de ingresar a la Lista Negra), a cincuenta, luego a veinte, y luego a diez mil dólares al año. Casi todo lo poco que me pagaban lo tenía que entregar al fisco, que me había reclamado una deuda de impuestos sobre la venta de una de mis obras de teatro, a la cual el gobierno anterior había dado su aprobación. Ni entonces entendí ni ahora entiendo de lo que se trataba en este asunto, pero mi abogado me aconsejó que transigiera. Pero la transacción me dejó a mí una suma muy pequeña, mientras que lo que tuve que pagarle al fisco fue una suma enorme.

La ruina económica me hizo menos mella de lo que pensé; la seguridad de clase media es una fe de la cual no he logrado nunca recuperarme, pero reconozco que tiene sus virtudes. Especialmente me molestaba y me aburría tener que llevar escrupulosamente la cuenta de lo que podíamos gastar en comida cada día, de lo que podía pagar a una sirvienta, del trabajo doméstico que me daría tiempo de hacer por mi cuenta, de los vestidos que quería y no podía comprarme y de la suma miserable que Hammett, a pesar de mis protestas, retiraba de la caja fuerte mensualmente, viviendo casi del aire, y sin comprar nunca nada para sí mismo, excepto para comida y alquiler. Eso me entristecía mucho: en los diez años desde que el fisco se apoderó de sus ingresos —dos días después de que fuera encarcelado— Hammett no se com-

pró un solo traje, ni siquiera una corbata, hasta la semana del estreno de *Juguetes en el desván*, cuando por fin accedió a comprarse uno y pasó, me consta, una velada agradable en el teatro, vestido con su traje nuevo. En 1960, *Juguetes en el desván* fue un gran éxito; económicamente al menos, los tiempos difíciles habían tocado a su fin. Hammett murió un año después, pero al menos ese año lo vivió tranquilo.

EL AÑO de 1953 lo pasé en Roma, gracias al pasaporte temporal de la señora Shipley. Estaba trabajando en la película de Korda, que iba a dirigir Max Ophuls, y había escogido Roma para trabajar porque era el lugar más económico de todos. Tenía un departamento pequeño, con su propia cocinita, en un mugroso hotel de Parioli, un barrio bastante vulgar de la ciudad. Veía a pocos amigos, pero era época de no querer ver a nadie, de sólo ahorrar dinero, gastar lo menos posible en alimentos preparados en mi propia cocinita, caminar en vez de tomar taxis, y todo esto me deprimía tanto que de pronto no podía soportarlo más y me iba a la ciudad a botar el dinero en extravagancias. Estos viajes de compras se volvieron tan obsesivos y tan absurdos, que tuve que encontrar una manera de enfrentarme a ellos: durante todo ese año, y durante otros años más, me asigné a mí misma, dondequiera que estuviese, cinco dólares para gastarlos en cosas totalmente inútiles. Casi siempre los gastaba en alguna enorme tienda de poca categoría, donde compraba juegos de mesa que no tenía con quien jugar, caramelos malos, lápices labiales de colores chillones, juguetes de mala calidad que se desintegraban en seguida, ediciones de bolsillo de libros que ya había leído, cajitas de costura llenas de innumerables cosas para coser, porque estaba aprendiendo a remendar, y toda clase de chucherías inútiles. Mi día de los cinco dólares era siempre el lunes, y pronto me di cuenta de que había resuelto el problema, pues una vez que me había hecho mi obsequio semanal, ya no me tentaban los zapatos, los bolsos y la ropa hermosa y costosísima de moda entonces en Roma.

Ese año estuve más sola que nunca; pero la vida era agradable, y descubrí muchos de los tesoros escondidos de la ciudad, porque andaba buscando siempre restaurantes y mercados baratos, y así fue como descubrí muchas iglesitas hermosas y edificios interesantes en vecindarios que de otro modo no hubiese visitado nunca.

De vez en cuando me tropezaba con algunos amigos o estadounidenses que se encontraban de paso por la ciudad; en otras ocasiones me enviaban un mensaje para que acudiera a reunirme con Korda a bordo de su yate, anclado por lo general cerca de Antibes, para discutir el guión en alguna conferencia, o para que le leyera lo que llevaba escrito hasta entonces. Korda y Ophuls estaban muy contentos con mi trabajo, y yo regresaba a Roma a seguir tecleando mi adaptación de una novela de Nancy Mitford que no me hubiese dignado mirar en mis buenos tiempos, deseando no tener que ganarme el pan el resto de mi vida haciendo lo que no me gustaba.

Recuerdo pocas cosas vívidamente de aquellos largos meses en Roma, con excepción del drama que ocurrió en julio. Claire Booth Luce era entonces nuestra embajadora en Italia, lo que no le parecía bien a ninguno de mis amigos, excepto a una pareja que había conocido años antes en Nueva York. La esposa había sido radical, y yo me la había encontrado aquí y allá en algunas reuniones; el marido, según me informaron, era escritor. Eran amigos de la señora Luce, y ella a menudo los invitaba a cenar, lo que sorprendía a mucha gente. ¿Por qué la señora Luce habría de interesarse en personas con una historia radical? Como no tengo pruebas definitivas de que tuviesen algo que ver con lo que me sucedió, he cambiado aquí sus nombres, y los he bautizado Dick y Betty. De lo que sí tengo pruebas es de que el marido, aunque

corresponsal de un periódico, era también agente de la CIA y polifacético agente del Vaticano.

Una noche casualmente me tropecé con Sam y Frances Goldwyn en una de las calles de Roma, y me senté con ellos a tomar algo en un café al aire libre. Oímos que alguien nos saludaba; eran Dick y Betty, que iban acompañados por dos coristas semidesnudas, y por un hombre que llevaba la camisa desabrochada hasta el ombligo, adornado con suficientes collares y pulseras para maniatarlo con ellos. No creo que Goldwyn hubiese visto en su vida a un hombre con tanta carne al desnudo y adornado de aquella manera, así que estaba seguramente pensando en otra cosa cuando Betty comentó que su amiga la señora Luce se encontraba afectada por una enfermedad misteriosa: posiblemente el polvo del techo de la embajada le había estado lloviznando encima y la estaba envenenando. Goldwyn oyó la palabra "veneno" y la interpretó a su manera —lo cual no era nada raro— y preguntó cómo podía caerse nada del techo, y qué hacía allí. Y quizás estuviera cerca de la verdad: la señora Luce tuvo por fin que regresar a los Estados Unidos, porque oficialmente estaba enferma; pero muchos italianos aseguraban que le habían ordenado regresar, porque se estaba inmiscuyendo demasiado abiertamente en los asuntos del gobierno italiano.

Pero todo esto sucedió antes de julio. Fue en julio cuando me desperté una mañana para leer en el *Roman Daily American* que el senador McCarthy me había citado. (No era cierto, pero la noticia del diario daba a entender que el citatorio me sería entregado en Roma, en cuanto se descubriera que yo no estaba en Nueva York.) Mi pasaporte temporal sólo me dejaba diez días de permanencia legal en Europa, y hasta aquel momento yo

había contado con que la señora Shipley me renovarí­a automáticamente el permiso para permanecer allí un periodo más largo. Pero ahora estaba segura de que, con la noticia de McCarthy y con el pasaporte vencido, Korda ni querría ni podría seguir empleándome.

Sali de las oficinas del telégrafo con la intención de enviarle a McCarthy mi dirección en Roma, pero en el camino me senté a tomar un café, y después de la tercera taza llegué a la conclusión de que algo andaba mal en mi razonamiento: de nada valía enviarle mi dirección a McCarthy en son de desafío, puesto que él seguramente ya sabía que yo estaba en Roma, y exactamente dónde encontrarme. Cuando me di cuenta de que había necesitado una hora para llegar a una conclusión tan pedestre, comprendí que no estaba en condiciones de depender de mi propio juicio. Llamé a la oficina de Ercole Graziadei, abogado excelente con quien había conversado en varias ocasiones, que tenía una reputación intachable de antifascista bajo Mussolini. Él me dijo que, aun cuando lo del diario podía ser falso, era indiscutible que ahora el cónsul norteamericano en Roma se negaría a renovar mi pasaporte. También me dijo que no me convenía permanecer en Roma, pues el gobierno italiano a menudo actuaba siguiendo las órdenes de la señora Luce, y podría detenerme o perseguirme por cargos mucho menos graves que eludir un citatorio o permanecer en el país con un pasaporte vencido. Le dije al punto que pensaba regresar a Nueva York. Se rió, y me dijo que eso le parecía tonto; estaría renunciando a un trabajo que necesitaba, para ir a meterme en la boca del león. ¿Por qué no me iba a pasar unos días a Londres, donde el gobierno no recibía órdenes de Washington? Allí podría adquirir una extensión de mi pasaporte. Me pareció una buena idea,

pues así tendría la oportunidad de hablar con Hammett por un teléfono que no estuviese intervenido, y saber si era cierto que McCarthy había ordenado mi comparecencia. Graziadei me dijo que su yerno me compraría un pasaje para Londres esa misma tarde. Debía regresar a mi departamento, hacer exactamente lo mismo que todos los días, salir sin más equipaje que lo que pudiera llevar en mi bolso o en alguna bolsa del mercado, y tomar un taxi hasta el Hotel Excélsior. Allí debería pedir un trago en el bar y después de diez minutos tomar un taxi hasta el aeropuerto, donde su yerno estaría esperándome.

Seguí al pie de la letra sus instrucciones. Abandoné mi hotel a las dos y cuarto, tomé un taxi hasta el Hotel Excélsior, pedí un trago lo más fuerte posible y tomé otro taxi que me llevó al aeropuerto. La sala de espera estaba vacía a esa hora, salvo por el yerno de Graziadei, que ya me esperaba con el pasaje. Estaba leyendo una revista cuando oí mi nombre, repetido por el altavoz; había una llamada telefónica para mí. No me moví de mi asiento hasta que el altavoz repitió mi nombre, y entonces pensé que era mejor responder a la llamada, porque la muchacha que la estaba anunciando era la misma que había verificado mi boleto, y me estaba observando desde el mostrador. Cuando llegué hasta ella me dijo, "la secretaria de la condesa X*** desea hablar con usted". Me había reunido con la condesa en varias ocasiones; una vez me invitó a comer en su *palazzo*; en otra ocasión me invitó a tomar el té, y me estuvo hablando durante horas de su niñez en Inglaterra y de lo difícil que era para una inglesa estar casada con un italiano. Antes de levantar el audífono, por supuesto, me pregunté cómo era posible que la secretaria de la condesa supiese que me encontraba en el aeropuerto. Contes-

tó una mujer, con un acento británico tan marcado que inmediatamente sospeché que era falso. Dijo que era la secretaria de la condesa, y que deseaba invitarme, de parte suya, a una pequeña cena privada que celebraría en su *palazzo* ese fin de semana, cuando se encontrara de regreso en Roma. Me preguntó si me sería posible asistir y yo repetí la pregunta, tratando de ganar tiempo para pensar. Por fin respondí que sí, que me daría mucho gusto asistir, y añadí que había ido al aeropuerto a recibir a un amigo norteamericano. Llamé inmediatamente a Graziadei y él dijo que probablemente no había sido la secretaria de la condesa. Alguien había intentado seguirme hasta el aeropuerto, me había perdido la pista y ahora estaba tratando de asegurarse de que me encontraba allí. Me dijo que ya era demasiado tarde para preocuparme, y que le enviara noticias mías desde Londres.

En el vuelo a Londres me puse tan nerviosa que cuando aterrizamos aún no se me había ocurrido pensar en qué hotel me alojaría. Me dije que tendría que ser un hotel barato, pero cuando subí a un taxi resolví quedarme en el Claridge's como en los viejos tiempos. Allí me sentiría mejor, y al demonio el dinero por unos días.

La habitación bien arreglada y acogedora me reanimó, y fui tan extravagante que pedí que subieran una buena cena a la habitación. Me alegré de volver a ver al viejo *valet*, que conocía desde hacía años y me conmovió que se ofreciera a lavarme el vestido de algodón que llevaba puesto y a tenerlo listo para el día siguiente a las ocho de la mañana.

A las diez de la mañana estaba sentada en la sala de espera del cónsul norteamericano. Cuando la recepcionista examinó mi pasaporte, me informó que me sería necesario ver al cónsul personalmente. Una hora después me

dijo que el cónsul seguía ocupado, y que regresara a las tres de la tarde. Era obvio que la cosa no iba a ser fácil. Me llevé un *sandwich* a la National Gallery, exactamente como solía hacerlo dos y tres veces por semana durante la guerra, cuando asistía a los conciertos de piano de Myra Hess. Había regresado allí en busca de una música que ya nadie necesitaba más que yo. Estuve mucho rato preguntándome por qué conducir todas las mañanas un coche hasta los muelles de Londres, bajo los bombardeos constantes de V-2 cuando estábamos filmando un documental en 1944, me había afectado menos que mis problemas presentes.

Cuando regresé al consulado, la recepcionista me condujo inmediatamente a la oficina del cónsul. Era un hombre simpático, de modales agradables y una vez que hubo terminado de contarme que su madre había nacido en Nueva Orleans (“qué coincidencia, igual que usted, ¿no es cierto?”), me dijo que no podía renovar ni extender mi pasaporte. Era necesario someter la petición a Washington, y él tendría que esperar la respuesta. Debí prever aquello, pero me oí a mí misma decir:

—No puedo permanecer aquí mucho tiempo; es demasiado caro, y además sólo vine con un vestido y está lloviendo.

Era demasiado fino para preguntarme por qué había ido a Londres con un solo vestido, pero me aseguró que se pondría en contacto conmigo en cuanto recibiera noticias de Washington.

—¿No sería tan amable de explicar en su cable que, si no me conceden la extensión esta misma semana, perderé mi empleo?

Sonrió y dijo que por qué no le enviaba yo otro cable a la señora Shipley, informándole de ello.

No envié el cable. Caminé hasta el hotel bajo la lluvia, preguntándome en qué tienda podría comprarme un vestido barato y un impermeable. Decidí por fin no molestarme, y pasé el resto del día en cama.

Cuando anocheció recordé que cerca del hotel quedaba un *pub* que solía frecuentar durante la guerra, y también después. La dueña era una señora robusta muy alegre, que había sido siempre amable conmigo.

Tanto ella como su hijo Oliver, ahora ya de mediana edad, se alegraron mucho de verme. Era muy perspicaz, porque cuando se sentó a mi lado para acompañarme con unas cervezas, se quedó mirándome y me preguntó si estaba enferma. Le dije que no, sólo preocupada. Hablamos largo rato, y me contó que pensaba volver a casarse y se mudaría a Devon. Luego le gritó a Oliver que me trajera un plato de *rosbif* frío. Supongo que bebí demasiada cerveza o lo que fuera, porque no hubo razón alguna para que súbitamente me cortara la mano derecha con el cuchillo, a menos que lo hiciera adrede. Todavía hoy no estoy segura de si lo dije en voz alta o sólo lo pensé, pero estaba convencida de que la mala suerte había estado sentada a mi lado durante tanto tiempo que, si no cortaba por lo sano para librarme de ella lo antes posible, pronto me integraría a ese ejército de gentes derrotadas que, hagan lo que hagan, todo les sale mal, y, dándose finalmente por vencidos, optan por no hacer nada, o por hacer lo que no deberían hacer. Sólo recuerdo que Oliver se alarmó mucho al ver mi herida y la limpió; su madre me preguntó por qué andaba sin impermeable cuando estaba lloviendo. Fue a buscarme un poncho viejo que alguien había dejado olvidado en el *pub* hacía ya muchos meses, y me dijo que me quedara con él. Nunca los volví a ver, aunque a menudo nos envia-

mos tarjetas postales y recibí la notificación de la boda de Oliver con una persona llamada Poly. El *pub* cerró algunos años después. En 1970 recibí una carta de Oliver que decía: "mamá murió hace diez meses. Su pretendiente se negó a casarse, así que ella se hizo cargo de otro *pub* y murió tranquila en su cama. Acompañándola estaba mi tío, no su hermano sino el hermano de mi difunto padre. A mi Poly no le causó mucha pena que mamá pasara a mejor vida, pero a mí sí; también aprovecho ésta para agradecerle su regalo de bodas."

Pasaron dos días después de aquella noche en el *pub*. No me sentía con ánimos de llamar a ninguno de mis amigos que vivían en Londres. No recuerdo nada de lo que hice en aquellos días, salvo un paseo en bote río arriba. Al tercer día por la mañana me llamó una señorita del consulado para informarme que tenía cita con el cónsul a las once. Llegué a las diez, seguramente sin otro propósito, que el de ponerme aún más nerviosa. A las once me dijeron que el cónsul estaba en una reunión, y que si podía regresar a las dos. Quería decirles: "¡Díganle al cónsul que se vaya al diablo!" pero no lo hice, y sentí nostalgia por la época en que sí lo hubiese hecho. A las dos de la tarde el cónsul por fin me recibió amablemente, comentó que se alegraba de que la lluvia hubiese pasado, que le gustaba Londres pero que el tránsito era cada vez peor, y que la señora Shipley me había extendido el pasaporte por otros tres meses.

Llamé a Hammett por teléfono desde el aeropuerto de Londres y quedamos en llamarnos a un número secreto que habíamos elegido hacía mucho tiempo, en caso de que uno de los dos se encontrara en dificultades y tuviese el teléfono intervenido. Entonces llamé a Graziadei y le di las buenas noticias. Me dijo que estaba tranquilo, que

en la prensa romana no había vuelto a salir ninguna noticia sobre mi citatorio, pero que sería mejor permanecer en Londres algunos días más. Le dije que no podía hacer eso, que el traje que traía puesto ya estaba demasiado sucio. Se rió, y dijo que las mujeres eran todas iguales.

Cuando llegué a mi departamento en Roma no había recibido ninguna correspondencia, y el conserje me aseguró que nadie había preguntado por mí. Llamé a la condesa por teléfono, y su secretaria, que no tenía ningún acento británico, me dijo que la condesa había salido de Roma hacía varias semanas y que no regresaría en un mes.

A la hora especificada, regresé al Grand Hotel y llamé a Dash por teléfono al número que habíamos acordado. Dijo que no había aparecido ninguna noticia en la prensa de Nueva York sobre mi supuesto citatorio. Le dije que, aunque mi pasaporte había sido renovado, quizá debía regresar a decirle a McCarthy que estaba lista para dar la pelea, si eso era lo que él quería. Antes de que terminara la oración me dijo:

—Deja ya los discursos y quédate por allá. McCarthy se está volviendo loco. Que se acabe de chiflar sin tu ayuda.

Entonces le conté lo de la llamada de la condesa al aeropuerto y se quedó tan callado que dije: “Hola, ¿estás ahí todavía?” Me contestó que sí, que estaba pensando por un momento, que no era una máquina.

Le dije que la llamada del aeropuerto me había atemorizado mucho y me contestó: “Me alegro, porque no era para menos.” Y añadió: “¿De cuánto suelen ser las buenas propinas en los hoteles de lujo?”

—De dos o tres dólares. —contesté.

—Bueno, dale cinco dólares a cada uno de los botones principales. Dale lo mismo a cada telefonista. Dales a los conserjes diez dólares a cada uno y promete que habrá diez más para quien pueda decirte si alguien te siguió aquel día, si alguien preguntó por ti o demostró algún interés cuando te fuiste a Londres. Luego, no te desesperes, como sueles hacerlo. Deja que se les meta bien en el cerebro por algunos días. Quizá puedas descubrir algo, quizá no.

Le dije que me parecía muy astuto, y él me contestó:

—Lilly, deja ya de admirarme gratuitamente.

Al otro día por la mañana repartí las propinas e hice las preguntas que me indicó Hammett. Nadie sabía nada; todo el mundo puso cara de desconcierto, todo el mundo aceptó el dinero. Dos días después, cuando salí a dar mi caminata diaria —a eso de las cuatro de la tarde— reconocí a uno de los botones, un hombre ya en los cuarenta, parado frente a la tienda donde yo solía hacer mis compras.

Cuando pasé frente a la tienda, le hizo una seña al tendero y éste me indicó por la ventana que entrara en su negocio. La tienda estaba vacía, pero pasamos a un cuartito del fondo, y el botones comenzó a hablar. Yo no entendía ni una palabra de lo que decía, pero el tendero, que sabía inglés, me dijo que no me preocupara, que su primo tenía una dificultad congénita del habla, pero que sabía muy bien lo que estaba diciendo. Su primo había ido a verlo la noche anterior para decirle que yo estaba tirando el dinero en propinas inútiles porque la gente del hotel tenía miedo y no iba a hablar. Él le había dicho a su primo que no se asustara, que yo seguramente le pagaría bien la información que él pudiera darme,

sin mezclarlo en “el asunto”. Dije que por supuesto le pagaría, y que tendría mucho cuidado de no enredarlo que no quería hacerle daño a nadie, y mucho menos a mí misma.

El tendero comenzó entonces a traducir lo que su primo decía. La primera pregunta me tomó totalmente desprevenida. El primo quería saber si yo había sido actriz del cine alguna vez, o si era anarquista. Yo dije que había escrito para el cine, y que estaba en desacuerdo con los anarquistas. Eso no cayó bien, porque el botones se negó a seguir hablando durante un rato, y empezó a comerse las uñas. El tendero se impacientó y le apartó los dedos de la boca. La traducción duró cinco minutos —entre regaño y regaño del tendero porque el botones se desviaba continuamente del tema— y podría resumirse así: uno de los conserjes era agente de la policía, así como dos de los telefonistas, y no era la primera vez que un mismo hombre había venido al hotel a investigar mis movimientos, a preguntar con quién había salido, quien había venido a visitarme, y también a pedir, a veces, que se le entregara mi correspondencia. El botones dijo que uno de los conserjes lo había visto merodeando por los alrededores escuchando lo que decían, y lo había amenazado con deportarlo si se atrevía a repetirle a alguien lo de las visitas del “caballero”. Era evidente que el tendero desconocía esta parte del relato, porque se enfureció contra su primo, y le gritó que el fascismo ya había pasado y qué diablos le pasaba a él que no le había contado antes eso de la deportación. Él iría personalmente a denunciar al empleado, y además no quería fascistas en la familia.

No me quedó más que esperar a que terminara su diatriba: cuando el tendero se fue a servirle a un cliente, in-

tenté hablarle al botones en mi mal italiano: ¿Cómo se llamaba el que había venido a preguntar por mí tantas veces? No sabía su nombre. ¿Cómo era? Era norteamericano, de más de treinta años, alto, rubio y un poco calvo, y siempre bien vestido. Cuando el tendero regresó le pedí que le preguntara al primo si al oír hablar al hombre, le había notado un acento parecido al mío. Dijo que no. Imité el acento del Oeste. Dijo que no. Imité un acento vagamente sureño. Dijo que sí, que ese acento se le parecía más. ¿Les obsequió dinero a los conserjes y a los telefonistas?

El botones creía que no; el hombre era un "oficial" y le parecía que los otros recibían su paga mensualmente, a través de una oficina. ¿Qué tipo de "oficial" creía que era? El tendero se echó a reír. "No me diga que no sabe que sus compatriotas norteamericanos tienen muchas agencias, y todas ellas pagan muy bien por la información que les interesa." Después de esperar a que se desahogara por segunda vez, denunciando interminablemente esa práctica, le di al tendero veinte dólares, que compartió con su primo, y le prometí diez más si me avisaba el día que el hombre fuera al hotel, o en caso de que averiguara su nombre. Nos dimos la mano, comentamos el estado lamentable del mundo, y caminé durante horas tratando de descifrar a cuál de mis conocidos le ajustaba la descripción del "caballero" visitante. Podría servir para describir a mucha gente.

Al día siguiente alguien introdujo una nota por debajo de mi puerta. Decía, en letra de molde y en inglés, "El hombre se llama Dick***. Ponga diez dólares en este sobre, y déjelo en la tienda de provisiones." Estaba firmado Sophia Sanitation, nombre bastante curioso. Hice exactamente lo que me decía la nota, le entregué el sobre al

tendero, éste asintió con la cabeza y regresó a su trabajo sin pronunciar una sola palabra. Sophia Sanitation posiblemente fuera una empleada del hotel. Pero es más probable que el botones y el tendero supieran el nombre desde un principio, y vieran una ganancia adicional de diez dólares en la demora.

Me convencí de que era mejor abandonar Roma. No volví a saber nada de McCarthy, ni del asunto del citatorio pero Dick y Betty se han cruzado en mi camino varias veces, aunque nuestros encuentros han sido siempre oblicuos. Ella tuvo una relación amorosa con un amigo mío, y en aquella ocasión le confesó que una de las razones por las cuales quería abandonar a su marido era porque se avergonzaba de que fuese agente de la CIA. Cuando terminó la relación, regresó con su marido. A él le dio una crisis de nervios cuando se enteró de la indiscreción de su mujer, y le escribió una carta al ex amante, reconociendo que era cierto que había sido agente de la CIA, pero afirmando que ya no lo era. Su mujer, por el contrario, continuaba siéndolo y recibía muy buena paga por ello. Esperaba de mi amigo que le guardara celosamente el secreto; él no lo guardó.

No tengo la menor idea de por qué la CIA andaba siguiéndome los pasos en Roma, pero he llegado a la conclusión de que fue Dick quien le sopló la historia de mi falso citatorio a la prensa romana, con la vaga esperanza de alzar algún polvo y así poder enviar a sus jefes un reportaje imprevisto y sensacionalista. En aquel entonces, a diferencia de ahora, cuando el nivel de interferencia es más alto y más peligroso, la CIA acogía entre sus filas a toda clase de farsantes que se alquilaban por contratos temporales, y cuando se trabaja así, cuanto más grandes son los embustes que se cocinan, más

oportunidad hay de que alguno llegue a ser buen negocio.

Aquel año todo me fue mal. A Korda le había gustado mi guión; pero cuando lo terminé me dijo que ya no le gustaba, y que por lo tanto no me pagaría lo que habíamos acordado. Se le olvidó decirme que no era que no quisiera pagarme: su decisión no tuvo nada que ver con las virtudes o defectos de mi trabajo. Lo que pasaba era que no podía hacerlo, porque acababa de quebrar hacía sólo una semana.

Y así regresé a Nueva York y estuve sin trabajo durante un tiempo. No tardamos mucho en quedarnos sin dinero, y cuando sucedió no nos sorprendió en absoluto. Solicité empleo en un gran almacén bajo un nombre falso, y me dieron trabajo por medio tiempo. Me lo consiguió una vieja amiga que trabajaba allí. Estuve en el departamento de comestibles, y el trabajo no era desagradable, pero nunca quise decírselo a Hammett, para no preocuparlo. Unos seis meses después murió una tía mía en Nueva Orleans con la cual yo congeniaba mucho, y me dejó una herencia mucho más cuantiosa de lo que yo jamás hubiese podido imaginar que fuera capaz de acumular trabajando sin descanso toda la vida.

Supongo que por aquella época comencé a escribir de nuevo, aunque no recuerdo qué cosa; probablemente sólo ejercicios.

Ese verano, Hammett y yo alquilamos una casa en Martha's Vineyard, y esa extraordinaria dama negra, Helen, regresó a trabajar con nosotros porque por fin podíamos pagarle otra vez. Nada volvió a ser como era antes, pero quizá porque habíamos sufrido mucho apreciamos más que antes las cosas pequeñas: poder alquilar de vez en cuando un velero para ir un día de excursión,

o una canoa para pasear por el río, poder comprar un auto de segunda mano y hacer compras de provisiones sin tener que preocuparnos tanto por lo que costarían. Aquél fue un buen verano.

Y también fue el verano de McCarthy contra el ejército. Para nosotros, por supuesto, llegó demasiado tarde, por lo que no nos interesó mucho, y todo nos parecía un caos. La cara de beodo de McCarthy, reparada en un hospital, a veces tan confiada y burlona como en sus buenos tiempos; otras, llena de incredulidad y de ira, al encontrarse en situación semejante: McCarthy y sus muchachos, Roy Cohn y David Schine (los hermanitos mayores de Haldeman y Ehrlichman, más impertinentes que ellos pero menos seguros de sí mismos) eran todo un trío: Schine con su cara de estudiante universitario, Cohn gordito, con un mohín sensual eternamente dibujado en la boca, y McCarthy; el triunvirato perfecto desintegrándose ante nuestros ojos, luego de años de cabalgata. Bonnie y Clyde a la carga sobre la caballería real, protegidos por sus armaduras oficiales a prueba de balas y disparando impunemente a todo el que les diera la gana.

También entraban en la escena ahora Stevens, representando al ejército, un hombre extrañamente antipático, y el abogado Joseph Welch, decididamente un caballero bostoniano, que pasará a la historia por aquella tan admirada frase que le dirigió a McCarthy: "¿No tiene usted sentido de la decencia, señor?" A mí, la frase me pareció divertida. ¿Realmente no se había dado cuenta Welch hasta aquel momento de que eso, o aquello sería parte de la estrategia de un buen actor, que adivina por instinto cuando recitar su mejor línea?

McCarthy, por supuesto, estaba acabado mucho antes

de que comenzaran los interrogatorios. No fue por su osadía, ni por comenzar a meter las narices en los sagrados recintos del ejército, sino porque sencillamente el país estaba harto de él y de sus dos compinches.

Philip Rahv, editor y crítico antes anticomunista (y luego anti-anticomunista), lo había dicho ya un año antes, en uno de sus gruñidos más incomprensibles: "En los Estados Unidos nada dura más de diez años. El fin de McCarthy está cerca." Y ésa era la verdad, ésa y no otra. Como nación, ni nos asombramos ante el daño que McCarthy había causado, ni ante la ruina en que había sumido a tanta gente; ni nos sorprendimos ni nos indignamos ante el espectáculo de Cohen y de Schine jugando con la ley como si fuese su juguete personal, el fusil de sus batallitas. Sencillamente, nos aburríamos de ellos. Eso fue todo.

Muchas vidas habían quedado tronchadas a lo largo del camino que ellos habían arrasado con su caballería, pero el remedio estaba en volver la espalda lo más rápidamente posible, para olvidar que existían, convenciéndonos a nosotros mismos, como habríamos de volver a hacer después de Watergate, de que la justicia norteamericana prevalecería siempre, por muy desastrosa que pareciese a los que nos observan críticamente desde fuera.

No es cierto que cuando tocan las campanas están tocando por ti. Si hubiese sido cierto, no habríamos elegido a la Presidencia pocos años después a Richard Nixon, hombre que siempre había estado estrechamente aliado a McCarthy. No fue casualidad que Nixon llevara consigo a un grupo de operadores expertos, junto a quienes Cohn y Schine hubiesen parecido niños de teta. Sólo los nombres y los rostros habían cambiado; aunque por supuesto, las apuestas eran ahora más altas, porque el pre-

mio era la Casa Blanca. Pero todo esto es ya historia antigua; la verdad es que, apenas un año después de un escándalo presidencial cuya magnitud aún desconocemos, ya lo hemos olvidado también. Somos un pueblo al que no le gusta recordar el pasado. En los Estados Unidos, analizar los errores pretéritos se considera poco saludable; pensar en ellos resulta neurótico, y tenerlos presentes resultaría ya psicótico.

NO HABRÍA de sucederme nada más. Comencé a escribir de nuevo para el teatro, y en 1958 volví a recibir ofertas para escribir guiones de cine, pero ya no me interesaron: les había perdido el gusto.

Como ya he dicho, es cierto que a Hammett no se le permitió recibir un solo centavo de sus regalías en lo que le quedaba de vida, y que el enfisema que le había comenzado en las Islas Aleutianas terminó por fin en cáncer de los pulmones. Sus últimos años fueron difíciles para él, pero les dio la cara con ánimo, sin quejarse por lo que le habían hecho, y hasta negándose a acudir a las autoridades cuando, en dos ocasiones distintas, unos desconocidos, o agentes "oficiales", dispararon contra las ventanas de su cabaña. Pero en ningún momento lo pasó tan mal como llegó a pasarlo mucha gente, aunque hubiese podido sucederle.

Yo logré reponerme económicamente, quizás hasta me ha ido mejor en mi trabajo y mis ingresos. Pero al terminar de escribir este libro casi he llegado al mismo punto de partida: mi recuperación ha sido parcial en relación a la ofensa que recibí, como supongo que ocurre en estos casos, gracias a una fe no analizada que brotaba de mi propia naturaleza, de mi propio tiempo y lugar. Había confiado en los intelectuales, tanto en los que habían sido mis maestros como en los que habían sido mis amigos, y también en los que no conocía pero cuyos libros había leído. Esto resulta incomprensible para la generación más joven, que encuentra a los radicales y a los caza-comunistas de los treintas, igualmente divertidos. No me hace gracia su actitud, pero en parte tienen derecho a ella,

así como yo también tengo derecho a estar desengañada al ver en lo que han venido a parar los chicos buenos de la generación de los sesentas.

Acaso mis sentimientos quedasen adecuadamente resumidos en el curso de una reunión a la que asistí en Londres, acompañada por Richard Crossman, entonces editor de *The New Statesman and Nation* y miembro del Parlamento. Hacía cerca de un mes que Hammett había sido encarcelado, y Crossman desconocía mi relación con él. Se volvió hacia mí, como la única norteamericana allí presente, para decir que le parecía una infamia que ni un solo intelectual norteamericano se hubiese pronunciado públicamente a favor de Hammett, acudiendo en su ayuda. Si en Londres se hubiese dado el mismo caso, él y muchos intelectuales habrían protestado al punto, partiendo de la convicción de que todo ciudadano tiene derecho a creer lo que quiera, así como el deber de apoyar el derecho de los que discrepan, aunque no esté de acuerdo con sus creencias.

Recuerdo a Kingsley Martin, también editor del *New Statesman and Nation*, hombre inteligente y excéntrico, tratando de informar a Crossman de mi relación con Hammett. Crossman no le hizo caso, y siguió diciendo que los ingleses requerían mucho tiempo para decidirse a luchar por un derecho, pero que una vez que lo conseguían, nadie se lo podía quitar. Los estadounidenses, por el contrario, se encandilaban fácilmente a luchar, pero se dejaban despojar de sus victorias en un abrir y cerrar de ojos.

En todos los países civilizados siempre hay gente que en defensa de los perseguidos políticos. (Ser preso político solía ser, en el pasado, un honor.) En este país hubo gente que se atrevió a hacerlo, pero fueron pocos,

y cuando leemos ahora lo que dijeron entonces, sus palabras parecen tímidas y quizá demasiado razonables.

También suelo entristecerme al leer ahora lo que dijeron en aquel tiempo los escritores e intelectuales anti-comunistas. En verdad, más que entristecerme, aún me indignan, porque las razones por las cuales rechazaron finalmente a McCarthy fueron, sobre todo, los métodos rudos y brutales que empleaba, algo que atentaba contra sus normas de conducta de directores de un club campestre en lugar de la naturaleza fundamentalmente inmoral de sus actos. Gente como ellos suele justificarse diciendo que yo, y otros como yo, necesitamos mucho tiempo para darnos cuenta de lo que estaba sucediendo en la Unión Soviética. Pero fuesen cuales fuesen nuestros errores, no creo que le hiciésemos daño alguno a nuestra nación, mientras que ellos sí lo hicieron. Estuvieron presentes en demasiadas conferencias respetables, que resultaron subsidiadas por gente no tan respetable; contribuyeron económicamente demasiado a menudo a las revistas de la CIA, y ayudaron a publicarlas. El resultado de todo esto fue la guerra de Vietnam y el ascenso de Nixon al poder. Claro que muchos anticomunistas eran hombres honrados. Pero ninguno de ellos, hasta donde yo sé, se ha atrevido a ponerse de pie para reconocer su error. No hace falta hacerlo en nuestro país; también ellos saben que nuestra memoria es corta y que lo olvidamos todo prontamente.

HE ESCRITO aquí que me he recuperado. Lo digo en un sentido mundano porque no creo en la recuperación. El pasado, con sus placeres, sus recompensas, sus locuras y sus castigos, permanece para siempre en cada uno de nosotros, y así debe ser.

Al terminar de escribir sobre esta parte desagradable de mi vida, me digo que existió un entonces y que existe un ahora, que los años que separan el entonces del ahora, así como el tiempo de entonces y el de ahora, se funden y son uno mismo.

Este libro se terminó de imprimir el día 18 de marzo de 1986 en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, S. A. Sevilla 109, y se encuadernó en Encuadernación Progreso, S. A. Municipio Libre 188, México 13, D. F.

Se tiraron 3 ,000 ejemplares.

Lillian Hellman

TIEMPO DE CANALLAS

Tiempo de canallas es el testimonio de una personalidad admirable acerca de una época de oscurantismo: en estas páginas la gran escritora norteamericana Lillian Hellman escribe sus experiencias durante la "caza de brujas" del macartismo. Preludio y punto climático de la guerra fría en los Estados Unidos, la tenaz campaña terrorista dirigida por ciertos sectores del gobierno de ese país contra intelectuales y artistas norteamericanos tuvo una figura emblemática en la persona del senador Joseph McCarthy, al extremo de que esos días quedaron sellados para siempre con su nombre: el macartismo es, en el horizonte de la historia moderna, un período de persecución irracional, inquisitorial y esencialmente regresiva. Lillian Hellman mantuvo siempre, durante el hostigamiento de que fue víctima, una actitud ejemplarmente serena, valiente y lúcida. A sus méritos —vastamente reconocidos— como escritora, se suma su integridad moral y civil.

Tiempo de canallas es pues una obra intensa y sobria. Sin desencanto, enérgicamente, este libro configura un alegato apasionado por la libertad y por un inteligente sentido de la convivencia.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO

TIEMPO DE CANALLAS

Lillian Hellman



C.P.
191